
El Bebé Secreto
del Jeque
Diana Fraser

EL BEBÉ SECRETO DEL JEQUE

LOS JEQUES DE HAVILAH

LIBRO UNO



DIANA FRASER

El bebé secreto del jeque
por Diana Fraser

2025 Diana Fraser

Un jeque controlador con un secreto, una bella modelo con el corazón roto, obligados a casarse para salvar a su hijo. Pero, ¿podrá salvar su amor?

-Reyes del Desierto-
Se busca: Una esposa para el jeque
La novia ganga del jeque
La amante perdida del jeque
Despertado por el jeque
Reclamado por el jeque
Se busca Un bebé del jeque

-Los jeques de Havilah-
El bebé secreto del jeque
Comprado por el jeque
La amante prohibida del jeque
Ríndete al jeque
Llevada al harén del jeque

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación del autor y se utilizan de forma ficticia. Cualquier parecido con hechos, lugares o personas reales, vivas o muertas, es casual. Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, distribuida o transmitida en forma alguna ni por ningún medio, ni almacenada en una base de datos o sistema de recuperación de datos, salvo en los casos permitidos por la Ley de Propiedad Intelectual de EE.UU. de 1976, sin permiso previo del autor.

ÍNDICE

Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Epílogo

Postfacio
Comprado por el jeque
Otras Obras de Diana Fraser

PRÓLOGO

Bajo los perezosos remolinos del ventilador de techo, los tres reyes se sentaron alrededor de la mesa medieval picada y bien pulida, un querido vestigio de cuando los tres reinos habían sido un solo país: la legendaria tierra de Havilah.

La mesa -como la cavernosa sala del pabellón de caza del desierto en la que los tres hombres se reunían mensualmente para discutir los asuntos de los que dependía la futura prosperidad de sus reinos- representaba su historia y su futuro conjuntos.

"El rey de Jazira sigue haciendo la vista gorda ante las incursiones que su pueblo hace en el nuestro", dijo el jeque Amir al-Rahman, con los ojos entrecerrados por la ira controlada.

"El odio es demasiado profundo y de demasiados siglos como para que desaparezca jamás", afirmó el jeque Zavian bin Ameen Al Rasheed. "Tenemos lo que ellos quieren: riqueza".

El jeque Roshan al-Haidar se reclinó en su silla, con todo el aspecto del playboy que adoran los medios de comunicación occidentales. "Nuestra única esperanza sigue siendo el rey de Tawazun. Una unión fuerte con su país equilibraría la región. Jazira no se atrevería a enemistarse con nosotros con el poder de Tawazun detrás.

"Tienes razón, Roshan. Y la cultura tradicional de Tawazun significa que el matrimonio es la única forma realmente vinculante de conseguirlo."

Se hizo el silencio en el gran salón mientras cada rey pensaba en lo que esto significaba para ellos. Fue Roshan quien rompió el silencio, inclinándose hacia delante, con los brazos sobre la mesa, mirando a Amir y a Zavian por turnos.

"Hicimos un juramento de sangre para construir una paz duradera para Havilah sin importar el precio. Y eso significa que uno de nosotros debe casarse con una de las sheikha de Tawazun. Preferiblemente la mayor". La mirada de Roshan se posó en Amir. "Tú te ofreciste voluntario. ¿Has hecho algún progreso?"

Un músculo se crispó en la mandíbula de Amir, el único signo de la agitación que sentía en su interior. Ambos hombres lo notaron.

"No. Tengo... otros asuntos que considerar en los próximos meses. Te hablé de la salud de mi hijo. Tengo que lidiar con esto antes de que pueda buscar el matrimonio ".

Los demás asintieron. "¿Has encontrado un donante adecuado para Hani?", preguntó Zavian.

"Sí. Su madre", dijo Amir. No había secretos entre los tres hombres.

Zavian gruñó. "Ya veo. Eso suena... complicado. Bueno, lo dejaremos en tus manos, pero mantennos informados. Este asunto no puede continuar por mucho más tiempo. Si no puedes hacerlo, entonces la tarea debe recaer en mí o en Roshan". Hizo una pausa. "Ninguno de nosotros quiere otra guerra".

El sombrío espectro de la guerra se cernió silenciosamente sobre ellos al concluir la reunión.

Fuera del pabellón de caza, bajo la luz feroz y el calor abrasador de la región desértica central que colindaba con cada uno de sus tres países, tres helicópteros esperaban para devolver a los reyes a sus países.

As-Salaam Alaykum, murmuraron los reyes, antes de tomar caminos separados.

La paz sea contigo, se repitió Amir mientras la puerta del helicóptero se cerraba tras él.

De alguna manera, no creía que los próximos meses le trajeran la paz...

CAPÍTULO 1

Milan

"¿Una carta? ¿Para mí?" gritó Ruby Armand, intentando hacerse oír por encima del estruendo de la discoteca.

"*¡Sí*!" El desconocido se lo puso en la mano y desapareció en el mar de gente que se levantaba y caía como una sola al ritmo palpitante.

"¿Ahora recibes tu puesto en clubes nocturnos?" El aliento de Raife le hizo cosquillas en la oreja. Ella se apartó.

"Aparentemente. Giró la carta en su mano para que la escritura pudiera captar la luz. No había nada excepto su nombre.

"¿Un billet-doux, quizás?" Raife sonrió. "¿Una carta de amor de un desconocido o de alguien conocido?".

"Ni idea. No hay indicios de quién es".

"Entonces ábrelo".

Ruby golpeó el sobre sobre la mesa. Su pulgar alisó el grueso papel gofrado. Ya casi nunca recibía cartas, sólo breves mensajes electrónicos de una línea. Y mucho menos cartas en sobres caros. "I..." Se interrumpió al guardarla en el bolso, por alguna razón no quería abrirla en público. "Iré al baño. La luz es mejor allí".

Raife esbozó la sonrisa que le había convertido en el modelo mejor pagado de Italia y centró su atención en otra persona. A Ruby no le importaba. Tenía muchos amigos, muchos admiradores, pero pocos eran íntimos y menos aún imprescindibles.

Una vez en el elegante aseo, se sentó y deslizó el dedo por el sobre apenas cerrado. De repente, un grupo de mujeres irrumpió y se agrupó alrededor del espejo, pintándose los labios, pasándose los dedos por el pelo largo y bronceado y hablando entre ellas. Su conversación se entrecortó cuando la miraron por segunda vez -todo el mundo lo hacía, la reconocían al instante por las innumerables sesiones fotográficas de moda que había realizado y las innumerables columnas de cotilleos en las que había aparecido-, antes de volver al espejo y reanudar la conversación.

Ruby entró en uno de los aseos y cerró la puerta. Se enganchó el bolso, se apoyó en la pared y sacó un solitario papel del sobre. Era una nota breve, apenas un par de párrafos, con un escudo de armas en relieve en una esquina. Se fijó en la firma.

Amir Al-Rahman.

Su corazón se aceleró. ¿Amir? ¿Después de todos estos años?

Hojeó la carta y frunció el ceño, sin entender las palabras al principio. Volvió a leer, esta vez

despacio. Sus ojos se detuvieron en las palabras “nuestro hijo”. Se le secó la boca y el papel resbaló de sus manos mientras un sollozo, fuerte y desnudo, escapaba de sus labios. La charla fuera del baño cesó al instante. Pero ella no emitió ningún sonido más, se limitó a mirar el elaborado papel pintado mientras los recuerdos que intentaba reprimir constantemente surgían en su mente.

“¿Estás bien?”, gritó una de las chicas.

Sólo cuando relajó la boca de enmarcar el sollozo silencioso, las lágrimas empezaron a rodar por su rostro. “Estoy bien, gracias”, contestó, apretándose la palma de la mano contra la frente palpitante, mientras intentaba contener la sorpresa de haber encontrado a su hijo después de tantos años.

Intentó detener los sollozos ahogados que amenazaban con desbordarla, pero le subió la bilis, se dio la vuelta y vomitó en el retrete. Se limpió la boca temblorosamente, echó agua fría en el lavabo y se salpicó la cara. Se agarró a los lados del lavabo y miró su reflejo en el espejo.

Su larga melena rubia seguía enmarcando su rostro, su piel seguía siendo translúcida, una de las favoritas de los fotógrafos, pero sus ojos habían cambiado. Nadaban en lágrimas y miedo, miedo de haber encontrado lo que había estado buscando durante los últimos cinco años, sólo para que se lo arrebataran. De todos los escenarios que la habían atormentado, nunca se le había pasado por la cabeza que Amir Al-Rahman, el padre de su bebé, hubiera adoptado a su hijo, ni siquiera que *supiera* de su hijo.

~

Diez minutos hasta que llegara.

El jeque Amir Al-Rahman tamborileó con los dedos en el lateral de la silla de roble macizo e intentó concentrarse en lo que decía su ayudante. *Nunca* tuvo que intentar concentrarse. La sola idea de volver a ver a Ruby le hacía perder el control. Dejó de tamborilear y se agarró a la silla.

“Déjame.”

Su asistente ejecutivo dejó de hablar a media frase y abrió los ojos sorprendido. “Pero el...”

Amir entrecerró los ojos. Fue todo lo que tuvo que hacer para que el hombre recogiera los papeles y se levantara. *Nadie* lo cuestionó. Había heredado su reino, un tercio de las legendarias tierras de Havilah, de su padre y de *su* padre antes que él, y tenía el control absoluto del mismo. “Márchate ahora. Y asegúrate de que no me molesten cuando llegue la señorita Armand”. El nervioso asistente asintió obsequiosamente y salió de la habitación. El profundo silencio del ala privada del antiguo palacio volvió a instalarse a su alrededor.

Cinco minutos.

No necesitaba mirar la hora. Había sido consciente de cada minuto que pasaba desde el momento en que se despertó, como si su reloj corporal tuviera una alarma programada para sonar cuando ella llegara.

Abrió su portátil -la única concesión a la modernidad en la biblioteca-, respondió a un par de correos electrónicos y volvió a cerrar el ordenador.

Un minuto.

Golpeó ligeramente las yemas de los dedos mientras se concentraba en el cielo azul pálido de primavera y en el sonido lejano de un coche que entraba en el recinto interior del palacio. De repente, era real. Lo que había imaginado en momentos de debilidad durante los últimos cinco años estaba a punto de suceder.

Desplazó las fotos de su esposa morena y su hijo rubio sobre su escritorio, su mirada se detuvo en su hijo, Hani. Se arrepintió al instante. Sintió que el dolor se filtraba en él como un moratón que recibe un nuevo golpe, enviando la sangre más adentro de su cuerpo, hiriendo y lastimando. La palidez del muchacho siempre le había preocupado y ahora sabía por qué. Pero se ocuparía de ello, como se ocupaba de todo lo demás.

El coche se detuvo frente a la entrada principal y se acercaron dos grupos de pasos: uno apenas se oía, el otro golpeaba con fuerza el antiguo suelo de piedra y se hacía más fuerte a medida que se acercaba a él, al ritmo de su corazón. Ambos pares de pasos se detuvieron, seguidos de un tímido golpe en la puerta.

"¡Entren!"

La puerta se abrió y su ayudante la hizo pasar. El olor de su perfume -el mismo de siempre, a pesar de que ahora podía permitirse el mejor- llegó hasta él. Se levantó y se volvió hacia ella lentamente, con la intención de conservar el control que su sola presencia amenazaba. Y necesitaba todo ese control cuando la mirara a los ojos, porque eran los ojos de una desconocida.

Había visto fotos, más de las que quería, claro que sí. Era tan glamurosa como la describían las revistas. Sabía cómo llevaba su larga melena rubia, a menudo recogida en un moño desordenado que favorecía sus delicados rasgos, y conocía su preferencia por la ropa brillante, atrevida y sexy. Hoy no era una excepción. Llevaba un vestido corto y ajustado, del color del sol. Pero era más alta con sus tacones altos, su figura era más esbelta que cinco años atrás, y su piel no era pálida, sino que tenía un suave bronceado dorado que hacía que sus brillantes ojos azules parecieran casi violetas.

Superficialmente, todo era como él había esperado. Lo que no había previsto era el cambio en la expresión de sus ojos. Cinco años atrás, estaban llenos de diversión, vida y amor. Ahora sólo contenían hostilidad y rabia. Eran duros.

Dejó caer el bolso al suelo con un ruido sordo, se acercó al escritorio, lo agarró -el grueso brazalete de oro cayó a su muñeca y golpeó con estrépito la dura superficie del escritorio- y se inclinó hacia él, con ojos fieros.

"¿Dónde está mi hijo?"

La lujuria se apoderó de sus entrañas al sentirla tan cerca, sus labios carnosos y suaves con el brillo del carmín coralino, y las largas líneas de sus delgados brazos en el vestido sin mangas que resaltaban sutiles curvas. Él no había esperado aquella ráfaga de necesidad. Era como si su cuerpo tuviera una memoria elástica, como una forma de plástico que, cuando se somete a una fuente de calor, recupera su forma original. Le hizo sentirse vulnerable. Le hizo sentirse enfadado. Desterró la agitación.

"Siéntate. Su voz mantuvo su fuerza y mando habituales. No estaba acostumbrado a ser desobedecido y no lo esperaba. Conseguiría lo que quería.

"No. No hasta que me digas dónde está mi hijo".

"Siéntate y puede que lo considere".

"¿Podría?" Ladeó la cabeza y arqueó las cejas en una pregunta arrogante. "¿Podría? No me digas que me has traído hasta aquí por otra razón". Acercó la cabeza a la suya, sus ojos recorrieron su rostro, vacilando ligeramente. "Porque" -se echó hacia atrás, de repente menos segura- "no me lo voy a creer".

“Siéntese, Srta. Armand.”

Ella siguió apartándose lentamente, mientras sus ojos recorrían su rostro. Se dio cuenta de que ella le estaba observando, igual que él a ella. El destello de dureza se desvaneció un poco y, cuando se volvió para buscar una silla, se mordió el labio inferior. Pero, para cuando se volvió, cruzó sus delgadas piernas y cruzó las manos delante de ella, el pequeño signo de incertidumbre había desaparecido.

“’*Señorita Armand*’”, repitió. “¿Por qué tan formal? ¿Ha olvidado el nombre de la madre de su hijo?”.

“Sé el nombre de la madre de mi hijo. Se llamaba Mia”.

“*Ese es* el nombre de la mujer por la que me dejaste. Ese es el nombre de tu esposa. Ese *no es el nombre de* la madre de mi hijo”.

Le sostuvo la dura mirada. “Mia era, como digo, la madre de mi hijo. Perdiste ese derecho cuando firmaste los papeles de adopción. Habías dejado claro que no lo querías”.

Por un momento, cuando vio su expresión de sorpresa antes de que se diera la vuelta, casi se arrepintió de las palabras. Habían querido herir. Y así había sido. Pero él no solía dar golpes tan bajos.

“Tú no lo entiendes. Cometí un error, estaba enfermo, yo...”

“No hay excusas. Renunciaste a tus derechos, dejaste el hospital y no miraste atrás”.

La ira brilló en sus ojos y se levantó de un salto. “No *te atrevas a* decirme que no miré atrás. Llevo años intentando localizarle. Y he estado bloqueada. Cada vez que he ido a la oficina de registros, algún empleado me ha mirado como si fuera basura y no me ha dicho absolutamente nada.”

Rara vez se arrepentía, pero no podía ablandarse. Eso era lo que ella hacía: meterse bajo tu piel, en tu alma y, antes de que te dieras cuenta, estabas a su merced. Se encogió de hombros. “Pero no fue adoptado. Yo *soy* su padre. Cuando descubrí su existencia y una prueba de ADN confirmó mi paternidad, añadí mi nombre a la partida de nacimiento. No hacía falta que mi mujer y yo lo adoptáramos. Tú tomaste tu decisión y lo único que yo hacía era asegurarme de que la cumplías”.

Exhaló bruscamente y miró a su alrededor, como buscando alguna razón, alguna escapatoria, alguna explicación. Se dio la vuelta y se alejó, se pasó los dedos por el pelo, pareció recuperar el control y volvió hacia él. “Sólo quería saber que estaba bien, que le cuidaban”.

“No me interesaba lo que tú querías”. Observó cómo sus frías palabras surtían efecto. Le provocaron una ira que no amenazó con romper su determinación. Ira con la que podía lidiar, frialdad con la que podía lidiar.

“No. Siempre se trató de lo *que* querías, ¿no? Querías sexo conmigo, luego querías casarte con Mia. Conseguiste ambas cosas. Y un niño en el negocio. Qué bien te salió todo”.

Rechinó los dientes. ¿”Pulcramente”? Apretó y soltó el puño. No podía perder los estribos.

“Sí, ordenadamente. Todo lo que haces, lo haces con un propósito. Tu vida es una enorme partida de ajedrez. Lo planeas todo; lo controlas todo”.

“Por supuesto. Sin control sólo hay caos. Y tú lo sabes todo sobre eso, ¿verdad?”

“No vayas a criticar...”

Levantó la mano. “Siéntate, Ruby. Estate quieta. Tenemos cosas que discutir”.

“¿No me digas?”

Vio cómo se desvanecía su enfado al darse cuenta de que tenía razón. Lentamente retiró las manos del escritorio y se sentó. Pero él aún podía ver la tensión en sus manos ligeramente crispadas y en sus ojos, que no se habían apartado de los de él.

“Sólo dime esto”, continuó. “¿Por qué demonios no me informaste de que te lo habías llevado? ¿Por qué?”, repitió.

“No estás aquí para hacer preguntas. Estás aquí por invitación mía, porque yo quiero que estés”.

“Quiero verle”. Su barbilla se inclinó hacia delante con aire de determinación. En sus labios temblorosos se libraba una batalla entre la voluntad y la emoción.

Abrió la boca para hablar, pero dudó. De repente se le ocurrió que ella podría estar más disgustada de lo que había imaginado. Fue un pequeño pensamiento que se abrió paso hasta algún lugar blando que no sabía que tenía. Se aclaró la garganta. “Y puedes. Pero primero hay cosas que discutir”.

Ella asintió. “De acuerdo. Pero primero, dime. ¿Fue Mia buena con él?”

“Ella lo amaba. Lo trataba como si fuera suyo”.

“Bien. Ella miró hacia otro lado, y luego de nuevo a él. “Lo sentía, ya sabes. Siento lo de Mia”.

“¿Eras tú?”

“Por supuesto. ¿Me crees tan desalmado que no lamentaría que hubiera muerto en un accidente de coche?”.

“Me pareces tan desalmada que te desharías voluntariamente de nuestro hijo, sin siquiera hablarme de Hani”.

La observó palidecer bajo su bronceado. “Hani...” dijo en voz baja. “Hani”. Su mano extendida temblaba. “Así que usas el nombre que yo le di. ¿Es porque sabías que era especial, que era el nombre de mi padre?”

Lo hizo, por supuesto, pero prefirió mentir antes que permitir que ella se diera cuenta de este rastro de sentimiento. “A mi mujer le gustaba el nombre”.

Asintió lentamente y se pasó la mano por la frente. La energía la había abandonado de repente e inhaló un largo y profundo suspiro. “Entonces, ¿de qué va todo esto? ¿Por qué ahora? Mia lleva muerta un año. No puede estar relacionado con ella. ¿Qué es lo que quieres? Porque estoy seguro de que no es por *mi satisfacción que* he sido invitado aquí “.

“Qué astuto”. Le había parecido fácil traerla aquí antes de volver a verla. Verla lo hacía todo mucho más difícil. “Es porque necesito comprarte algo.”

“¿Qué puedo tener que tú quieras?”

“Algo... muy personal”.

Ella negó con la cabeza, frunciendo el ceño. “¿De qué estás hablando?”

“Mi hijo...”

“*Nuestro* hijo”.

“Necesita algo de ti”.

“¿Qué?”

“Todo a su tiempo”.

“Por piedad, Amir, déjame verlo”.

Señaló la ventana con la cabeza. “Puedes verlo desde allí, por ahora”.

Ella lo miró brevemente, con una compleja expresión de intenso anhelo y miedo, antes de caminar rápidamente hacia la ventana, con las manos agarrando el profundo alféizar mientras se inclinaba hacia delante escudriñando el jardín. De repente se quedó muy quieta. Entonces empujó la gran ventana abatible hacia el patio exterior y el sonido de la risa de Hani se coló en la habitación. Su cuerpo se tensó y él oyó un sollozo mientras ella se desplomaba contra el marco de la ventana.

Antes de que se diera cuenta, estaba detrás de ella. Pero no podía salvar la distancia de cinco años tan fácilmente. Se limitó a observar cómo subía la mano de ella, siguiendo los progresos de Hani mientras perseguía una pelota y desaparecía más allá de un seto alto.

Se balanceó un poco, como si aquella pequeña mirada fuera demasiado después de tan poco tiempo, y se apartó de la ventana, sin darse cuenta de que él estaba tan cerca. Alargó la mano para estabilizarse y se la apoyó en el pecho. Le estremeció hasta la médula.

"Ruby..."

Ella cerró los ojos y él le agarró la mano y la apretó contra su pecho. El cálido aliento de ella le acarició la mejilla y le recorrió el cuerpo. Fue como accionar un interruptor que había permanecido dormido durante cinco largos años. Pero antes de que pudiera acercarla, antes de que pudiera obedecer las órdenes de su cuerpo, ella se apartó, se hizo a un lado, apartando la mano de la suya, con confusión en los ojos y en los movimientos.

Sintió el síndrome de abstinencia como el síndrome frío, agudo y devastador de una adicción. Cinco minutos en la habitación y ya era masilla en sus manos.

Sacudió la cabeza. "Estoy bien. No necesito tu apoyo. Sólo necesito a Hani".

Se permitió aspirar su ligera fragancia floral -brillante y deliciosa, como ella- antes de alejarse. Volvió a su escritorio, luchando por el control. "¿Te apetece un café?"

Ella suspiró. "Claro. Si eso es lo que me hace falta para verle".

Pidió los cafés y vio cómo ella volvía a su asiento y se sentaba, una mujer diferente ahora que la ira la había abandonado.

Ella le miró con ojos que ya no eran duros, sino que revelaban una profunda emoción que hizo que su corazón latiera con fuerza. "Háblame de él. Háblame de Hani. ¿Cómo es?"

Tragó saliva y se obligó a concentrarse. "Es un buen chico. Aunque prefiere jugar a estudiar".

Por primera vez le miró con algo parecido a la antigua expresión de sus ojos, brillantes, llenos de diversión. Sus labios se curvaron en una dulce sonrisa. "Supongo que no lo entenderías. Te imagino como un chico de la edad de Hani: estudioso, responsable, obediente. Hay cosas que no cambian, ¿verdad?".

"Espero que la actitud de Hani hacia sus estudios cambie".

"Lo hará, cuando encuentre lo que le interesa". Hizo una pausa como si intentara formular una pregunta importante. "¿Puedo verle? No sólo a través de la ventana, quiero decir, sino conocerle".

"Todavía no".

La ira volvió a brillar en sus ojos. "¡Maldita sea, Amir! Deja de castigarme. ¿Es tan difícil entender por qué acepté una adopción? ¿Por qué? Me habías dicho sin ambages que no teníamos futuro y que ibas a casarte con otra mujer. Difícilmente pensé que recibirías bien la noticia de que me habías dejado embarazada. No creí que te debiera nada".

"¿Ni siquiera la verdad?"

"Y menos la verdad. Sigo sin entender cómo supiste de él, ¿quién te lo dijo? Tan poca gente lo sabía".

Suspiró. "Ah, Ruby, subestimas el poder unido a la riqueza y la realeza".

"No eras de la realeza italiana".

"No me hacía falta. Mi abuelo estableció vínculos comerciales con Milán que aún conservo. La gente sabía de nuestra relación, y me hablaron de Hani. ¿De verdad creías que no me enteraría?" Pero él pudo ver en sus ojos que sí. Sacudió la cabeza con incredulidad. "Te habías dado de baja cuando la prueba de ADN confirmó que yo era su padre. Me expidieron un nuevo

certificado de nacimiento y volvió a casa con Mia y conmigo. De todos modos, no te he traído aquí para hablar del pasado".

"Entonces dime por qué estoy aquí".

"Está enfermo".

¿"Hani" está enfermo? Parecía estar bien. ¿Qué le pasa?"

"Sus riñones no funcionan bien. Necesita una transfusión de sangre. No soy compatible, pero tú deberías serlo".

Jadeó. "¿Una transfusión de sangre?" Sacudió la cabeza, confusa. "Pero, ¿por qué yo? ¿Por qué traerme aquí cuando es obvio que hubieras preferido no hacerlo? Podrías encontrar sangre adecuada en cualquier parte".

Él no habló inmediatamente y ella frunció el ceño. Quería respuestas. No las obtendría. Todavía no. "No deseo tener la sangre de un extraño en mi hijo". Pero él pudo ver que ella no estaba satisfecha con su respuesta. "Es... complicado."

Jadeó y apartó la mirada, levantando la mano para protegerse los ojos de su mirada. "¿Cómo está de enfermo?" Su voz era una sombra de lo que había sido momentos antes. Él no había considerado que ella estaría molesta.

"Hace poco le han diagnosticado el principio de un tipo raro de insuficiencia renal. Una transfusión de sangre genéticamente perfilada, junto con un nuevo medicamento es el tratamiento recomendado. Puede que sean necesarias más transfusiones".

Dejó caer la mano, pero tenía los ojos cerrados con fuerza. "No."

"Esperaba eso de alguien que firmó la renuncia de su hijo". Suspiró con decepción. "Se le pagará."

Ella negó con la cabeza, casi sin oír lo que decía. "No", repitió. "Mi hijo no puede estar enfermo".

"Ni siquiera harás esto por él, ¿verdad?"

Ella le miró, incrédula. "Haré lo que sea para salvarle".

Exhaló bruscamente con sorna. "Ahora no estás hilando cuentos a las revistas. Te conozco, Ruby. Te *conozco*. Sólo te interesa salvarte a ti misma".

Ella se limitó a negar con la cabeza. "No me conoces en absoluto. No sabes nada de mí. Le he estado buscando. No puedo encontrarlo sólo para perderlo de nuevo".

"No te creo". La miró a la cara, intentando leerla, pero no lo consiguió. "No confío en tus instintos maternales. Le rechazaste hace cinco años. ¿Por qué ibas a ayudarle ahora? No hiciste nada cuando nació y no harás nada ahora". Abrió un cajón, sacó un cheque y se lo deslizó. "No harás nada, a menos que tengas un incentivo".

Ruby miró el cheque. "Un millón de dólares". Leyó las palabras en voz alta, pero no significaban nada. Su mente y su corazón se arremolinaban en una confusión de sentimientos que el mero hecho de ver a Hani, de volver a estar con Amir, había creado en ella. Ni siquiera sabía que los sentimientos seguían ahí, pero habían aflorado en cuanto lo había visto. Y ahora esto. ¿Ver a Hani y luego perderlo? ¡Imposible! Levantó los ojos hacia los de Amir. Eran tan duros como los trazos negros que formaban las palabras del cheque.

"¿De verdad crees que tienes que comprarme?"

"No me has mostrado nada que me haga pensar lo contrario. Acéptalo. Siempre que los análisis de sangre sean satisfactorios, después de la transfusión podrás seguir haciendo lo mismo que hasta ahora: vivir la gran vida, aparecer en todas las revistas, dejar un rastro de amantes."

Su expresión apenas había cambiado desde que ella había entrado en la habitación. Dijera lo que dijera *ella*, dijera lo que dijera *él*, su rostro había permanecido frío e impasible. Tenía exactamente el mismo aspecto que cinco años antes -alto, poderoso, con unos ojos tan oscuros que uno podía perderse en ellos-, pero nunca había tenido ese control insensible que la helaba hasta los huesos. Su voz estaba llena de odio, de amargura. Que pudiera creer de verdad que era tan despiadada, tan fría y carente de amor, la mataba.

"Me odias". Las palabras se escaparon. "Claro que me odias."

"No te odio". Mantuvo la voz baja. Apartó la vista con una mirada de reojo poco habitual en él. Luego pareció serenarse. "El odio es una emoción demasiado fuerte. Es lo contrario del amor". Sus ojos volvieron a ser fríos. "No te odio. Soy indiferente".

"La indiferencia suena más mortal".

Se encogió de hombros. "Lo siento por ti. Tu vida es un largo circo de gente, eventos, fiestas. Una larga búsqueda de emoción y entretenimiento".

"No tienes ni idea de cómo ha sido mi vida. No empieces a intentar inventarte algo de lo que no sabes nada".

"Lo sé. He observado".

Un escalofrío recorrió su cuerpo antes de instalarse en sus entrañas. Él había observado todos sus movimientos durante los últimos cinco años y ella no lo sabía. Durante todo este tiempo, ella había creído que él se había olvidado de su existencia, que la conocía. Ella no cuestionó su afirmación. A pesar de lo que él pensaba, ella era muy consciente de su poder, que le abría puertas en todas partes. No sólo en su tierra natal, Janub Havilah, sino también en Italia, donde se conocieron. Pero aquí lo poseía todo: desde los muros de piedra del palacio, los tonos ocres de las antiguas tejas, hasta cada metro cuadrado de tierra de frontera a frontera de este pequeño país de Oriente Próximo.

"Puede que hayas mirado, pero no has entendido". Se levantó lentamente y se dirigió a la ventana. No podía seguir sentada frente a él, mirando aquellos ojos tan fríos para ella. Ya no había rastro de Hani en el jardín.

"No me interesa entenderte, Ruby. Sólo me interesas en la medida en que puedas ayudar a Hani".

Se volvió hacia él, con frialdad. "Realmente eres un bastardo. Usarías a cualquiera para satisfacer tus propios deseos, ¿verdad?"

"Consigo lo que quiero".

"Entonces todo lo que puedo decir es que estoy muy feliz de que no me quieras."

"Ni entonces ni ahora".

"Me alegro de que haya quedado claro". Se acercó a su bolso y lo cogió. "¿Supongo que no tienes más revelaciones? Si mi sangre coincide y no se encuentra nada extraño en ella, la quieres, pero no quieres mi corazón. Ni con un millón de dólares compraría mi corazón".

"Pero sin duda comprará tu sangre".

"¿Sin duda?" Ella sacudió la cabeza, incrédula. ¿Qué demonios le había pasado para creer que podía comprar a alguien o cualquier cosa? Su país y su familia se habían apoderado de él y lo habían convertido en alguien carente de humanidad, alguien que pensaba que todo el mundo tenía un precio.

"Por supuesto. Lo he cubierto todo. No he dejado nada al azar".

"¿Sabes? Estoy tentado de ejercitar mi mente, que siempre te ha parecido tan caótica, y encontrar algo que no hayas cubierto, alguna eventualidad que te desconcierte."

Se encogió de hombros. "Es tu prerrogativa. Diviértete como quieras".

Ella le dedicó una breve sonrisa. “Lo haré. ¿Dónde está Hani? Quiero verle. Pasar algún tiempo con él”.

“No hasta que aceptes el dinero”.

Le miró a él y al cheque y negó con la cabeza, incapaz aún de creer que él pensara que se la podía comprar. Pero, si aceptar el dinero le iba a permitir ver a su hijo, que así fuera. Que pensara lo que quisiera, ella rompería el cheque en cuanto pudiera. Extendió la mano, cogió el cheque, lo dobló por la mitad y lo dejó caer descuidadamente en su bolso. “Estoy de acuerdo. Ahora llévame con él”.

Su labio se curvó y sus ojos se entrecerraron con desprecio. Por un momento sintió que su desdén se clavaba en ella. Pero, se recordó a sí misma, no importaba. Hacía años que había perdido su respeto. Y no había nada que pudiera hacer al respecto.

Se levantó -la energía y la sexualidad del hombre que ella conoció, contenidas ahora en aquel cuerpo alto y poderoso- y abrió la puerta. “Por aquí.”

Caminó hacia él y se detuvo, tan cerca que pudo ver cómo se le encendían las fosas nasales al aspirarla. Una oleada de satisfacción la invadió, sonrió y se inclinó hacia él. Llevó el dedo a la solapa de su chaqueta y lo recorrió. “Una cosa ha cambiado en ti. Ahora vistes mejor”.

“He cambiado mucho más que eso. No soy el mismo hombre que una vez conociste”.

“Oh.” Le miró de repente y vio que sus ojos marrones se oscurecían en respuesta. “Creo que lo eres. Sólo que lo ocultas mejor”.

Con una ligera sonrisa en los labios, salió por la puerta. Él lo habría visto, ella sabía que sí. Estaba decidida a jugar con él a su propio juego. Sí, estaba aquí por Hani. Sí, haría cualquier cosa por él. Y estaba decidida a demostrarle a Amir que estaba equivocado. Él pensaba que controlaba todo. Se había equivocado. No la controlaba y nunca la controlaría.

CAPÍTULO 2

La historia de la dinastía Al-Rahman rodeaba a Ruby como si fuera algo físico. Desde los enormes espejos dorados y ornamentados sobre las mesas de ónice hasta los retratos de la familia del suelo al techo, no había forma de escapar a su melancólica presencia. Miró a Amir, que caminaba a su lado en un silencio sepulcral. No era ningún sentido de la importancia lo que le daba su aura de autoridad. No tenía nada que ver con su altura y su fuerza. Llevaba su poder con facilidad, como si no fuera consciente de ello, como si le saliera de forma natural. Habría sido igual si hubiera trabajado en una fábrica. Sonrió. El pensamiento era inimaginable.

Amir la miró. Abrió una puerta que daba a otra habitación, llena de pesados muebles y accesorios victorianos. "¿Te divierte la situación actual?".

"No." Pasó a la habitación. "No, en absoluto. Sólo tú".

Caminó delante de él, pero sintió sus ojos en su espalda y reprimió un escalofrío, como si su mirada la hubiera tocado como una brisa helada. Se detuvo ante la siguiente puerta -no se veían pasillos, sólo habitaciones que daban a otras- y él le abrió. Sus miradas se cruzaron y ella se aseguró de que un atisbo de sonrisa permaneciera en su rostro, a pesar de lo que sentía. Pero la sonrisa se desvaneció bajo su mirada de desaprobación. Estaba pisando terreno peligroso.

"Me doy cuenta de que es difícil para usted comportarse de manera racional, pero le sugiero que lo intente. Esto no es cosa de risa. Hani es lo primero". No esperó a que ella cruzara la puerta, sino que salió al sol y caminó hacia la terraza de piedra que bordeaba el jardín privado, mirando hacia el interior, lejos del océano. Ella le siguió hasta el extremo más alejado, bajo el cual había una amplia extensión de hierba inmaculada bordeada por un alto seto.

"Créeme, Amir, soy consciente de la gravedad de la situación. Permíteme procesar esto a mi manera".

Amir la miró como si estuviera aburrido y luego se dio la vuelta. "Por allí". Amir asintió. "El patio de Hani está detrás del seto. Él y su niñera nos están esperando".

Bajaron los escalones de la terraza y su corazón empezó a acelerarse. Tan cerca después de tantos años de búsqueda. "¿Sabe que voy?"

"Sabe que un amigo mío está de visita y desea conocerle".

"¿Cómo demonios vamos a explicárselo todo?".

Se detuvo de repente y se volvió hacia ella, con el labio torcido por la incredulidad. "No lo entiendes, ¿verdad? Esto no es el principio de algo para ti. Dijiste adiós a una relación con mi hijo hace años. No hay nada *que* explicarle a Hani. *No* habrá relación. Puedes quedar con él ahora -se encogió de hombros-, quizá unas cuantas veces más antes de la intervención en el hospital. Luego tendrás tu dinero y te irás. Como haces siempre".

Apartó la mirada, conteniendo una réplica airada. "Déjame verle ahora".

“Espera aquí.”

Desapareció por un hueco en el seto y ella lo siguió, deteniéndose de repente al ver el borde de un arenal, con excavadoras, cubos y una tromba de agua que amenazaba con convertir el arenal en un baño de barro. Sólo pudo ver a Amir, que se acercaba a grandes zancadas al arenal. Esperó entre las sombras del oscuro seto de cipreses que le impedía ver a nadie más que a Amir. Se le cortó la respiración. Su *hijo* estaba detrás del seto. Su *hijo*, después de tantos años.

“¡Hani!” Volvió a centrarse en Amir. Su voz había cambiado en un instante. Era más suave y mostraba una emoción que ella no habría creído posible basándose en la última media hora. Pero *estaba* ahí. Pero no para ella.

“¡Baba!”

Ruby apretó la boca, mientras el sonido del niño pequeño la golpeaba. “Sólo es por la tarde”, continuó la voz. “¡Aún no es nuestra hora! Ven a ver lo que estoy haciendo”.

Se sorprendió al oír la voz aguda y musical de Hani, influida por el acento muy correcto de Amir, educado en Oxford, pero matizada por el acento exótico de Havilah. De algún modo, en su imaginación, Hani siempre tenía acento italiano. Pero claro que no lo tenía. Sólo había nacido, y sin duda veraneado, en Italia. Había vivido toda su vida aquí, entre el mar Arábigo y el desierto, en Janub Havilah, la parte sur de la antigua tierra de Havilah. Ella lo sabía, pero la distancia entre su imaginación y la realidad la conmocionaba. Amir tenía toda la influencia, siempre la había tenido y siempre la tendría. Y ahora sabía que también había tenido a su hijo, Hani, todo este tiempo.

Dio un paso adelante, pero se detuvo. Amir estaba de pie a sólo unos metros, escuchando distraídamente la corriente de conciencia que fluía de Hani, que seguía oculto por los árboles. A pesar de la amargura y la rabia que sentía hacia Amir, le sorprendió lo diferente que parecía ahora. El cambio en su voz se reflejaba en el cambio en su lenguaje corporal. Su cabeza estaba inclinada hacia un lado mientras escuchaba a Hani, toda atención, y su mano se extendía hacia donde el seto tapaba a Hani.

Este era el hombre que ella recordaba. Físicamente era el mismo, pero entonces tenía el pelo más largo. Ahora, su espesa cabellera negra estaba corta; después de todo, nada podía estar fuera de control. Pero su cuerpo, lo que podía ver de él en el traje de etiqueta, era prácticamente el mismo. A pesar de su enfado, su estómago se contrajo de lujuria al verle, igual que en el momento en que entró en la habitación. Se aclaró la garganta y se irguió. No había diferencia. No tenía importancia porque su relación había terminado. Pero su relación con su hijo estaba a punto de comenzar, creyera lo que creyera Amir.

Luego se volvió hacia ella. Sus ojos se entrecerraron bajo el sol de la tarde y su expresión inescrutable volvió a posarse en ella. Las sombras proyectadas por su repentino ceño fruncido opacaban sus ojos oscuros y, bajo ellos, la cúspide poco profunda de su párpado inferior estaba tensa. La intensidad de aquella mirada era como el reflejo de su alma, oscura e impenetrable. Ruby no podía moverse. El aire estaba quieto, como si el atardecer durmiera o contuviera la respiración. Ruby no podía decir qué contenían sus ojos. ¿Odio? ¿Amor? Sólo sabía una cosa. Había mentido. No era indiferente.

La risa del niño rompió el hechizo. Salió corriendo del refugio de los árboles y Ruby lo vio por primera vez. Era el momento que había estado esperando y, sin embargo, no era como lo había imaginado. Parecía irreal.

Los ojos azules de Hani brillaban de risa a la luz del sol mientras vertía agua de una manguera en un elaborado laberinto de canales que había creado en el arenal. Su pelo rubio le caía sobre los ojos y sus piernas bronceadas estaban mojadas por los juegos.

Se le llenaron los ojos de lágrimas al darse cuenta de la gravedad de su pérdida. El pequeño bebé que recordaba se había convertido en un niño del que no sabía nada. Reprimió las lágrimas al instante. Se cubrió el estómago con ambos brazos y se abrazó a sí misma, sin permitir que ninguna parte de sí misma mostrara lo que realmente sentía. Porque si se derrumbaba, no sabía si sería capaz de recomponerse.

Entonces Hani se volvió hacia ella, siguiendo la mirada de su padre. Grandes ojos azules. Los ojos de ella. El niño se volvió rápidamente hacia su padre.

"*¡Baba!* ¿Quién es esta señora?"

"Hani, esta es mi amiga, la señorita Ruby Armand. Ruby, permíteme presentarte a mi hijo, Hani".

Inquieta, Ruby dio un paso hacia ellos, sin poder apartar los ojos de Hani. Se limpió las manos llenas de barro en la parte trasera de los pantalones cortos y se adelantó con una expresión curiosamente formal para una niña de cinco años. "Buenos días, señorita Armand".

Ruby tuvo que tragarse un enorme nudo de emoción antes de poder articular palabra. Se aclaró la garganta. "Buenos días, Hani. ¿Qué estás haciendo? ¿Puedo verlo?"

"No". La voz de Amir, aunque no era alta, era autoritaria y Hani se contuvo de mostrarle a Ruby su juego. Obviamente, estaba acostumbrado a hacer exactamente lo que su padre le pedía. Amir se volvió hacia la niñera de Hani, que rondaba cerca. "Hay que asear a Hani y llevarlo a la biblioteca. Allí tomaremos el té con él".

A Ruby le dolió el corazón cuando Hani bajó la cara.

"No", dijo. Los tres la miraron sorprendidos. "Me gustaría ver el partido".

No miró a Amir, sino que le tendió la mano, esperando que éste la detuviera en cualquier momento. Para su sorpresa, Amir no dijo nada y Hani la cogió de la mano con confianza mientras caminaban hacia el arenal. Se arrodilló a su lado, ignorando el barro que salpicaba su vestido amarillo.

"Ya ves". Se agachó a su lado y señaló el hilo de agua que salía de una manguera sostenida por dos palos. "Estoy aprendiendo sobre molinos de agua". Miró a su padre, que estaba detrás, escuchando y observando atentamente. "¿Verdad, Baba?".

"Sí. En teoría. En la práctica parece que estás haciendo un lío".

Ruby ignoró la reprimenda de Amir. "¿Y cuántos años tienes, Hani?"

"Tengo cinco años", dijo con orgullo.

"Y estás aprendiendo mucho. Cuando tenía tu edad me gustaba jugar con agua. Le ponía la manguera a mi amiga hasta que se empapaba".

La cara de sorpresa de Hani habría hecho reír a Ruby en cualquier otra circunstancia.

"¿No te regañó tu padre?"

"No, cogía la manguera y me la echaba encima". Ella suspiró. "Tiempos divertidos". Sonrió a Hani, que estaba digiriendo cuidadosamente esta sorprendente información. Se levantó y sacudió la manguera hasta inundar el profundo surco por el que corría el agua. Soltó una risita.

Ruby miró a Amir, que frunció el ceño en señal de advertencia. Abrió la boca para hablar, pero de pronto Hani se echó a reír y lo que Amir hubiera estado a punto de decir se olvidó. Ambos se volvieron para mirar a Hani. El contagioso sonido continuó mientras Hani, que había puesto un pie descalzo en el barro, acercaba el otro y saltaba, salpicando barro por todas partes. El sonido de su risa se enroscó en su corazón y anidó allí. No le dejaría. Dijera lo que dijera Amir.

~

No fue hasta primera hora de la tarde cuando se llevaron a Hani para que descansara antes de la cena. Se volvió antes de desaparecer en el edificio y saludó a Ruby con la mano. Ella sonrió y le devolvió el saludo.

"Le gustas".

Ruby se puso al lado de Amir. "No suenes tan sorprendido. Algunas personas lo hacen, ya sabes".

"Por supuesto. Mucha gente lo hace, si las columnas de cotilleos son creíbles".

"Me sorprende que los hayas leído".

"No lo sé. Pero es imposible evitar tu nombre".

"¿Y tú?"

"¿Qué?"

"¿Creerles?"

La miró, con una expresión irónica en el rostro. "Publican una versión de la verdad, pero quizá no toda la verdad".

"Cuando quieras oír la versión verdadera, sólo tienes que pedirla".

"¿Y por qué querría hacer eso?"

"Simple curiosidad, si no otra cosa".

"No tengo tiempo para dedicarme a la curiosidad ociosa. No necesito saber nada de tu pasado. No me concierne. Lo que necesito es tu acuerdo para proceder con el tratamiento de Hani".

Ruby disimuló la decepción y la ansiedad con su despreocupación habitual. Suspiró. "La vida debe ser tan sencilla para ti".

No se molestó en contestar. "¿Le apetece una copa? ¿Quizás podríamos mantener una conversación civilizada durante media hora para concluir el negocio?"

"Claro. Agua con gas, por favor."

Se hundió en los mullidos cojines mientras Amir pedía bebidas a una criada que había aparecido como por arte de magia y encendía los farolillos de la mesa. Él se sentó frente a ella, con el sol del atardecer adquiriendo un color más intenso a sus espaldas, enriqueciendo con un suave resplandor las colinas que se extendían más allá de los jardines de regadío. Aquí, en el ala privada del palacio, estaban aislados de la cara pública del palacio que daba a la ciudad que tenían debajo.

"Hani no parece enfermo. Un poco pálido, tal vez, pero no demasiado".

"No. Fue sólo un análisis de sangre rutinario el que reveló el problema. Nos las hemos arreglado para mantenerlo bien hasta ahora. Pero no sabemos cuánto durará. Podría estar bien durante meses, incluso años, pero la enfermedad también puede volverse repentina. El médico dice que puede ocurrir en cualquier momento. Actualmente está recibiendo un nuevo tratamiento que ha organizado el consultor de Boston. Pero tenemos que asegurarnos de que la transfusión de sangre esté preparada para cuando sea necesaria".

"¿Desde cuándo lo sabes?"

"No mucho. Unas semanas".

"Y has tardado en contactar conmigo unas semanas. Me sorprende".

"Probé otras opciones primero. No me entusiasmaba la idea de traerte a nuestras vidas".

Se mordió el labio con irritación y apartó la mirada. Se dio cuenta de que si él hubiera encontrado otra solución, ella no estaría sentada aquí ahora. No habría pasado la tarde con su hijo.

La sirvienta salió con las bebidas y las colocó en la mesa entre los dos. Dio un sorbo a su

copa, sin confiar en hablar inmediatamente. Lo colocó sobre la mesa con cuidadosa deliberación.

"Entonces". Ella se sentó y le miró directamente. No quería evasivas por su parte. Necesitaba saber a qué atenerse. "¿Qué es exactamente lo que se requiere de mí?"

"En primer lugar, necesitamos su análisis de sangre. Si todo va bien, necesitamos que te cuides. Asegúrate de que tu estado de salud es óptimo y luego, cuando el médico designe el día -más pronto que tarde-, irás al hospital y le darás tu sangre a Hani".

"Qué bien y qué ordenado lo tienes todo. Entro, me aseguro de estar en la flor de la salud, le doy a Hani lo que necesita y desaparezco".

"No desaparecer. Esto puede estar en curso. Necesito que estés disponible inmediatamente si es necesario".

"¿Y yo qué?"

"Ya sabes".

"Correcto, un millón de dólares."

"¿Seguro que es suficiente, incluso para ti?"

Ella negó con la cabeza, incapaz de creer que después de lo que habían pasado juntos, él pudiera pensar que ella sería tan despiadada. "¿Por qué crees que sería tan mercenaria? ¿Qué he hecho para que te lo imagines?".

resopló. "No necesito imaginarme nada. Los hechos hablan por sí solos".

"¿Qué hechos? ¿De qué demonios estás hablando?"

"El dinero que te di para una cosa."

"¿El dinero? ¿Qué dinero?"

"¡No me vengas con esas!" Se inclinó hacia delante y la miró, la miró de verdad por primera vez desde que se conocían. "El dinero, Ruby. Cuando enviaste a tu amiga, Caro, a pedirme dinero. Se lo di y te fuiste".

"¡¿Yo qué?!" Se levantó de un salto. "¿Crees que te he quitado dinero? No he visto a Caro desde, desde..." Se devanó los sesos tratando de recordar. Abrió los ojos de par en par cuando el recuerdo la golpeó con toda su fuerza. "Desde que nació Hani".

Se encogió de hombros. "Sí. Me dijo que estuvo contigo en el parto".

"Sí, así era. No paraba de decirme que la adopción era lo único que me quedaba. Al final acepté. Estaba enfermo, parecía la única opción. Y entonces... después, nunca la volví a ver".

El silencio entre ellos era tenso, lleno de palabras no dichas, palabras que no se atrevían a pronunciar.

Se sentó, intentando tragarse la bilis al pensar en la traición de su viejo amigo. "Parece que Caro se aprovechó de la situación para desplumarte". ¿Se lo imaginaba, o había una grieta en la armadura de Amir? "Y estabas tan dispuesto a pensar mal de mí que creíste cada palabra que dijo".

La grieta en su armadura se cerró de inmediato. "Era *tu* firma en los formularios de adopción. Era todo lo que necesitaba saber". Deslizó una tarjeta por la mesa. "Aquí está el nombre del mejor médico de Janub Havilah. Te está esperando. He ordenado un examen físico completo".

"Y sin duda se le informará".

"Veo que empiezas a entender".

"Nunca se cuestionó que te entendiera. Mi acuerdo contigo sí".

Sacudió la cabeza, confuso. "¿De qué estás hablando?"

"Haré lo que dices con una condición".

"¿Y eso es?"

"Paso tiempo con mi hijo. Conozco a mi hijo. *Vivo con mi hijo*".

“¿Vivir con él? ¿En calidad de qué?”, se burló. “No seas ridícula. ¿Niñera, profesora, enfermera?”

“*Madre*”.

“Eso es imposible. No soy uno de tus amigos de vida suelta donde todo vale. Estoy criando a Hani de forma tradicional. Pronto volveré a casarme. ¿Cómo puedo tener a la madre de mi hijo viviendo junto a mi esposa?”

“¿Tienes a alguien en mente?”

“Eso no te concierne”.

“Apuesto a que tienes una lista de control. Me pregunto qué hay en ella. “Fértil”, “de comportamiento adecuado”, “obediente”, “maternal”, “hermosa”, pero no de una manera llamativa, por supuesto. No querría asustar a la clase dirigente con demasiada ostentación”.

Sus labios se curvaron con humor o irritación, ella no podía decirlo detrás de esa fachada fría. “Has descrito muy bien a mi nueva esposa”.

Tenía a alguien en mente. La idea la golpeó en el estómago. Se tragó la bilis que le provocaba la mera idea de Amir con otra mujer. Una mujer para Amir, y una nueva madre para Hani. “Así *que* la conoces”.

Se encogió de hombros. “Conozco su identidad, pero nunca nos hemos visto. No es que sea asunto tuyo”.

“Eres tan frío y calculador. Has cambiado tanto”.

“Como tú”.

Bebió un trago de su refresco, pero sus ojos no se apartaron de los de ella. Se sentaron a contemplarse en silencio.

Tragó saliva. Tenía que ser ahora. No había tiempo que perder, no si ya tenía a alguien con quien casarse.

“Repito. Quiero vivir con mi hijo”.

“Y repito. Eso es imposible”.

“No si te casabas conmigo. Lo haría legal. Podemos coexistir fácilmente en tu vasto palacio sin contacto regular. Pero *debo* estar con mi hijo. Aceptaste un matrimonio arreglado una vez, con Mia, por el bien de tu madre y tu familia. ¿Por qué no otra vez? ¿Por qué no, esta vez, por el bien de nuestro hijo?”

Sacudió la cabeza. “Eres increíble. Te sientas ahí e inventas planes absurdos como ése. ¿Qué es lo que realmente buscas? ¿Más dinero?”

Rebuscó en su bolso y sacó el cheque. Lo sostuvo a la luz mortecina y, delante de sus ojos, lo rompió de arriba abajo. Le dio la vuelta y volvió a romperlo. Lo dejó caer en el farol, cuyas llamas lo consumieron en cuestión de segundos, antes de apagarse de nuevo. “No quiero tu dinero. Haz que tus abogados redacten todos los prenupciales que les satisfagan. Lo único que quiero es estar con mi hijo. Que vuelva a estar bien y verle crecer. Durante cinco años he intentado averiguar dónde estaba y tú me lo impediste. Me has robado cinco años de él. Quiero el resto”.

Amir entrelazó los dedos con fuerza y apoyó los codos en la mesa. Se frotó la boca con los puños en un gesto de agitación poco habitual en él. Tenía los ojos negros como la noche, como carbones humeantes y ardientes. “No creo ni una palabra de lo que dices. Creo que quieres ser mi esposa por todo lo que te aportaría: estatus y más dinero. Hani no. Revelaste tus sentimientos maternales el día que firmaste los papeles de adopción. Renunciaste a cualquier derecho sobre Hani el día que firmaste esos papeles”.

“Ah, pero me has creado *nuevos* derechos, una *nueva* posición negociadora. Sin duda era eso

lo que tanto temías, por eso no te pusiste en contacto conmigo inmediatamente. Y tenías razón. Si quieres que ayude a Hani, te casarás conmigo. No es negociable".

"No lo entiendo". Las palabras fueron tensas y amortiguadas detrás de sus manos. "¿Por qué? Tú no lo quieres. Lo dejaste claro. Lo regalaste, por el amor de Dios".

"Escucha con atención, Amir. Sé que te cuesta entender a alguien en una posición diferente a la tuya. Pero inténtalo. Yo tenía dieciocho años, eso es ser joven, ¿no? Estaba solo -bastante estresante, tienes que admitirlo- y estaba enfermo. Revisa los registros del hospital. No, espera. Seguro que ya lo has hecho. Tan enferma que casi muero. Y eso fue sólo el nacimiento. Después fue cuando realmente empezó, pero no encontrarás ningún registro oficial de eso. Podría haber manejado los problemas físicos, ¿pero la depresión? Eso era otra cosa. Era algo que no podía manejar. Si hubiera sido mayor, si hubiera tenido apoyo, ¿quién sabe? Pero no era así, estaba tocando fondo y cometí el mayor error de mi vida. Uno del que me he arrepentido cada momento de cada día desde entonces".

"Tanto que desde entonces has tenido que atiborrar tu pobre y triste vida de cosas materiales, de gente, de fiestas salvajes. Mi corazón sangra por ti".

"No sé por qué me he molestado en explicarte lo que ha pasado. No tienes intención de intentar entenderlo, ¿verdad? Una vez que has tomado una decisión, ya está". Se encogió de hombros con desdén. "No me importa. No es *a ti a* quien quiero. Puedes pensar lo que quieras. No me interesa. Pero *ésa* es mi condición. No viviré el resto de mi vida sabiendo que Hani está contigo, y que verle o no dependa de un capricho tuyo."

"No vivo mi vida por caprichos".

"Sabes lo que quiero decir. No voy a estar con él por un corto tiempo sólo para irme de nuevo. Prefiero irme inmediatamente".

Los rayos del sol estaban ahora tan bajos que se habían dispersado, filtrándose a través de las hojas de las gráciles palmeras. Contuvo la respiración. Todo dependía de su respuesta.

"¡No! Esto es ridículo". Se inclinó hacia ella. "Ahora que has visto a Hani, no me creo que no le ayudaras. Siempre te dejaste llevar por tus emociones. Puedo verlo en tus ojos. Le ayudarás. Y no necesito pagar, no necesito hacer nada para obligarte".

Se levantó con frialdad y deliberación. Había actuado, de un modo u otro, toda su vida: para sesiones fotográficas, para su familia, para sus amigos. Pero ahora dependía mucho más de ella. Pero esta vez su actuación sería aún más persuasiva porque Amir la consideraba una mujer fría y calculadora. Todo lo que tenía que hacer era marcharse y él se convencería de que era la mujer que él creía que era.

Puso su bebida sobre la mesa. "Gracias por la bebida. No te robaré más tiempo. Di *Ma Salama* a Hani de mi parte".

El corazón le latía con fuerza y tenía el pecho tan oprimido que apenas podía respirar. Pero él no pudo ver la expresión de su cara y ella consiguió mantener la compostura para caminar hasta el borde de la terraza. Él seguía sin decir nada. El sudor le punzaba la frente. Quiso secárselo, pero no se atrevió a hacer nada que pudiera revelar su tormento. Bajó el primer escalón, luego el segundo. No fue hasta que llegó al final de los escalones de la terraza cuando él la llamó.

"¡Ruby!"

Se balanceó en el escalón, casi sin creerse que su farol hubiera funcionado. Había caminado media docena de pasos, los más largos y difíciles de su vida. Se había fijado un límite de veinte pasos antes de detenerse, antes de que él supiera que había ganado, porque tenía razón. Nunca le daría la espalda a su hijo. Sólo Amir, creyendo lo peor de ella, había permitido que su farol tuviera éxito.

Siguió sin darse la vuelta. No podía arriesgarse a ser traicionada por las lágrimas que habían brotado al oír su voz. Respiró lenta y profundamente.

"Ruby, la razón por la que pretendo casarme de nuevo no es sólo política, es también para tener más hijos, hermanos para Hani. Mi esposa también será mi amante".

Tragó saliva, las lágrimas se secaron de repente. Se dio la vuelta. Sus ojos seguían fríos e inescrutables. "Amante", repitió débilmente.

Se levantó y se acercó a ella. Al acercarse, la frialdad desapareció en un santiamén. "Amante", repitió, blandiendo la palabra como un arma. "Tal vez no al principio, pero en algún momento tiene que ocurrir. ¿Y después? Se encogió de hombros. "Una vez fuimos amantes y no nos cansábamos el uno del otro. Creo que no será del todo desagradable para ninguno de los dos. Es una cuestión puramente física y práctica. Nada más". La respiración se le agitó en el pecho y las tripas se le apretaron de deseo. Él estaba demasiado cerca, sin acercarse, sin tocar. No lo necesitaba. Podía sentir su energía sexual como si fuera un campo de fuerza, pero uno que atacaba en lugar de desviar. "¿Estás de acuerdo?"

"Sexo a cambio de que yo esté con Hani". ¿Cómo podría negarme? Suena como un matrimonio hecho en el cielo".

"Un matrimonio hecho en la tierra, un matrimonio práctico. Tómalo o déjalo".

"Si lo dejo, Hani morirá".

"Y si lo tomas, Hani vivirá y tú vivirás *con* él."

Hizo acopio de todas las fuerzas que pudo y, volviendo sobre sus pasos, se acercó a la mesa, donde volvió a coger su copa y se la tendió en un brindis simulado. "Por el matrimonio, que nos traiga a ambos lo que deseamos".

Amir le sostuvo la mirada pero no repitió el brindis. "Vuelve al apartamento que te he alquilado, haz los arreglos personales o de negocios que necesites mañana y regresa aquí al día siguiente a las once en punto. Haré que mi abogado redacte unos papeles para que los firmes".

Ella asintió rígida y de repente se dio cuenta de que iba a suceder. La larga búsqueda de su hijo había terminado. Lo había encontrado. Iba a estar con él. Pero tenía que pagar un precio: casarse con un hombre que la despreciaba, un hombre en quien no podía confiar.

"Pasado mañana, entonces". Se dio la vuelta y se marchó sin mirar atrás. Él había adoptado a su hijo y le había impedido volver a verlo. Y habría funcionado si no hubiera sido por un capricho de la naturaleza: sus tipos de sangre. Ella no entendía por qué él no quería la sangre de un extraño en Hani: habría sido fácil conseguirla. Y a ella no le interesaba entenderlo.

Había encontrado a su hijo y estaba decidida a no volver a perderlo, eso era lo único que importaba. Ahora haría cualquier cosa por su hijo. Incluso acostarse con un hombre al que, en ese momento, odiaba con cada célula de su cuerpo.

CAPÍTULO 3



Al menos el apartamento que Amir le había alquilado estaba en el centro de la ciudad, pensó Ruby.

Vestida sólo con una bata blanca, se detuvo junto a la ventana que había permanecido abierta toda la noche, permitiendo que el ruido de los coches y los asistentes a la fiesta le hicieran compañía durante toda la noche. Miró las torres futuristas con fachadas de cristal que bordeaban la calle más concurrida de la ciudad. La ancha calzada de color rosa pálido estaba llena de coches de lujo, limusinas y taxis, todos respetando obedientemente el límite de velocidad y parando de vez en cuando para permitir que las mujeres vestidas de alta costura parisina y tacones altos se apearan y entraran trotando en una boutique de marca de lujo tras otra. Durante el día estaba lleno de gente, pero no era hasta el anochecer cuando el lugar cobraba vida de verdad. Y a ella le gustaba vivo.

A pesar de que este apartamento era tres veces más grande que su casa de Milán, prefería los cláxones y la conducción errática de los coches y las *motos* italianas que pasaban a toda velocidad por delante de su apartamento milanés, y el olor a carne recién asada, pan y especias que llegaba de los cafés de abajo. Era caótico, ruidoso y podía perderse en él. Pero aquí, en este apartamento tranquilo y sobrio, lleno de muebles y objetos de arte elegantes y discretos, diseñados para causar el mínimo impacto, corría el riesgo de volver a encontrarse a sí misma. Y no se atrevía a hacerlo.

Se vistió rápidamente con sus colores primarios favoritos y se puso una cinta en la cabeza mientras se dirigía al baño. Se vio en el espejo, pero apartó la mirada. Sabía que la imagen que le devolvían no era la que veían los demás. Respiró hondo y se maquilló rápidamente, concentrándose sólo en la parte específica que requería atención. No miró el conjunto. Todavía no. Por último, sacó el pintalabios y se lo aplicó en los labios antes de apretarlos suavemente. Su característico pintalabios coral completó la transformación. Sólo entonces soltó un suspiro.

Ya no era la imagen de su madre. Se había transformado en una mujer a la que la depresión no podía tocar.

Aliviada, examinó el apartamento. Sus maletas estaban hechas de nuevo. Había viajado ligera de equipaje, pues no creía que pudiera quedarse mucho tiempo en Janub Havilah. Se había pasado el día anterior hablando por teléfono con Italia, Reino Unido y Estados Unidos, con amigos y con su agente. No había tardado mucho en organizar su vida, cancelar reservas de trabajo y comunicar a su amiga Ariana, con la que compartía piso, que se marchaba. Los últimos años habían sido perfectos. Ariana había necesitado un apartamento sin alquiler y Ruby había necesitado a alguien que estuviera siempre allí por las noches. Porque, a pesar de la ubicación del apartamento -en pleno centro de Milán, con su continuo ruido urbano-, a pesar de los bonitos

muebles y las costosas obras de arte, Ruby no soportaba estar sola. Y saber que Ariana y sus varios novios estaban cerca le ayudaba a llenar el vacío, a mitigar sus miedos.

Y ahora todo estaba en su sitio. Sus ataduras habían sido, si no cortadas, aflojadas, y estaba lista para irse a vivir con su hijo. Y con Amir. Todo estaba en su sitio, incluido un temor que la carcomía por dentro. Tendría que ir al hospital y arriesgarse a caer en el profundo pozo de desesperación del que parecía imposible salir, del que su madre había sido incapaz de salir a la superficie y que había acabado con su vida. Los antiguos griegos tenían una palabra para eso: melancolía, y ella tenía una palabra para eso: infierno. Se adentraría en lo que más temía, pero no tenía elección porque la conduciría a lo que más valoraba.

La llamada a la oración irrumpió en la ciudad desde la torre del almuédano, en pleno casco antiguo, y, sobresaltada, se volvió para consultar el reloj. Era hora de partir. Amir había sido tan preciso con la hora como con todo lo demás. Había conseguido lo que quería. No quería arriesgarse a que cambiara de opinión. Recogió las maletas y echó un último vistazo al apartamento al que había llegado tres noches antes, convocada para ver a su hijo. Durante aquella primera noche de vigilia, no había pensado que no sólo se mudaría con Hani, sino que también se casaría con el hombre que le había roto el corazón cinco años antes.

~

"Llegas tarde". El humor de Amir empeoró al verla. Llevaba un vestido corto de brillantes colores primarios combinados en un llamativo diseño. El optimismo chillón de su vestimenta chocaba con el refinado entorno del palacio, y chocaba con los temores que tenía por su hijo, temores que aún no le había contado a Ruby. ¿Cómo iba a hacerlo si aún no confiaba en ella?

"¡Amir! También me alegro de verte. Reunidos de nuevo en la biblioteca, lugar apropiado para una reunión de negocios, supongo. Una especie de fusión".

"Guarda tus sonrisas para alguien a quien puedan impresionar. Siéntate". Vio cómo ella se sentaba con elegancia en el sofá de cuero -no en la silla dura que le había indicado-, se reclinaba y cruzaba sus largas y hermosas piernas. Su mirada se detuvo allí, como estaba seguro de que ella pretendía. Se volvió sin mirarla a los ojos, cogió los papeles de su escritorio y los dejó caer sobre la mesita de café frente a ella. "Mi abogado ha preparado los papeles: un acuerdo prenupcial estándar.

Ella levantó la ceja y le sonrió dulcemente. "¿Estándar? ¿Desde cuándo todo lo que hacemos es 'estándar'?".

Recogió los papeles y procedió a leerlos con cuidado. No dijo ni una palabra y Amir tampoco. Le dio la oportunidad de observarla.

La primera vez que la había visto, más de seis años antes, cuando estaba visitando a la familia de su madre en Italia, ella había entrado en un oscuro bar de Milán y había iluminado literalmente la sala con los colores chillones de su ropa, su pelo rubio blanco y unos ojos que brillaban de diversión. Después de una vida de responsabilidades y obligaciones, se había sentido atraído por ella como una polilla que ha vivido demasiado tiempo en la oscuridad. Ahora era igual, pensó. Parecía más brillante. Quizá demasiado.

Levantó de pronto los ojos hacia los suyos y le sorprendió mirándola. Sí, los ojos parecían más brillantes, más duros, más vigilantes. Sus propios ojos se entrecerraron en respuesta. "¿Todo como esperabas?"

"Claro". Cogió el bolígrafo y lo firmó con una floritura. "Más de lo que esperaba. Es un generoso acuerdo que me darás si nos divorciamos".

“*Cuando* nos divorciemos”.

“Tan cierto”.

“¿De ti? Sí”. Por supuesto que sí. Ella no tenía ni idea de lo cerca que había observado su vida en los últimos cinco años.

“Como si me conocieras tan bien”, dijo, con un tono burlón.

Sonrió. “No es difícil conocerte. Una breve amistad...”

“¿Amistad?”

“Seguido de una previsible carrera en el candelero”.

Suspiró, se sentó y volvió a cruzar las piernas. “Qué reconfortante debe ser ser tan sabio, saber tanto de todos y de todo”.

“No es reconfortante. Bastante incómodo de hecho”.

“¿Porque la gente no cumple tus elevados estándares?”

“En efecto. Rara vez ocurre”.

“Quizá esperas demasiado”.

“De ti, muy posiblemente”. Apartó los papeles.

Ladeó la cabeza, con los labios y los ojos irritados. “Sabes, me recuerdas a algo. Lo sé. Eres como las barreras que protegen a Venecia de las inundaciones: no te toca el caos del mar y le niegas la entrada a tus tierras sagradas”.

“Fuerte, querrás decir. Protector de las cosas y las personas que aprecio”.

“Duro e insensible es lo que quiero decir”.

Se levantó. “Gracias por compartir el producto de su imaginación hiperactiva. Muy esclarecedor. Ahora que hemos concluido nuestro negocio, es posible que desee instalarse “.

Ruby no se movió. “Estás muy equivocada, sabes.”

Frunció el ceño. “¿Sobre algo en particular? ¿O” -se encogió de hombros- “simplemente de todo?”.

“El divorcio. No tengo intención de divorciarme y tú tampoco”. Se inclinó hacia delante. “Acabo de encontrarlo de nuevo y no me iré. Le haré bien y le haré feliz”.

“Lo harás bien, ciertamente. ¿Y en cuanto a feliz? Ya es feliz, como yo”. Ignoró su risa. “No necesito nada más de ti”. Apretó los dientes al ver cómo se le pasaba la risa. Si ella hubiera aceptado el millón de dólares...

“Hablando de Hani”, continuó Ruby, como si de algún modo hubiera ganado la discusión. “¿Cómo está hoy? ¿Dónde puedo encontrarlo?”

Parecía que se alegraba de ignorar cualquier cosa en la que no quisiera pensar. O eso o estaba intentando provocarle deliberadamente. No había nada que hacer; tendría que demostrarle quién tenía el control en términos inequívocos.

“No puede. No se encuentra bien. He dado instrucciones para que no se le moleste”.

“Pero puedo...”

“No, no puede. Se excita fácilmente”.

“No como tú entonces”.

“No de esa manera, ciertamente. Más bien lo poco que sé de su madre biológica, diría yo”.

Enarcó una ceja perfectamente arqueada. “¿Lo harías?”

“Ciertamente. No puedes mantenerte alejado de la gente. Siempre estás cerca de un fotógrafo. Siempre adquiriendo gente, cosas, dinero. Nunca solo”.

“Comparto mi apartamento con amigos. ¿Cómo puede ser eso un crimen? Y no soy promiscua, no es que eso sea asunto tuyo”.

“Supuse que mis fuentes me habían fallado cuando dijeron que siempre volvías a tu cama

solo”.

resopló. “¡Tus fuentes! ¿Qué es usted? ¿Una especie de Maquiavelo?”

“Era un pariente lejano de mi madre”.

Su risa llenó la habitación. Había olvidado su risa, no se había dado cuenta de que tenía la misma risa contagiosa que Hani, y le llegó a lo más hondo, pasando por encima de la herida, la ira y el dolor, hasta llegar a un lugar que no creía que aún existiera. Sonrió, a su pesar.

Ella le miró y dejó de reír al instante. “Me lo imagino.”

De repente se dio cuenta de la conexión, se levantó y miró a su alrededor, necesitaba romperla. Se dirigió a su escritorio y pulsó un timbre silencioso. “Mi ama de llaves le mostrará su habitación”.

“Sólo una cosa más. ¿Cuándo nos casaremos?”

“No inmediatamente. Hay cosas que tengo que arreglar con las otras... negociaciones primero”.

Ella asintió, bajó la mirada hacia las sandalias ridículamente altas que llevaba y arrastró ligeramente un pie. Él frunció el ceño. Por un momento, cuando ella levantó la vista, él habría jurado que el azul brillante de sus ojos se nubló de tristeza. Entonces su ama de llaves entró en la habitación y la nube se disipó. “Por supuesto”.

Siguió al ama de llaves hasta la puerta y no se volvió.

El ama de llaves se detuvo ante un par de puertas dobles. A la derecha había otro par de puertas. “¿Ésta es mi habitación?” preguntó Ruby.

“Sí, señora.”

“¿Y aquí?” Ruby señaló la otra puerta.

“La suite de Su Majestad”.

Sí, claro. Justo al lado de la suya. Lo que no habría dado por un lugar así hace cinco años. ¿Pero ahora? Ahora lo odiaba.

Pero al menos no estaría sola. Habría alguien cerca de ella. El palacio era inmenso, y toda la actividad y los negocios del palacio estaban lejos de aquí. Odiaba estar sola, odiaba el silencio. Entró en la habitación y miró a su alrededor, consciente de los pasos en retirada del ama de llaves, que la dejaba sola. Cerró los ojos. Sólo había silencio.

Se paseó por la habitación mientras el pánico empezaba a apoderarse de ella, porque no era sólo la pérdida de Hani lo que la atormentaba. Cerró los ojos con fuerza y se presionó la frente con la palma de la mano, haciendo círculos con ella, para intentar contener el pánico.

Tendría que volver a ir a un hospital. La última vez había sido cuando dio a luz a Hani. Había sido un parto difícil, pero nada que ver con lo que había ocurrido después. Ni siquiera había visto venir la depresión, la misma que había perseguido a su madre hasta que se quitó la vida. Lo que la asustaba era el miedo constante a sucumbir al “perro negro”.

Pero hoy no pensaría en eso. Se le daban bien los pensamientos evasivos. Se le daba bien esconder sus miedos, ahogarlos en la actividad. Deshizo la maleta y ordenó todas sus pertenencias.

Luego cogió el cepillo y se lo golpeó en la cabeza. Pero al mirarse al espejo pudo ver el miedo en sus ojos. Siguió cepillándose el pelo mientras se acercaba a las ventanas, las abría y se asomaba. Su habitación daba a los jardines privados del palacio, rodeados de un alto muro y árboles, más allá de los cuales se extendían las montañas y el desierto de las otras tierras de Havilah. La luz del sol se filtraba entre los árboles, suavizando las duras paredes blancas y

proyectando sombras sobre el estanque rectangular que se extendía a lo largo del patio. Era una vista tranquila, vacía y que ella no deseaba. Lo que quería era ver a Hani. Sola.

Había firmado los papeles, como Amir quería; estaba en su habitación, como él quería. Pero no podía ver a Hani. Ni siquiera sabía dónde estaba su habitación en aquel inmenso palacio. Tiró el cepillo sobre la cama. Ella no lo sabía, pero el personal de Amir sí.



Era tarde. Ruby estaba tumbada en su cama esperando a que se extinguieran los últimos ruidos de actividad. No quería que la descubrieran paseando por el silencioso palacio, ya que el personal de Amir le había advertido de que probablemente la devolverían a su habitación. Su personal no tardó en abrirse a ella, aliviados, sin duda, de encontrar a alguien humano entre ellos. Y, por lo que describieron, parecía que Amir había dado instrucciones para que vigilaran todos sus movimientos. Estaba más bajo arresto domiciliario que como invitada de honor. Eso no ayudaba a su ansiedad.

Se tensó ante el silencio que la rodeaba, y sólo se relajó cuando oyó a Amir moverse en el vestidor que había entre sus habitaciones. Por un breve instante, pensó que podría acercarse a ella a través de la puerta de comunicación. Luego se alejó, volvió a su dormitorio y ella exhaló lentamente. Su mano se deslizó por su estómago al recordar todas las veces que él se había acercado a ella en la pequeña cama de Milán, cuando no pensaban en nada en el mundo, excepto en el amor. Entonces no habría dudado: él habría sabido lo que ella quería. Pero ahora, a pesar de todo lo que la vigilaba, no la conocía en absoluto. Lo único que sabía era que ella quería estar con su hijo. Y le estaba ocultando incluso eso.

Se dio la vuelta, con las sábanas retorciéndose alrededor de su cuerpo, y contempló las hermosas colinas oscuras que separaban la franja costera, donde se había construido la ciudad, del desierto interior. Nunca había estado en el desierto, pero Amir solía hablar de él. Le había fascinado la mirada lejana de Amir cuando describía el desierto de noche, su magia, los colores del cielo, el sonido de la música que tocaban los beduinos. Había sido el último paso para enamorarse de él.

La lujuria había sido instantánea, pero ella se había aferrado todo lo que pudo a la idea de que su relación era algo casual, algo que terminaría después del verano, cuando él regresara a su hogar en Havilah. Por supuesto, no sabía que la familia de él pertenecía a la realeza. Pero dudaba de que eso hubiera bastado para detener su caída libre en las profundidades del amor. Una vez allí, no había vuelta atrás. Y entonces se quedó embarazada y todo cambió.

Hani, su hijo. El bebé que creía haber perdido para siempre estaba a sólo un pasillo de ella. Su mente se llenó con el rostro de su hijo, rodeado por la mata de pelo rubio, y sintió una necesidad urgente de verlo como lo haría una madre, dormido en su cama. Se levantó y se puso su bata de seda blanca.

Salió de su dormitorio y avanzó suavemente por el silencioso pasillo hasta el ala de la guardería. Las sólidas paredes de piedra y las valiosas alfombras absorbían eficazmente cualquier sonido.

Abrió la puerta en silencio y se quedó de pie, esperando a que sus ojos se acostumbraran a la oscuridad. Al principio no le vio.

La luz de la luna revelaba móviles de aviones enzarzados en combate, coches de juguete ordenadamente aparcados junto a una pista de carreras y una maqueta de ferrocarril, cuyas locomotoras estaban cuidadosamente colocadas en los apartaderos. Sonrió. El orden no era algo

que él hubiera heredado de ella. Su sonrisa se desvaneció. Sabía muy poco de Amir. Su breve aventura de verano había terminado antes de empezar. Pero las consecuencias no habían sido breves.

Dio otro paso hacia la habitación y se detuvo bruscamente.

El grueso pelo rubio y rizado enmarcaba un rostro relajado por el sueño; tenía los brazos abiertos a ambos lados de la cabeza y las piernas sobresalían entre las sábanas blancas y retorcidas. Los únicos sonidos eran su rítmica respiración, el tic-tac de un reloj y el suave golpeteo de su corazón.

No supo cuánto tiempo permaneció de pie: observando, absorbiendo, deseando. Pero el asombro pronto dio paso al dolor cuando pensó en los años que llevaba sin verle. Entornó los ojos y se pellizcó la nariz, tratando de detener las lágrimas, pero salieron de todos modos.

"Una vista hermosa, ¿no?"

Las palabras susurradas de Amir le provocaron un escalofrío y se volvió con un sollozo. Estaba de pie más allá de la luz, con el rostro como un tosco dibujo al carbón. Los débiles rastros de luz de luna no revelaban ninguna sutileza de expresión, sólo amplios trazos de oscuridad y sombra.

"¡Amir!", susurró, odiando lo vulnerable que se sentía. Se pasó los pulgares por los ojos, intentando borrar los restos de lágrimas. "¿Vienes a echarme?"

"¿Y por qué iba a hacerlo?" Su voz también era suave para no molestar a Hani.

Se acercó a ella, entrando en la penumbra. Llevaba la camisa blanca desabrochada sobre los pantalones oscuros y una mata de pelo le caía por el vientre musculoso y la parte inferior. Levantó la vista y frunció el ceño. Sus ojos también estaban desabrochados.

Se encogió de hombros. "No lo sé. ¿Quizás hay algo en el acuerdo prenupcial sobre que no puedo visitar a mi hijo después del anochecer?"

"Siempre fuiste irracional".

Ella sonrió con fuerza. "Creo recordar que llamas irracional a cualquiera que no esté de acuerdo contigo".

Sus labios esbozaron una sonrisa. "Sí, porque es verdad. Estoy aquí porque tenía curiosidad por ver adónde ibas".

"A ver a Hani, por supuesto. Intentar recuperar el tiempo perdido".

"Nunca lo harás. Pero esa fue tu decisión".

"Y lo hace aún más amargo".

Se acercó tanto a ella que pudo sentir su aliento en la mejilla. Ella se cruzó de brazos, tanto para no temblar como para bloquearlo. Él extendió la mano y ella cerró los ojos brevemente, sin saber qué esperar, pero sabiendo que moverse sería una muestra de debilidad.

Le giró la cara hacia la suya y le apartó el pelo. "Estás más pálida de lo que apareces en tus fotos".

Intentó apartarse, pero algo la retuvo. Cerró los ojos para no perderse en su mirada oscura. Pero, en lugar de eso, fue cada vez más consciente de sus caricias en la cara, del efecto de su presencia en su cuerpo. "La magia de los fotógrafos", susurró. "La gente cambia en cinco años".

"Tú no, no tanto". Su pulgar apenas le rozó el labio inferior.

Abrió los ojos cuando él acercó la cabeza a la suya. Su ceño se frunció brevemente, revelando un destello de alguna emoción que traspasaba el control desapasionado, pero desapareció antes de que ella pudiera identificarla.

"Ojalá pudiera devolverle el cumplido", susurró.

"No es un cumplido. Obviamente recibes tan pocos que lo confundes con uno. Si te dijera

que tu pelo -cogió un mechón y lo pasó entre el pulgar y el índice- tiene la textura de la seda y el color del oro blanco a la luz de la luna...".

La respiración se le agarrotó en la garganta mientras se mantenía quieta, con todos sus sentidos concentrados en el arrastre de los dedos de él por su pelo.

"Eso", continuó, "sería un cumplido".

Le agarró la mano para intentar detener el movimiento de la mano que bajaba por su pelo hasta el cuello. Pero, en lugar de eso, los escalofríos se intensificaron a medida que él se apoderaba de su mano y ella sentía la presión del pulgar contra su piel.

"Pero has adelgazado". Su tono de voz se hizo más suave. "Demasiado modelaje, demasiada fiesta, poca comida. Y eso" -le levantó la barbilla, obligándola a mirarle- "no es un cumplido".

"Es mi realidad", susurró ella, intentando controlar el alboroto de emociones que sus palabras y su tacto despertaban en lo más profundo de su ser. "No tiene nada que ver contigo".

Su boca se torció ligeramente y bajó los ojos por primera vez. "Por supuesto, tienes razón. Pero la tiene". Señaló con la cabeza a su hijo, Hani, que seguía profundamente dormido. Siguió su mirada y se fijó en los detalles de su hijo: las mantas a medio quitar, las extremidades largas y delgadas enredadas en las sábanas. Era la imagen de un niño seguro y cuidado, tranquilo en su propia casa. Apartó los ojos, intentando reprimir el dolor de aquellos años perdidos. Se tragó un sollozo.

"¿Has visto suficiente?" Sus generosos labios se habían relajado de la línea recta de tensión que ella había visto antes a una sombra de sonrisa.

"Nunca veré lo suficiente. Y lo sabes".

"Bien. Así te será más fácil hacer lo que tienes que hacer". Bajó aún más la cabeza. "Ven. La sola palabra conjuró imágenes de seducción en su mente. "Deja dormir a Hani. Lo necesita". Su mano recorrió su brazo hasta que la agarró y la sacó de la habitación.

Apenas era consciente de lo que la rodeaba -los marcos ornamentados y dorados de cuadros de paisajes desérticos, de cuencos de fruta, de personas muertas hacía mucho tiempo, cuadros carentes de vida- mientras caminaban por el pasillo. Todos sus sentidos estaban concentrados en la presión de su mano sobre la suya. Debería apartar la mano, pero aquel agarre firme la reconfortaba, y había una sexualidad dominante que le hacía retroceder los años hasta la primera vez que se conocieron. Él se detuvo en la puerta, miró sus manos unidas y la miró a los ojos. Pero no habló y ella no supo qué pensaba.

"¿Recuerdas, Amir, cuando nos conocimos?"

No dijo ni una palabra. No movió la cabeza para delatarse. Ella se negó a dejarse intimidar. Tenía que hacer que intentara recordar, que intentara recuperar algún tipo de conexión, si querían estar juntos por el bien de su pequeño. Tenía que insuflar un poco de vida a aquel lugar, a aquella relación, si querían tener alguna posibilidad de éxito, por el bien de Hani.

Tragó saliva. "Estaba en el mercado regateando con un tendero por el precio de las ciruelas".

Pudo ver que el recuerdo despertaba algo en él.

"No tenías dinero. No sé cómo vivías".

"Y tú le diste el dinero y yo cogí la bolsa".

"Y tú me ofreciste una ciruela", dijo, con la voz un poco más suave.

"Y lo tomaste, y lo terminaste mucho después, en la cama". Ella negó con la cabeza. "Era la primera vez que hacía algo así. La primera, y la última".

"Éramos jóvenes". Le soltó la mano y abrió la puerta. "Buenas noches, Ruby."

Le vio cerrar la puerta tras de sí. "Y enamorada", añadió, antes de entrar en su dormitorio y cerrar la puerta. Se tumbó en la cama y miró el techo de yeso ornamentado, obligándose a

reconocer que podría casarse con Amir, que él podría no serle completamente indiferente, pero que no había forma de que se permitiera volver a sentir algo por ella.

CAPÍTULO 4

A la mañana siguiente, Ruby se despertó cuando sonó su teléfono. Miró a su alrededor aturdida, entrecerrando los ojos bajo la brillante luz del sol que entraba por entre las cortinas que había abierto por la noche. Cuando no podía dormir, necesitaba ver el exterior, ver luces a su alrededor, saber que no estaba sola. Por desgracia, el palacio se había construido sobre la ciudad y detrás de él se extendían las colinas vacías. Así que tuvo que conformarse con las luces solares que bordeaban el estanque y con el sonido del agua que salpicaba desde el surtidor del fondo y el chorro que fluía desde el estanque hasta un arroyo que descendía hasta un jardín inferior. Pero ahora el sol brillaba y se dio cuenta de que había dormido hasta tarde.

Cogió el teléfono de la mesilla y lo miró. "*¿Sí*?", respondió por costumbre. Escuchó unos instantes cómo Amir le informaba de que se había quedado dormida, antes de intentar hablar, pero él la ignoró. Miró el teléfono mientras él seguía hablando, terminó la llamada mientras él seguía hablando y se tapó con las sábanas. Nunca se levantaba antes de las nueve. Entre el trabajo y las fiestas, rara vez se acostaba antes de las dos y no tenía ni idea de lo que era acostarse antes de las diez.

Estaba a punto de dormirse cuando se oyó un golpe seco en la puerta. Lo ignoró. Por desgracia, no cesó. Se levantó y abrió.

En la puerta había una mujer de mediana edad muy elegante con un ordenador portátil bajo el brazo. "¿Señorita Armand?"

"*¿Si*?" Ruby se dio cuenta de que llevaba puesto un endeble camisón de seda. Sacó una bata de detrás de la puerta y se la puso. "¿Y tú eres?"

La mujer sacó una mano, desprovista de anillos, pero con una perfecta manicura clara. "Madame Simone Beaumont. Su Majestad me ha asignado a usted."

A pesar de su irritación por que le asignaran a alguien sin consultarle, no pudo evitar sonreír ante lo predecible que era Amir. "Por supuesto que sí", dijo con una sonrisa. "Adelante". Ruby se hizo a un lado y la mujer se dirigió al escritorio. "Tendrá que disculparme", continuó Ruby. "No estoy acostumbrada a levantarme tan temprano".

"*D'accord*", dijo Simone mientras preparaba su portátil. "Su Majestad me advirtió que usted podría no estar, digamos, 'a bordo', inicialmente".

Como modelo, Ruby estaba acostumbrada a estar a medio vestir delante de la gente, y no se avergonzaba, a diferencia, al parecer, de Simone, que mantenía los ojos fijos en el ordenador.

"Habría estado más 'a bordo' si me lo hubiera contado". Hizo un gesto despectivo con la mano. "De todos modos, no importa. Lo que importa es que necesito un café. Iré a buscar uno, y luego tal vez podamos hacer lo que quieras que haga".

Pero antes de que Ruby pudiera coger el teléfono, llamaron a la puerta. Simone la abrió y

entró una criada con una bandeja de desayuno. Ruby enarcó una ceja. “Parece que te has adelantado a mis necesidades”.

“Para eso me pagan, Srta. Armand”.

“Por favor, si vas a anticiparte a todo lo que necesito, al menos llámame ‘Ruby’”. Ruby sonrió y, por primera vez desde que la mujer había entrado en la habitación, establecieron contacto visual. Simone sonrió vacilante.

“Gracias, pero...”

“Insisto. Tiene que ser ‘Ruby’. No respondo a nada más”. Excepto “mamá”, pensó, y era demasiado pronto incluso para esperar ese epíteto.

“Ruby”, dijo Simone, como si estuviera probando una palabra extraña.

Ruby sirvió dos cafés y le dio uno a Simone, que pareció sobresaltarse brevemente. “Apuesto a que no sueles llamar a la gente por su nombre de pila desde que trabajas para Amir”. Tomó un sorbo de café. “¿Desde cuándo trabajas para él?”.

“Sólo dos meses. Desde que arregló que te quedaras aquí”.

El buen humor de Ruby se evaporó de repente. Amir había planeado todo esto hasta el último detalle, sin que ella lo supiera. Tomó otro sorbo de café y lo colocó en la bandeja, ignorando el resto de la comida. “Parece que Amir lo tiene todo bajo control”.

“Oh, sí, señora, me refiero a Ruby, lo hace. No deja nada al azar”. Hojeó el portátil. “He hecho una extensa investigación sobre su dieta óptima y tengo citas concertadas para usted para pruebas y demás. Si quiere echarle un vistazo...”

Ruby respiró hondo y se levantó. “Lo que me gustaría es vestirme, Simone. ¿Puedo llamarte Simone?”

Simone parecía ansiosa. “Por supuesto. Pero lo siento, señora, Ruby, si he ofendido, pero...”

Ruby no podía evitar pensar que llamarse “Madam Ruby” era peor que Miss Armand, pero ya era demasiado tarde. Parecía la dueña de un burdel.

“No, de verdad. No has hecho nada. Lo que me molesta es lo que te han contratado para hacer. Estoy seguro de que sus arreglos han sido impecables, y estoy seguro de que me acostumbraré a la idea, con el tiempo “.

“Gracias. Eso sin duda facilitaría las cosas”.

“Así que, a menos que quieras ducharme a mí también, ¿podríamos quedar un poco más tarde y repasar el horario?”.

Simone se levantó de un salto. “Por supuesto, señora, me refiero a Ruby. ¿Le parece bien una hora?”

“Lo haría”, dijo Ruby, con una sonrisa. Estaba acostumbrada a trabajar con gente que intentaba organizarla, tanto en la agencia de modelos como en las sesiones fotográficas, y apreciaba su trabajo. También apreciaba el hecho de que la mujer fuera sin duda brillante en su trabajo y no tuviera la culpa de que la contrataran. La culpa era directamente de Amir. No estaba en la naturaleza de Ruby hacer enemigos, y siempre parecía empatizar demasiado con la gente, aunque quisiera enfadarse con ellos. Sólo había una persona con la que no sentía empatía en ese momento, y era Amir, que lo había planeado todo con precisión militar.

Simone volvió a sonreír aliviada. “¿Vuelvo a tu habitación?”

“No, gracias. ¿Qué tal si quedamos fuera, en la terraza, y charlamos y hacemos las cosas lo más fáciles posible para los dos?”.

La sonrisa de Simone se ensanchó. Obviamente, le habían dicho que esperara de Ruby que fuera obstinada y torpe, pero Ruby no era así. Siempre le había parecido que relajar a la gente, ponerla a su gusto y escucharla, era más fácil y, en última instancia, más eficaz.

Ruby entró en el cuarto de baño, abrió la ducha y pensó en Hani. Todo era por él. La única razón por la que estaba aquí era para tener una relación con Hani. Y para ello necesitaba mantener a Simone de su lado, porque Ruby sabía lo que Simone no sabía: lo último que Amir querría era que Ruby pasara tiempo con Hani, así que su objetivo era mantenerla ocupada y alejada de su hijo. Ruby sonrió para sus adentros. Lástima que Amir no conociera a la gente tan bien como ella. Con su personal como aliados, se aseguraría de ir un paso por delante de cualquier plan que Amir tuviera para ella.



Amir apagó el teléfono con disgusto y miró por la ventanilla del jet privado. Pronto aterrizarían en su palacio. Volvía de una reunión con los otros dos reyes de Havilah para ponerles al corriente del repentino cambio de planes. Trabajaban en estrecha colaboración. Tenían que hacerlo, por la seguridad de sus países, y cualquier cambio -personal o de otro tipo- siempre se les comunicaba en persona. A pesar de que su decisión significaba que la tarea de casarse con la jequesa de Tawazun recaería en uno de los otros, le habían felicitado. Pero nunca se había sentido menos felicitado. Ruby estaba poniendo su mundo patas arriba.

En lugar de volver a su casa, volvía a un campo de batalla. Y parecía, después de escuchar al nuevo ayudante que había contratado para mantener el orden en Ruby, que Ruby estaba ganando la batalla.

En lugar de un día lleno de reuniones consecutivas sobre su salud y su dieta, sólo había acudido a una cita en el hospital y había pasado el resto del día con Hani. Desde luego, ésa no era la intención de Amir. Y tampoco lo era que su propio personal hubiera permitido algo así, sobre todo cuando habían recibido instrucciones expresas de lo contrario.

"Estamos a punto de aterrizar, majestad", dijo el auxiliar de vuelo.

Amir asintió, se incorporó en el asiento y se abrochó el cinturón. Miró alrededor del pequeño camarote, que seguía lleno de recuerdos de su difunta esposa. Fotos de los tres: él, Mia y Hani -perfectas en distintas ciudades del mundo- estaban agrupadas por todo el habitáculo, decorado con gusto. Todo obra de Mia.

Había sido tan organizada como él y había sido una madre magnífica para Hani, a pesar de los hechos que rodearon el nacimiento de Hani, de los que él la había hecho plenamente consciente. Había sido una mujer inteligente, ambiciosa e impasible. Había sido una perfecta anfitriona, esposa y madre. Pero estaba muerta, por un choque frontal con un conductor borracho, y nada podría traerla de vuelta. Pero él se negaba a creer que el orden que habían creado en su vida también había desaparecido.

El avión aterrizó en la pista con gran precisión y Amir cerró los ojos unos instantes. Volvió a abrirlos cuando el avión se detuvo. Esperó a que la señal del cinturón de seguridad se atenuara y se lo quitó. No, no permitiría que el caos entrara en su vida; la vida necesitaba orden; sin él, no había nada.



"¿Qué demonios?", se oyó una voz ronca en la puerta.

Hani y Ruby se dieron la vuelta al mismo tiempo y estallaron en carcajadas. La visión de Amir, de pie en el umbral de una puerta con serpentinas fluyendo a su alrededor, desalojando un

globo, era tan ridícula que incluso su ayudante, Jamal, tuvo que esforzarse para evitar una sonrisa. Dejó con cuidado el huevo y la cuchara que Simone y él habían estado balanceando mientras corrían con Hani y Ruby por la gran sala hasta una línea de meta junto a la puerta, engalanada con cintas.

Amir apartó de su camino un globo que tuvo la desfachatez de flamear delante de él. "¿Alguien va a decirme qué demonios está pasando aquí?"

Ruby fue consciente del estremecimiento de los hombros de Hani bajo sus manos al oír las palabras de Amir. Sintió un destello de ira inusual. "¡Amir! Entra y únete a la diversión!"

"¿Diversión? ¿Llamas a esto diversión?"

Volvió a apretar los hombros de Hani antes de acercarse a Amir, cuyos ojos entrecerrados se clavaron en ella, desafiándola a salvar la distancia que los separaba, retándola a confirmar que lo que estaban viviendo era, en efecto, "diversión".

Aceptó el desafío implícito y se acercó a él, invadiendo su espacio, negándose a dejarse intimidar por su postura agresiva. Miró a los demás con una sonrisa forzada. "Hani, ¿por qué no vas con Jamal y Simone y os preparáis para la cena?".

Los tres no necesitaron pedírselo dos veces y desaparecieron en medio de una eclosión de pompas jabonosas, que salían de una maquinita de juguete que Ruby había hecho traer cuando descubrió que Hani nunca había soplado burbujas.

Al menos, Amir sintió lo suficiente por su hijo como para contenerse hasta que Jamal cerró la puerta tras ellos.

Se volvió hacia él, cruzada de brazos. No se inmutó ante su mirada negra y furiosa.

"*¿Ahora vas a* decirme qué demonios está pasando?". Hizo una mueca y se alejó, como si le doliera estar cerca de ella. Giró sobre sus talones y se metió las manos en los bolsillos, pero ella pudo ver que las tenía cerradas en puños. Estaba tan tenso como un tambor y tan dispuesto a callarse como ella. Sólo faltaba que ella le diera un golpecito en la superficie tensa para que explotara. Bueno, pensó, ¿por qué no?

"Le estoy dando a mi hijo una muestra de diversión". Se preguntó cuáles serían las palabras desencadenantes. "Mi hijo", o "diversión". Ambas, por lo que parece.

La tez de Amir enrojeció. Inusual, pensó, que su rostro se iluminara tanto mientras sus ojos se oscurecían. Pero el tambor aún no había sonado. Decidió optar por la palabra "divertido" para acentuar su ventaja.

"Diversión", añadió con énfasis, "que parece haber faltado espectacularmente en su vida hasta ahora".

Él gruñó y volvió a darse la vuelta. Decidió que probablemente había sido la palabra "espectacularmente" la que le había pillado aquella vez. Cuando se dio la vuelta, apenas pudo contener su rabia. "Entras en la vida de Hani de la nada..."

"Sólo porque acabas de hablarme de él..."

"Y decidir que no lo estamos criando adecuadamente. Eso requiere algo de..."

"¿Nosotros? ¿Quiénes somos?"

Bajó la ceja. "Sabes muy bien que me refiero a mi mujer y a mí".

"Ahora sólo estás *tú*. Y no estás haciendo un buen trabajo". Señaló hacia donde Hani había salido de la habitación. "Ese chico se asustó cuando entraste en la habitación y empezó a hablar".

"No estaba continuando, estaba..."

"¡Estaba asustado! Temblaba bajo mis manos".

Parecía ligeramente escarmentado. "¿Y de quién fue la culpa?" Ahuyentó otro globo. "Si no hubieras convertido nuestra casa en... una *feria*, no me habría enfadado".

“No es un carnaval. Es una fiesta. Parece que no tenía ni idea de cómo era una fiesta infantil de verdad, así que pensé en enseñárselo”.

Amir guardó silencio mientras la miraba. Un músculo parpadeó en su mandíbula mientras se esforzaba por asimilar lo que ella decía. Ruby pensaba que siempre era mejor aprovechar el silencio. Era como un vacío que, de lo contrario, podía llenarse fácilmente.

Se acercó a la ventana. “Y”, añadió, echando hacia atrás la ventana y haciéndole señas para que se acercara. “Esta tarde hemos estado jugando en el castillo hinchable. Espero que eso no hiera también tu sentido de la dignidad”.

Cerró los ojos brevemente, consternado, antes de acercarse a ella y contemplar el brillante juguete hinchable naranja y azul, del tamaño de un garaje doble, que había sido clavado en la inmaculada hierba por docenas de estacas de tienda de campaña.

Le oyó maldecir en voz baja antes de darse la vuelta.

“Verás...”

“Ya he visto bastante”.

Y, pensó, probablemente lo había hecho. Se daba cuenta de que le había llegado y que, en cierto modo, lo había entendido.

“Bien”. Cerró la ventana y se volvió hacia él. Seguía con las manos en los pantalones, pero ya no tenía los puños cerrados por la rabia y su postura no era tan agresiva. De hecho, cuando apretó los labios, Ruby no supo si se limitaba a suprimir la conversación, de la que obviamente ya había tenido bastante, o a impedir algo parecido a una sonrisa.

Arrancó un lazo de la cadena de papel que ella y Hani habían hecho por la mañana y que habían colgado en el salón. La miró y, por un momento, ella creyó ver al hombre que había conocido. Había un destello de humor, un encanto perverso que surgió de la nada y le llegó al corazón. Necesitaba apoyo y se apoyó en una de las veinte sillas Louise Quinze que rodeaban la enorme mesa de caoba. Golpeó contra la madera de la mesa y el brillo de sus ojos se agudizó. Caminó hacia ella y ella supo que cualquier ventaja que hubiera obtenido inicialmente había desaparecido con su muestra de debilidad, debilidad ante lo que aquellos ojos aún podían hacerle.

Se colocó frente a ella, invadiendo su espacio personal, igual que ella había invadido el suyo antes, y le acercó la mano a la cara. Ella jadeó y contuvo la respiración, preguntándose qué iba a hacer él. Debería haberse movido. La Ruby que sus amigos conocían le habría agarrado la mano y la habría convertido en lo que ella quisiera, pero parecía que la antigua Ruby no estaba por ninguna parte.

El aire se espesó a su alrededor, la brisa de las puertas y ventanas abiertas bajó, y ella sintió calor de repente. Sus ojos se entrecerraron una vez más y sus labios esbozaron una sonrisa de complicidad.

“Sabes”, dijo, su voz más grave, más sexy y de alguna manera mucho más peligrosa que cuando estaba enfadado. “Habrías sonado mucho más convincente si no hubieras tenido los restos de esto en el pelo”. Levantó un manojo de serpentinas pequeñas y pegajosas que habían salido de un estallido de serpentinas.

Se lamió los labios. “*Fui* convincente, de lo contrario todavía estarías enfadada”.

“¿Qué te hace pensar que no lo soy?”

“La forma en que me miras”.

“¿Y qué camino es ese? Dímelo, porque me gustaría oírlo de esos labios”. Arrastró suavemente la punta del dedo por el labio inferior, abriéndolo ligeramente. Ella sintió de pronto un impulso travieso de morderle el dedo, pero, tan rápido como le vino el pensamiento, los ojos

de él cambiaron y lo retiró. Parecía que él también sabía leerla.

"Me miras como si me quisieras", dijo.

Se calmó, su expresión ya no era de enfado o humor, sino seria. "Ruby. ¿Aún no te has dado cuenta? Siempre te he deseado". Luego enarcó una ceja. "Pero" -se encogió de hombros- "a lo mejor estoy mintiendo, como tú pareces creer que hago. ¿Cuál es la mentira, Ruby? ¿Que te quiero o que no te quiero?".

Se apartó torpemente. "No te conozco. No pretendo conocerte".

"Entonces tal vez entiendas más las acciones que las palabras". Le cogió la mano, tiró de ella hacia sí y la besó firmemente en los labios.

El tiempo se detuvo. Ella sólo era consciente del calor y la fuerza de sus labios sobre los suyos, del latido de su corazón y del derretimiento en lo más profundo de su ser. Entonces él se apartó, demasiado pronto. "Entonces, ¿ahora lo sabes?"

Ella asintió y se llevó la mano a la boca, como si se hubiera quemado, incapaz de creer lo que había ocurrido. Se lamió los labios, intentó saborear sus labios una vez más, pero el beso había sido tentadoramente breve. "Sí, lo sé".

"Bien. Entonces quizá me lo cuentes", dijo en un tono más suave y ronco.

Sacudió la cabeza. No podía ir allí. Todavía no.

Suspiró y se dirigió a la puerta. "Voy a cambiarme, y te sugiero que hagas lo mismo".

"¿Por qué? ¿Adónde vamos?"

"Si Hani acaba de tener una fiesta, creo que lo menos que puede pasar es que su padre también disfrute de algunas de las celebraciones. Hay un parque temático cerca de aquí que mencionó una vez. Nunca hemos estado allí, pero ahora quizá sea un buen momento para ir".

Había marcado. Respiró hondo. Le demostraría que podía ser amable en la victoria. "Estoy segura de que le encantará. Pero ahora está cansado".

Amir parecía preocupado. "Por supuesto. Casi lo olvido".

Ruby deseó no haber dicho nada porque el Amir que había conocido hacía tantos años había vuelto a desaparecer bajo los cuidados y preocupaciones del nuevo. Pero no había forma de evitarlo. Hani estaría demasiado cansada para semejante excursión.

"Por supuesto", dijo de nuevo, dándose la vuelta. "Fue una idea tonta".

"No, no lo era. Y tengo otro que creo que también disfrutaría".

A Ruby le dio un vuelco el corazón ante la mirada de confianza e interés que le dirigió Amir. "¿Y qué es eso?", preguntó en voz baja.

"Quiere comerse un helado de un vendedor ambulante en la orilla del río".

Amir asintió lentamente. "Tendré que consultarlo con su dietista".

"No hace falta. Ya lo he comprobado. Está bien".

"Helados entonces."

Ruby observó a Amir caminar por el pasillo empedrado, con las manos metidas en los bolsillos, en su postura habitual, pero con un paso más fácil.

~

Había oscurecido cuando regresaron. Hani se lo había pasado en grande y Amir, inusualmente relajado, había dejado que Hani y Ruby llevaran la iniciativa. Incluso pareció disfrutar del helado.

Como de costumbre, Amir los condujo por la parte trasera del palacio hasta el ala privada y los terrenos, lejos de todo el ajetreo del centro administrativo y ceremonial.

Se detuvieron en la terraza y dieron las buenas noches a Hani. Tras la promesa de Ruby de ir más tarde a arroparlo, Amir y Ruby vieron cómo Hani desaparecía en el interior. Ruby se volvió con un suspiro de satisfacción y miró hacia el mar, de un azul añil sobre un cielo zafiro. Era el momento perfecto del día. La luz otorgaba misterio al ya de por sí exótico paisaje, difuminando y emborronando los bordes para darle un aspecto aún más romántico y misterioso. Miró a Amir, que también parecía conmovido por la atmósfera.

La miró. "¿Tienes hambre?"

"¿Qué, después de ese helado y la mitad del de Hani?" Se rió.

"No estoy seguro de que Hani tuviera mucho que decir en que te lo comieras. Te burlabas mucho de él".

Ahora estaba seria. "¿Crees que no debería haberlo hecho?"

"Yo no he dicho eso".

"Entonces, ¿qué has dicho?"

"Creo que lo que intento decir es que Hani se lo pasó bien. Y que yo también me lo pasé bien".

"Yo también", dijo en voz baja.

"¿Te apetece una copa? ¿Aquí, conmigo?"

Ella asintió. Sí que le importaba. Más de lo que podía decir, más de lo que quería que él supiera.

Levantó la mano e hizo una seña a uno de sus empleados, que nunca estaban lejos. Unas palabras y ya estaba hecho.

Tomó asiento. "Espero no tener que pagar por estos, también."

"Ah, me disculpo por eso. Suelo tener gente conmigo para comprar esas cosas..."

"¿Como helados?"

"No, es la primera vez".

"Deberías tener dinero, sin embargo, Amir. En serio. ¿En qué clase de mundo va a crecer Hani? ¿Uno que espera que alguien salte y pague por las cosas? Así no es como funciona".

"Así funciona mi mundo. Y mi mundo será el suyo, algún día".

"Necesita saber cómo vive la gente en el mundo real, Amir. Para entender a la gente".

"Entiendo a la gente".

"No, no lo haces. Todo lo que haces es decirle a la gente qué hacer, y ellos lo hacen".

"Todos menos tú, parece".

"Hay una razón para eso, Amir."

"¿Porque eres contrario, impetuoso e impulsivo?"

"Soy todas esas cosas. Y... también tengo miedo".

El pulso de la noche se hizo más profundo, mientras sus miradas se fijaban y se volvían tan impenetrables como el crepúsculo que se oscurecía. "¿Tienes miedo?" Su voz era grave por la incredulidad.

"Sí, claro, asustado. Eso es lo que uno siente cuando algo que ha deseado durante tanto tiempo se mantiene ante uno, como un cebo, como si estuviera cerca y, sin embargo, pudiera ser arrancado en cualquier momento. Tengo miedo de perderlo otra vez".

A medida que se alargaba el silencio, Ruby no estaba segura de que Amir lo hubiera oído, y mucho menos de que lo hubiera entendido. Llegaron las bebidas y él tomó un sorbo, luego lo dejó deliberadamente sobre la mesa y se volvió hacia ella. El crepúsculo se hacía más profundo con el paso de los minutos, tiñendo el mundo de un tono casi violeta. Las luces se encendieron en la terraza cuando el ama de llaves de Amir las encendió. Era como el decorado de una película,

con Amir en el centro del escenario: todos los ojos puestos en él, al menos los de ella, esperando oírle pronunciar la frase que podría darle un futuro o quitárselo.

"Lo perdiste una vez porque lo deseabas. No volverás a perderlo a menos que tú también lo desees".

"Eso nunca sucederá".

"Entonces no tienes nada que temer".

Nada que temer... Sus palabras se repetían en su cabeza mientras pensaba en todas las cosas a las que tenía miedo. De estar sola, y de la depresión que se había abatido sobre ella como una niebla oscura tras el nacimiento de Hani.

"Correcto", dijo ella. "Sí. Luego le miró a los ojos, cada vez más borrosos bajo la luz mortecina. "Ojalá pudiera creerlo".

Se inclinó hacia delante y le cogió la mano. "Tienes mi palabra".

Y, en ese momento, ella le creyó.

"Pero a cambio, deseo que trabajes con Simone. Las cosas que deseo que hagas con respecto a tu dieta y tu salud no son resultado de ningún capricho por mi parte. Son para tu salud, y a su vez, la de Hani. Y, sin embargo, me dice que te negaste a mirar tu agenda, o a discutir los compromisos que se han planeado para ti en los próximos meses".

"Es verdad. Quería estar hoy con Hani. He esperado cinco años este momento. ¿De verdad creías que me iba a quedar en una oficina haciendo papeleo cuando podía estar en su compañía?"

"Extrañamente, sí, lo hice. Me equivoqué, por supuesto. Había subestimado tu determinación".

"Y sobreestimaste tu capacidad para controlarme".

"No, no he hecho eso. Te he permitido tener tu día con Hani. Pero si quieres que continúe, tienes que hacer las cosas según las reglas, según *mis* reglas. Y eso significa asegurarte de que estás en forma y bien preparada para... lo que pueda pasar".

Tragó saliva. De algún modo, siempre era capaz de apartar de su mente las ideas desagradables. Y eso era lo que había hecho hoy, viviendo el momento con Hani. Pero no había desaparecido. "Por supuesto. ¿Sabes cuándo necesitará Hani la transfusión?"

"No. Sólo ocurrirá si es absolutamente necesario. De momento, nos centramos en el tratamiento que está recibiendo de la asesora de Boston. Está haciendo una investigación puntera que podría ayudar a Hani".

"¿Así que puede que no necesite mi sangre? No lo habías dicho antes".

"Quería asegurarme de que estabas de acuerdo con el plan. Te necesito aquí como seguro para Hani".

Le soltó la mano. La luz del día se había apagado, literal y figuradamente. El brillo había sido eclipsado por el hecho de que ella era simplemente una marca en un formulario para Amir. Debería haberlo sabido, no debería haberle importado, pero así era. Intentó sonreír, tomarse su comentario con indiferencia. "Comprobación del seguro". Le dedicó una breve y quebradiza sonrisa. "Me siento como si me hubieran reducido a un elemento en un formulario... una marca en una casilla... una póliza".

Se sentó en su silla y se encogió de hombros. "Puedes llamarlo como quieras, pero seguro es lo que eres".

Ya no podía contener el dolor. "¿Eso es todo lo que crees que soy?"

"Es lo único que importa". Hizo una pausa. "Eso, y también el hecho de que serás mi esposa".

"Ah, por supuesto", dijo, sin molestarse en mantener la amargura de su tono. "Otra casilla

marcada”.

Frunció el ceño. “No pensaste que era otra cosa, ¿verdad?”

“¡Claro que no! Y, dime, ¿cuándo exactamente se va a marcar esta casilla de ‘matrimonio’?”.

“Hay reuniones que debo tener primero. Haremos los arreglos una vez que estén fuera del camino. Te informaré a través de tu secretaria. Mientras tanto” -Amir se levantó de la silla- “tus días estarán planificados según tu agenda. Te sugiero que le eches un vistazo. Ahora te dejo. Tengo trabajo que hacer, trabajo que debería haber hecho esta tarde. Buenas noches”.

Mientras Amir se alejaba, sintió los ojos de Ruby clavados en su espalda, como un buscador. Había necesitado toda su fuerza de voluntad y control -que siempre había creído tener de sobra- para no mirar atrás y hacerle señas para que le acompañara. Hoy había demostrado lo que era capaz de dar a Hani y eso le complacía. Pero también había demostrado que ella sola podía destruir su mundo y todo lo que él se había esforzado en crear y controlar, incluido su propio corazón. Y eso *no* le complacía en *absoluto*.

CAPÍTULO 5



Al menos, pensó Ruby mientras terminaba de aplicarse el rímel y examinaba el efecto en el espejo, había podido mantener cierto contacto con Hani durante la última semana. Aunque sólo hubiera sido durante unas horas a última hora de la tarde, cuando los estrictos regímenes de ambos habían terminado por ese día. Porque Ruby había sucumbido al control de Amir, comprendiendo que si quería una relación con Hani, tenía que hacer lo que Amir dijera.

La fecha de la boda había llegado antes de lo que ella había imaginado. La boda laica iba a ser privada, una mera formalidad, nada que ver con el tipo de boda que Amir había tenido con Mia, que había sido una proclamación al mundo de la unión. Esto era todo lo contrario: un gesto a regañadientes. Necesario pero no deseado.

Intentó que no le importara. No era cosa de cuentos de hadas, pero le aseguraba el futuro con Hani, al menos a corto plazo. Al menos hasta que Amir decidiera que ya no la necesitaba como "seguro" y se cansara de ella. Pero también traía consigo la posibilidad de intimar con Amir. Su mano temblorosa manchó accidentalmente su mejilla pálida con rímel azul oscuro. Maldijo en voz baja mientras se lo limpiaba y se apartaba del espejo.

Llevaba un vestido rojo de manga larga que le sentaba como un guante. Su diseño era recatado, pero su corte y ajuste no lo eran. Ella haría lo que él le pidiera, pero sólo hasta cierto punto, el punto en que él empezara a invadir su personalidad. De ninguna manera iba a permitir que la dominara. Ya había prohibido a un grupo de sus amigas modelos que asistieran a la ceremonia. Estaban en una sesión de moda en la ciudad, sin duda organizadas en parte por la curiosidad de ver dónde había desaparecido Ruby, pero apenas las había visto desde que llegaron. Había tenido que ceder ante Amir en ese punto, pero él necesitaba saber que seguía siendo su propia mujer.

Un golpe en la puerta fue seguido rápidamente por la entrada de Simone, que se había convertido rápidamente en una aliada en este juego, aunque sorprendentemente discreta.

"Ya es hora, Ruby", dijo con una sonrisa comprensiva.

"Gracias. ¿Está todo en su sitio?"

Simone se sonrojó. "Sí, pero..." Dudó. "El vestido..."

"No te preocupes por eso. Si Amir está enfadado, lo estará conmigo, con nadie más".

Simone asintió, pero parecía muy incómoda. No era la primera vez que Ruby se preguntaba si estaba yendo demasiado lejos, pero descartó la idea. La semana pasada había hecho todo según las normas -la habían pinchado, pinchado y pinchado para hacerle análisis de sangre-, así que lo menos que podía hacer Amir era recordarle que Ruby seguía siendo Ruby y que, en adelante, su vida también se regiría por sus condiciones.

"Vale, vamos". Cogió el ramillete de rosas rojas de Simone y se calzó los tacones de aguja

escarlata.

Amir miró su reloj. Llegaba tarde. Claro que llegaba tarde. A pesar de que sólo tenía que caminar de un lado a otro del palacio, llegaba tarde. Menos mal que había decidido que la boda fuera lo más discreta posible y celebrar la más breve de las bodas al estilo occidental. Sólo asistieron el celebrante, algunos miembros de su personal y Hani. Su retraso en algo más público habría sido una vergüenza.

"Tengo confirmación de que ha abandonado su suite", dijo a modo de explicación al celebrante del matrimonio, que llevaba media hora esperando con él. Amir sacudió la cabeza disgustado ante su propia explicación. Por un lado, nunca explicaba las cosas a su personal, ni a nadie, y hacerlo demostraba debilidad; por otro, debería haber ido a la habitación de Ruby y haberla arrastrado hasta aquí en cuanto se retrasó un minuto.

Entonces lo oyó. El chasquido metálico y regular del tacón sobre la piedra, cada vez más fuerte. Le recordó al metrónomo que utilizaba su profesor de piano en las clases. Resultó que no tenía musicalidad en los huesos, pero el ritmo y la regularidad del metrónomo se le habían quedado grabados y desde entonces había llevado una vida similar: implacable, regular y controlada. Excepto que ahora el control venía de fuera de él, de alguien que amenazaba su mundo a cada paso que daba. Pero alguien con quien estaba atrapado porque si ella se marchaba, su mundo se derrumbaría. Estaba, pensó, entre la espada y la pared, como habrían dicho sus amigos de la universidad inglesa, y lo único que podía hacer era luchar cada momento con Ruby.

El chasquido de sus pasos se acercaba cada vez más, y él se apartó de la puerta abierta y fijó la vista en un cuadro enmarcado con adornos que había sobre la chimenea. Se preguntó qué habría pensado su bisabuelo de la situación. Sin duda la habría aprobado. La familia Al-Rahman hacía lo que fuera necesario para cuidar de la familia y la fortuna.

Luego aspiró su fragancia mientras ella permanecía a su lado. La miró y deseó no haberlo hecho. Era llamativa, vestida con una vaina rojo sangre, exactamente el tono de rojo adecuado para complementar su color. Sus ojos violetas lo miraban con un desafío en ellos. Primera batalla del día.

"Llegas tarde", dijo.

"Una prerrogativa de la novia, sin duda."

Gruñó. "Vamos a seguir adelante, ¿de acuerdo?"

"Para eso estoy aquí". Sonrió dulcemente.

Hizo un gesto con la cabeza para que empezara el celebrante. Había hecho que su ayudante eligiera la ceremonia más breve. Mientras el celebrante hablaba, su mente se dirigió a la mujer que estaba a su lado. Parecía no tener tensiones, ni reparos en casarse con él sobre esa base, y se mantenía con una confianza suprema. Nunca había conocido a nadie como ella y le llegaba, a muchos niveles, como nadie.

"¿Majestad?" La pregunta del celebrante le devolvió al presente. "Tienes que decir 'Sí, quiero'".

Asintió con la cabeza. "Así es".

"Y tú, Ruby..."

Se volvió para mirar a Ruby, para ver cómo se las arreglaba con esta farsa. Se había pintado los labios del mismo color que el vestido. Abrió los labios suavemente y luego formó las palabras. Apenas podía apartar los ojos de aquellos labios, y sintió que se agitaba como no tenía derecho a agitarse, al recordar la magia y los estragos que habían creado en su cuerpo hacía

tantos años.

Luego se volvió hacia él. “Entonces, Amir, ¿vas a besar a la novia, como dice el hombre?”

“Por supuesto. Es tradicional”.

“Me alegro de que digas eso”, murmuró ella, mientras él se acercaba a sus labios.

Su intención había sido presionar brevemente sus labios contra los de ella, pero cuando su boca se encontró con la de ella, recordó su sabor y decidió que ésta podría ser la lucha número dos, que él iba a ganar. Le rodeó la cintura con el brazo y la sintió respirar con sorpresa, justo antes de que su boca se posara sobre la de ella con un beso destinado a demostrarle exactamente quién tenía el control de su relación.

Pero entre su intención y el acto olvidó dónde estaba. Sólo estaban ellos dos y el leve gemido de ella cuando él profundizó el beso. Y cuando su lengua encontró la de ella, la estrechó más y, durante un exquisito instante, ella apretó su cuerpo contra el de él. Entonces se oyó un fuerte golpe y se separaron. Miró a su alrededor y había confusión por todas partes. Globos y serpentinas llenaban el aire, al igual que la risa de Hani al batear un globo, seguida de chorros de confeti que los bañaban. De algún modo, sin que él se diera cuenta, una fina red con confeti multicolor en forma de corazón había quedado suspendida sobre ellos, liberada cuando se besaron.

Pero antes de que pudiera protestar, Hani le cogió de la mano. “¡Baba! Gracias. Ahora tengo una mamá encantadora”. En lugar de gruñirles a todos, se encontró acariciando la cabeza de su hijo. La cara sonriente de Hani borró cualquier otra cosa de su mente. Los ojos de Ruby se clavaron en los suyos cuando salieron a la terraza donde, al parecer, el personal había preparado un desayuno de boda sin que él lo supiera. Demasiado para él ganar esta batalla. Cada vez que creía que iba ganando, Ruby lo sorprendía. Desearía estar más enfadado por ello. Pero, ¿cómo podría hacerlo si su hijo era tan feliz? Ruby había estado aquí tan poco tiempo, pero había alterado drásticamente la atmósfera del palacio y había hecho que su hijo pasara de ser un niño nervioso a uno travieso. Intentaba averiguar cómo se sentía al respecto cuando Ruby se acercó a él con Hani.

“Dáselo, pues”, dijo animando a Hani.

Hani le entregó un pequeño regalo envuelto. “¿Para mí?”, preguntó Amir, ridículamente conmovido por el gesto.

“Sí, Baba.”

Hani parecía indeciso e inseguro. Amir abrió el regalo, dio la vuelta a la pequeña cosa plana que tenía en la mano y descubrió un pequeño dibujo de Hani y él, delicadamente dibujado y rellenado con acuarela. Reconoció la imagen. Debía de ser de la foto que Ruby les hizo cuando fueron a tomar helados. Había hecho que artistas famosos pintaran retratos de familia: imágenes rígidas de Hani, Mia y él mismo. Eran retratos hermosos, valiosos y excelentes, así que ¿por qué se conmovía tanto? Tragó saliva al fijarse en la forma en que Hani había retratado su cercanía física: los hombros chocando entre sí, el brazo de él rodeando a Hani, protegiéndolo del mundo.

“Lo hice yo misma. No estaba seguro si te gustaría pero Ruby dijo que sí”.

“Sí, quiero. Gracias”. Debería decir más, sabía que debería, pero la verdad era que no se atrevía a hablar, tenía la garganta constreñida y no sabía si saldría un sollozo o una palabra. Miró a Ruby y ella asintió brevemente, como si lo entendiera. ¿Cómo podía entender si él no lo hacía?

“Hani”, dijo Ruby, “tu amigo está allí. ¿Lo ves? El hijo del chef. ¿Por qué no lo traes y comemos juntos? ¿Recuerdas lo que te dije? Haz que se sienta como en casa e incluido”.

“Claro, Ruby”.

El momento de emoción pasó mientras Amir registraba la respuesta de su hijo. Amir nunca

había oído a su hijo decir “claro” a nadie. Era una palabra tan occidental que estuvo a punto de reñir a Ruby, pero ella enarcó una ceja.

“Ni siquiera empieces, Amir. Este es el día de nuestra boda.”

Cerró la boca y cambió de táctica. “¿Qué pensabas que iba a decir? ¿Reprenderte de alguna manera? Quizá simplemente iba a felicitarte por lo bien que está creciendo tu relación con Hani. Parece muy feliz”.

“Lo está. No parece perturbarle en lo más mínimo que lleve poco tiempo aquí y estemos casados”.

Se encogió de hombros. “Está acostumbrado a eso. Los dos matrimonios de mis primos fueron arreglados”.

¿”Arreglado”? ¿En qué siglo vives? ¿Y supongo que fuiste tú quien los arregló?”

Volvió a encogerse de hombros. Esta vez un poco más incómodo. “Tuve algo que ver en la decisión, naturalmente”.

“Naturalmente”, dijo ella, en un tono irónico que no pasó desapercibido para él. “Así que todo esto es normal en el mundo de Hani”.

“Sí. Y, por supuesto, no está acostumbrado a cuestionar nada. Lo que yo decida, va”.

Se giraron para verle jugar con el otro chico. “Supongo que en este caso ha funcionado, pero creo que tiene que cuestionarse las cosas si quiere crecer y tomar las riendas de su propia vida. No estarás aquí para siempre”, dijo, moviendo los labios de un modo perturbadoramente sexy. “No importa lo que creas”.

“Tal vez, pero necesita aprender a controlarse y estructurarse antes de poder tomar cualquier tipo de decisión en su vida. Así es como será. Os permitiré divertiros un poco, pero de ninguna manera vais a cambiar la dirección que estoy tomando con Hani. ¿Está claro?”

“Cristal”.

“Bien”.

“Pero...”

“Sin peros”.

Aquellos hermosos labios se apretaron, pero una ceja errante se alzó y ella se dio la vuelta y se alejó, el ajustado vestido rojo revelando la curva perfecta de su trasero. Rápidamente apartó la mirada, aunque era el trasero de su mujer, se recordó a sí mismo. No era una ofensa para la horca. Pero estaba irritado. Ella no había respondido, pero de algún modo ese silencio no le satisfizo. De alguna manera, y él no sabía cómo, ella se había marchado habiendo ganado la discusión. Una vez más.

La observó hablar con el personal como si fueran invitados. De repente se dio cuenta de que la mayoría de ellos parecían estar sorbiendo el Moet y suspiró. Ella los había invitado. Claro que sí. Podía haber aceptado que él se negara a invitar a sus amigas modelos a la boda -que no se le ocurriera dejar entrar en su palacio a ese grupo de bohemias bebedoras-, pero era evidente que había decidido invitar al personal en su lugar. Nunca se relacionaba con su personal. Evitaba hablar con ellos de cualquier cosa que no fuera trabajo. Le gustara o no, Ruby estaba cambiando las cosas. Y a él, desde luego, *no* le gustaba. Pidió un vaso de agua. Pero la lucha por el poder aún no había terminado. La pondría en su lugar al día siguiente, sólo que ella aún no lo sabía. Tal vez entonces aprendería.

~

Ruby se quitó los zapatos y se recostó en el sofá de cuero de la habitación formal que había

designado como sala de estar. Había convencido a los empleados para que cambiaran los muebles y la hicieran más acogedora, un lugar donde ella y Hani pudieran pasar el rato. Que ella supiera, Amir nunca había puesto un pie en la habitación y seguía sin enterarse del cambio. Esperaba que siguiera así, porque esta constante lucha de voluntades empezaba a cansarla.

Había dado la noche libre a la niñera de Hani y lo había acostado ella misma. Al final le cantó hasta que se durmió, canciones tontas que recordaba de su infancia, canciones que sin duda se remontaban generaciones atrás, conectando algún delgado hilo de la línea familiar, enviándolos a todos a dormir. Le gustaba esa idea. La historia familiar era algo que ella nunca había tenido. Padres distanciados de sus familias, un padre muerto antes de cumplir los treinta y una madre enferma se habían encargado de que ella hubiera podido valerse por sí misma desde una edad temprana. Y aquí estaba, con alguien cuya familia se remontaba a Maquiavelo por parte de madre y sin duda a Saladino por parte de padre. Con ese pedigrí, ¿era de extrañar que Amir la volviera loca?

Bostezó, se estiró y encendió la televisión. No le importaba el programa, porque también necesitaba algo que la hiciera dormir, el sonido de la gente hablando, el sonido de la actividad, el sonido de no estar sola.

Amir miró sorprendido lo que había sido el salón de su madre. Las cortinas eran las mismas, el papel pintado era el mismo, pero prácticamente todo lo demás había cambiado. Ya no tenía un aire formal, y el programa de entretenimiento de pacotilla que emitía un nuevo televisor de pantalla grande era la vulgar guinda del feo pastel.

Si no había sentido que las cosas se le iban de las manos cuando todo aquel confeti había llenado el aire -por no hablar de sus ojos y su boca-, ahora sí. Había ido demasiado lejos. Entonces la vio, acurrucada y dormida, con el pelo rubio esparcido sobre el elegante cojín negro, como la luz del sol sobre una nube. Ella despertó algo en lo más profundo de su ser. Le ocurría lo mismo siempre que estaba cerca de ella: tiraba de una cuerda, pulsaba un hilo, establecía una conexión, una vibración que resonaba en lo más profundo de su ser. Se sentía como una marioneta, manipulado por una experta titiritera. Pero ahora esa experta ama de marionetas estaba acurrucada profundamente dormida en un sofá frente al televisor y parecía imposiblemente joven, demasiado joven para ser la madre de un niño de cinco años y demasiado joven para seguir maniobrando con él con tanta habilidad.

Dio un paso adelante para despertarla, pero algo se lo impidió y, en lugar de eso, se permitió el placer de empaparse del espectáculo que tenía ante sí. Tenía el pelo retirado de la cara, la barbilla levantada sobre el cojín para poder ver mejor la televisión y las pestañas, oscurecidas por el maquillaje, eran como las de Hani, más oscuras que su pelo. Hacía calor en la habitación y sus mejillas tenían un suave rubor que contribuía a dar la impresión de su juventud. Pero no había nada infantil en sus elegantes brazos cruzados sobre su esbelto cuerpo. Era hermosa, de eso no cabía duda. Pero fue ahora, cuando estaba profundamente dormida, cuando se dio cuenta de que la fuente de su belleza no residía en su esbelto cuerpo. Cuando estaba despierta, su presencia y su personalidad llenaban la habitación y cautivaban a todos los que la rodeaban. Su espíritu era aún más hermoso que su cuerpo, y totalmente seductor.

Se apartó, cogió el mando a distancia y apagó la televisión. Debería irse, pero dudó. Ella parecía tan vulnerable. Cogió otro objeto de la habitación: una manta de mohair rosa pálido y, con cuidado para no despertarla, se la puso por encima.

Sus ojos se abrieron de par en par de inmediato y levantó las piernas del sofá para

incorporarse. “¡Amir!”

Se apartó bruscamente. “Lo siento. No quería despertarte”.

Se pasó las manos por el pelo y se aclaró la garganta, tratando de deshacerse de las sombras del sueño que aún se aferraban a ella. “¿Qué haces?”

Dejó caer la manta que aún sostenía sobre el sofá y se encogió de hombros.

Ella miró la manta y luego volvió a mirarle a él. “¿Cubrirme con una manta?”. Las últimas sombras se evaporaron y ella sonrió. “Muy amable por tu parte”.

Gruñó y arrastró los pies, molesto por haber sido sorprendido en un momento de debilidad. “No es amable. Simplemente...” Miró a su alrededor, tratando de encontrar inspiración en cualquier parte, porque nunca empezaba una frase sin saber cómo iba a terminar, a menos que estuviera en la órbita de Ruby.

“Simplemente me preocupa que tu nueva esposa pueda enfriarse. Y tienes que mantenerla en forma y saludable, ¿no?”

Suspiró aliviado. “Exacto. Me alegro de que lo entiendas”.

“Lo entiendo perfectamente”. Se acercó al mueble de las bebidas y se sirvió un brandy. Aún llevaba puesto el vestido rojo, que ahora estaba arrugado y se le había ceñido al cuerpo, dejando ver más de sus hermosas extremidades. Mientras él admiraba la vista desde atrás, ella bebió un sorbo antes de volverse hacia él. Cruzó un brazo alrededor de su cintura y agitó la bebida en la otra mano, inspeccionándole como él hacía con ella. “¿Te apetece una copa?”

No debería. Debería irse, ahora, mientras pudiera. “Sí”. No era la respuesta que quería dar.

Ella le sirvió un trago, y él se sintió de repente como si fuera un visitante en su propia casa. Debería haberle irritado, pero le intrigó más.

“Toma.” Le tendió la bebida. Le estaba obligando a acercarse a él. Otro desafío más.

Se acercó a ella, más de lo necesario, y la vio parpadear sorprendida cuando le quitó la bebida. Se había metido en su espacio personal para demostrarle que no podía dominarle, pero no había contado con el olor de su perfume, suavizado por el día, que ahora se mezclaba con el aroma de su piel. Dio un sorbo al brandy para disimular su instintivo trago. Se juró a sí mismo. Quería saborear su cuello, no la maldita bebida. “Gracias”, dijo en su lugar.

Ella enarcó una ceja. “¿Por qué? ¿Por la bebida o por casarme contigo?”

“Las dos cosas”, respondió. No sabía quién estaba más sorprendido por su sincera respuesta.

Le tocó a ella poner cara de confusión. Ella se mordió el labio inferior de una manera que no hizo nada para aliviar su excitación y se sentó de nuevo en el sofá. “No creí que tuvieras ninguna duda de que me quedaría”.

“Sólo los estúpidos no tienen dudas”.

Ella le miró desde debajo de aquellas largas pestañas que él había admirado momentos antes, contra su mejilla sonrojada. Ahora sus mejillas estaban aún más sonrojadas, se dio cuenta. “Y tú no eres estúpido”, dijo ella.

“No.” Se encontró sentado frente a ella. Una mesa de café se interponía entre ellos, una barrera que le impedía estirar la mano, rodearle el cuello y acercarle la cara, la boca, los labios. Bebió otro sorbo de brandy. “Planeo la duda. De un modo u otro te habrías quedado”.

Desconcertada, sonrió y sus ojos violetas destellaron con humor.

“¿De qué te ríes?”

Ella levantó las cejas. “Tú. Eres tan macho”.

“Machismo”. Es simplemente un nombre latino para ser masculino. Has pasado demasiado tiempo con la gente equivocada”.

“Por la clase equivocada te refieres a gente que realmente escucha lo que tengo que decir,

gente que no espera que se obedezcan todas sus órdenes, gente que, Dios no lo quiera, realmente haga lo que digo".

"Te equivocas en una cosa. Escucho lo que tienes que decir". Se sentó y se encogió de hombros. "Pero si dices tonterías, por supuesto que las ignoro".

"Y sería una tontería si no estuvieras de acuerdo".

"Por supuesto".

"O tal vez, si no te permites estar de acuerdo".

"No necesito permiso para creer algo".

Dejó el vaso sobre la mesa y se inclinó hacia delante. "Creo que sí. ¿Quiere que le dé un ejemplo?".

Se removió en su asiento, una parte de él deseando escapar inmediatamente de la mirada azul de Ruby, y otra parte cautivada por ella y saboreando las vibraciones de atracción que zumbaban por sus venas. "Continúa. Sospecho que lo harás, con o sin mi consentimiento".

Ella se levantó y él pudo ver brevemente sus muslos antes de que se bajara el vestido. Estaba descalza y se deslizó suavemente sobre la gruesa alfombra hasta posarse en la mesa frente a él. "Ves, te sientes atraído por mí, puedo verlo en todo lo que haces o dejas de hacer". Ella alargó la mano y le tocó el rabillo del ojo, y él respiró agitadamente. "En tus ojos. Le pasó un dedo por la mejilla y lo posó en sus labios. La ingle de él se tensó. "Y ahí, definitivamente ahí, en tus labios. Cuando me ves, te los lames".

"Yo no", dijo, repentinamente indignado ante la imagen de él salivando ante ella como un adolescente.

"Oh, sí, lo haces", dijo suavemente. "Pero no me importa. De hecho", inclinó la cabeza hacia un lado, "me gusta bastante. Me hace sentir algo". Se puso la mano en el vientre y él sintió que se le ponía dura al instante. Sus ojos miraron hacia abajo mientras le quitaba la bebida de la mano y la dejaba sobre la mesa. "Y luego hay otro lugar donde te afecto". Ella se levantó y él la observó, embelesado, para ver qué hacía. Si se iba ahora, no estaba seguro de poder evitar detenerla por la fuerza. Pero no tuvo que hacerlo, porque ella asomó su maravilloso trasero y lo colocó sobre su regazo. Él gimió y dejó caer la cabeza contra el respaldo de la silla mientras su erección era masajeada por la suave carne de su trasero. "Sí". Ella se inclinó hacia él, su trasero se movió ligeramente, encontrando su lugar sobre su miembro rígido. "Tenía razón. Te sientes atraída por mí".

"¿Atraído?" Él deslizó sus manos alrededor de las caderas de ella y la acercó. "Esa es una palabra débil para lo que siento".

"Entonces, ¿qué palabra bastaría?", preguntó, como si la mantequilla no se le fuera a derretir en la boca. Pero lo haría. Él sabía que sí.

"Ninguna, creo. Tal vez, en circunstancias como ésta, las palabras deberían ser reemplazadas por la acción".

Era su turno de verla perder el control. Podía sentirla temblar mientras tiraba de ella hacia él. Sólo tenía un pensamiento. Demostrarle exactamente quién tenía el control en ese momento.

Sus labios sabían a brandy y lujuria. Fue el último pensamiento inadecuado que tuvo antes de que su lengua recorriera sus labios y se encontrara con la de ella. Fue como encender una chispa en un fuego seco que llevaba años esperando ese momento. Cualquier idea de control se perdió cuando sus lenguas se enredaron, sus respiraciones se aceleraron y sus manos se encontraron como personas ahogadas que se aferran a la otra para salvar la vida.

Se tragó sus gemidos mientras le subía el vestido con las manos para dejar al descubierto su escasa ropa interior. Sus manos acariciaron brevemente su trasero desnudo antes de enganchar

los pulgares alrededor del tanga y tirar de él hacia abajo. Ella se levantó y lo dejó caer al suelo. Su vestido seguía subido hasta la cintura, dejando su sexo desnudo y a la altura de los ojos. Él no pudo resistirse y acercó los labios a su sexo y lo exploró con avidez, tanteándolo con la lengua hasta que ella se estremeció entre sus brazos. No podía saciarse de ella. Quería probarla por todas partes, sentirse dentro de ella. A medida que sus dedos y su boca exploraban su cuerpo, los gemidos de placer de ella se convertían en gritos, y en su interior ella palpitaba alrededor de sus dedos, empapándolos de humedad, y él la atraía hacia sí.

Pero en lugar de dejar que siguiera dominándola, le bajó la bragueta y los pantalones, y él se encontró tumbado de espaldas en el sofá, con ella a horcajadas sobre él, mientras lo único que podía hacer era tumbarse y ver cómo le daba placer. La penetró y fue recompensado por el parpadeo de sus párpados y una boca abierta y tentadora. Pero luego esperó. Quería que estuviera al límite, que lo deseara tanto como él a ella.

Ella abrió los ojos y frunció ligeramente el ceño mientras se movía sobre él, pero él no se movió. Entonces la penetró profundamente y ella jadeó sorprendida por la brusca sensación. Lo hizo una vez más y entonces ella hizo algo que le cogió por sorpresa. Lo miró con los párpados bajos y, con un movimiento, se quitó el vestido por encima de la cabeza, se desabrochó el sujetador y lo tiró a un lado. Se sacudió el pelo y se inclinó hacia delante, con los pechos rozándole el pecho, cabalgándole, apretándole con una regularidad que le hizo rugir mientras la levantaba y la tumbaba en el suelo, extendiendo las manos abiertas en un feroz apretón. Pero era la única parte de ella que estaba bajo control. Sus piernas rodeaban las caderas de él, que la penetraba una y otra vez, incapaz de detenerse aunque el palacio ardiera y el lugar se inundara de gente. Ella lo tenía cautivado, y él sólo tenía un objetivo: correrse dentro de ella, derramar su semilla en su interior y hacerla suya.

Con un último empujón se corrió dentro de ella, más y más, llenándola de sí mismo, bombeando aún dentro de ella con pequeños movimientos como si nunca fuera a llenarla.

Ella tenía razón. Ella sacó el animal primitivo en él. Había leído en alguna parte que si los hombres sospechaban que su mujer se acostaba con otro hombre, su esperma era más abundante, como asegurándose de que dominarían. Sabía que eso era lo que había ocurrido. La estaba haciendo suya con la misma seguridad que si la encadenara a él con una bola y una cadena. ¿Se había vuelto loco?

Él se retiró y la miró mientras la mano de ella bajaba hasta donde él había estado hace poco, extendiendo el húmedo rastro de su esperma sobre su clítoris. Ella tembló ligeramente. Y él retrocedió una vez más. Ella era como una droga para él. Dudaba que alguna vez tuviera suficiente. Pero ella sacó a relucir algo que lo asustó mucho.

Debió de intuirlo porque se levantó y se quedó desnuda ante él. “¿Qué pasa?”

Sacudió la cabeza. “Tengo que irme”.

Le pasó la mano por detrás del cuello, lo acercó a ella y lo besó hasta que su erección volvió a endurecerse. Se apartó y miró hacia abajo. “¿En serio?”

“Sí, de verdad”.

Ella se mordió el labio y la repentina inseguridad en sus ojos le pinchó el corazón indefenso. ¡Maldita sea!

Ella se dio la vuelta y se puso el vestido en silencio y, cuando se dio la vuelta, él también estaba vestido.

“¿Vienes a la cama?”, preguntó ella, en un susurro vulnerable que traspasó cualquier defensa que le quedara y le llegó al corazón.

Sacudió la cabeza, sin confiar en hablar, por miedo a lo que surgiría, a las palabras de

necesidad que diría en voz alta. No podía entregarse a ella en bandeja, para que hiciera lo que quisiera. Ya lo había hecho una vez con resultados devastadores.

"De acuerdo". Ella esbozó una breve sonrisa que retorció el cuchillo en su corazón.

Ella cerró la puerta tras él y él volvió a beber su brandy. Mientras el ardiente licor recorría su cuerpo, tomó una decisión.

Estaba claro que ella era su talón de Aquiles y también estaba claro que no podía confiar en ella. Quería perderse en ella, obtener en ella un respiro del mundo que había creado en el que estaba solo, pero no podía. Hacer algo así sería perder todo lo que había ganado, poner en peligro todo lo que tenía. No, sólo había una solución.

Caminó por los antiguos pasillos vacíos hasta su despacho y se puso en contacto con sus oficinas en el extranjero para hacer los trámites necesarios. Una vez hecho esto, se sirvió otro brandy. Miró su profundidad ambarina. Otra cosa que rara vez hacía, beber alcohol. No así. Parecía que estaba perdiendo el control en todos los aspectos de su vida. No podía seguir así. Necesitaba espacio.

Volvió a colocar el cristal y apagó la luz. Se dio cuenta de que ella le odiaría. ¿Pero no sería más fácil vivir con eso que con la lujuria?

CAPÍTULO 6



Era de madrugada cuando Ruby se despertó. Había dormido bien para variar y, mientras se estiraba sobre las finas sábanas de seda, su mente pensaba en la razón de la sensación de bienestar que persistía en sus miembros relajados. Inspiró largamente mientras cerraba los ojos y repasaba en su mente el acto amoroso de Amir.

Había sido literalmente alucinante y, una vez que la mente de ella había explotado, su cuerpo se había apoderado de ella, al igual que el de él. El sexo había tenido ecos del amor que habían hecho cinco años antes, pero lo que había ocurrido la noche anterior había sido sólo eso: sexo. No había nada del amor que solían sentir el uno por el otro, sólo una necesidad desesperada de saciar su lujuria.

Suspiró y giró la cabeza para mirar por la ventana. Había poca luz. El sol ya estaba en lo alto y no había brisa marina que aliviara el calor que llegaba del desierto y se instalaba sobre el palacio y la ciudad. Miró el reloj y se preguntó por qué no la habían llamado, como había pedido. Quería levantarse más temprano para desayunar con Hani antes de que empezara la jornada escolar, pero nadie la había llamado y su reloj seguía obstinadamente su antiguo estilo de vida.

¿Dónde estaban todos? Se puso una bata y entrecerró los ojos a la luz brillante. Normalmente había algún tipo de actividad fuera de la ventana, como mínimo jardineros cuidando las exuberantes flores que no durarían ni un día sin sus cuidados bajo el intenso calor del sol. Pero esta mañana no había nadie, ni señales de actividad.

Frunció el ceño, fue al baño, abrió la ducha y llamó a Amir. Le saltó el buzón de voz, lo cual no era raro. Pero, pensó mientras terminaba la llamada sin dejar ningún mensaje, lo *inusual* era el mensaje. Era un nuevo mensaje grabado, no de Amir, sino de su asistente. Obviamente, había transferido las llamadas de Ruby directamente a su asistente. Decidió que eso no era una buena señal mientras se quitaba la bata y se metía en la ducha. ¿Se arrepentía de lo que había pasado anoche? ¿Cómo iba a hacerlo si era lo que quería? Aunque no la hubiera querido a ella, que ella sabía que sí, había querido un hermano o una hermana para Hani. Eso había sido parte del acuerdo, después de todo.

Pero a medida que su mente repasaba los acontecimientos de la noche anterior, lo comprendió. Ella lo había iniciado, él había perdido el control y estaba asustado. Él nunca perdía el control. Y si no podía evitarlo cuando estaba cerca de ella, entonces ponía distancia entre ellos. Mientras movía su cuerpo bajo el chorro de agua, limpiando los rastros de su sexo, tuvo que admitir que sus acciones tenían lógica. Pero lo que necesitaba saber era hasta qué punto se proponía alejarla de él y de Hani.

Pero media hora más tarde, cuando caminaba por la inquietantemente silenciosa ala privada del palacio, ya no comprendía lo que había sucedido. El lugar parecía desierto. Había estado en

los dormitorios de Amir y Hani. Ambas estaban ordenadas y ventiladas, como si nadie hubiera pasado allí la noche. Se quedó unos instantes en la habitación de Hani, levantando la almohada para aspirar el olor de su hijo. Pasó los dedos por su pequeña estantería llena de libros clásicos antiguos y modernos en encuadernaciones elegantes, muchos de los cuales eran demasiado difíciles de leer para él, y miró brevemente el interior de su vestidor, sonriendo ante los pequeños trajes que le parecían incongruentes. Pero no se quedó mucho tiempo, porque no eran sus cosas lo que quería ver, sino a él.

La historia era la misma abajo. Para ser un palacio tan grande, no parecía haber nadie. Nadie en el salón ni en las habitaciones familiares. Se detuvo ante la puerta de la biblioteca, llamó y, al no obtener respuesta, entró. Estaba vacía, como las demás habitaciones. Pero aquí, como en la habitación de Hani, no pudo evitar quedarse.

El olor de los libros la envolvió y cerró los ojos mientras los recuerdos se agolpaban en su mente: la casa de su infancia, el pequeño salón repleto de libros del suelo al techo. Le daba vergüenza llevar a sus amigas a casa porque sus madres estaban en la cocina, preparando la cena. Al principio no había sido tan malo: su madre estaría leyendo, ignorando la vida como si ella fuera una isla, sostenida por los libros, alrededor de la cual la marea de la vida podría barrer, pero no tocarla. Pero más tarde, a medida que avanzaba su enfermedad, se había retirado incluso más allá de donde sus libros podían tocarla. Se quedaba sentada, mirando el callejón sin salida, por el que no pasaba el tráfico ni los visitantes. En días así, Ruby se limitaba a ocuparse de cosas como la comida para los dos. Se ocupaba de las cosas prácticas e intentaba apartar de su mente el hecho de que su madre apenas se moviera de la habitación. El olor de los libros se lo recordó todo.

Ruby se retiró de la habitación, mientras el pánico y la tristeza se apoderaban a partes iguales de su corazón. Se alejó rápidamente, apartando los recuerdos del fondo de su mente, buscando distracción a su alrededor, pero sin encontrarla. Abrió de par en par las ventanas francesas, necesitaba que el aire caliente barriera los recuerdos pegajosos que se aferraban a su mente, amenazando con ahogar su vida. Salió a la terraza delantera, que daba a la ciudad vieja y al puerto, y aspiró el aire, un poco más fresco, pero no se sintió cómoda.

Se dio la vuelta y se retiró al interior, buscó el equipo de música y lo encendió. El sonido llenó el aire y su cabeza, pero no ahogó sus pensamientos. Salió de la habitación y se dirigió hacia la cocina y las oficinas. Seguramente habría alguien allí. El vacío empezaba a asustarla. Prácticamente corrió hacia la cocina familiar de piedra, cuyas paredes y techo de vigas eran algunos de los pocos elementos originales de la cocina de última generación que necesitaba la familia imperial de Janub Havilah. El pánico disminuyó un poco cuando vio a dos empleados de cocina ocupados preparando la comida.

“¡Hola! Menos mal que he encontrado a alguien. ¿Puedes decirme dónde están el rey y Hani?”

El personal miró de uno a otro. “No están aquí, señora”.

“De acuerdo”, dijo, tratando de contener su irritación. Ayer había charlado con esta gente con facilidad, pero hoy obviamente era otro día y algo había ocurrido para que desviaran la mirada con nerviosismo, y volvieran a su antigua forma de dirigirse. “¿Podría decirme, por favor, dónde están?”. Cruzó los brazos sobre la cintura y les dirigió la mirada que había puesto en su sitio a cientos de fotógrafos y directores. El personal de cocina, al parecer, era de una raza más dura.

“Se han ido, señora.”

Ruby suspiró. Esto no iba a terminar rápido. “¿Y podría decirme a dónde han ido?”

El hombre que había hablado se encogió de hombros y volvió a limpiar la plata. Indignada,

se acercó a él y estaba a punto de seguir preguntándole cuando ambos miraron nerviosos hacia la puerta, donde Jamal, el ayudante de Amir, había aparecido de repente.

"Ah, Jamal, justo el hombre que necesito ver."

"Buenos días, señora". Jamal se apartó e indicó el pasillo a Ruby. "¿Quiere venir a mi despacho?"

Tuvo que reprimir su respuesta inmediata. Si bien las palabras de Jamal eran de esperar de un miembro del personal, su actitud, expresada en la forma socarrona en que la miraba, demostraba todo lo contrario. "Claro", dijo en pocas palabras, y salió de la cocina.

Sabía dónde estaba su despacho y no esperó a que la abriera, sino que la abrió de un tirón y tomó asiento antes de que él pudiera adelantarse y ofrecérselo.

"Ahora, Jamal, ¿me dirás qué demonios está pasando?"

Jamal se acercó al otro lado de su escritorio, sobre el que había un ordenador delgado que recibía un flujo casi constante de correos electrónicos. Era evidente que su reino estaba gobernado con tanta severidad y control como el del espejo de Amir, encima de las escaleras.

Juntó los dedos. "¿En qué sentido, señora?"

"¿Tengo que deletrearlo?"

"Sí, creo que sí".

Este hombre tendría que irse. De un modo u otro, se aseguraría de ello. Mientras tanto, tenía que jugar con él a su propio juego.

Forzó una sonrisa estudiada en su rostro. "Jamal, ¿has visto a Amir y Hani esta mañana?"

"Por supuesto, señora". Jamal la miró con una digna indiferencia que parecía ser característica de los funcionarios de palacio. Eso sólo encendió la irritación de Ruby. Enarcó una ceja.

"¿Puedes decirme dónde están?"

"Lo siento, señora, no puedo".

Se inclinó hacia delante. "¿No puede o no quiere?"

Jamal asintió con una sonrisa. "Las dos cosas. El efecto es el mismo".

La ira de Ruby aumentó, pero la reprimió. Eso no la llevaría a ninguna parte. "Ya veo. Quizás si mantengo mis preguntas enfocadas, tus respuestas lo estarán igualmente. ¿Trato hecho?"

Jamal inclinó la cabeza en señal de educado acuerdo. Aspiró profundamente, controlando la respiración. "¿Ha empeorado el estado de Hani?". Era el miedo lo que subyacía a todo.

Su sonrisa no vaciló. "No, que yo sepa".

Se levantó. "Entonces dime dónde está".

"Él está bien. Está con Su Majestad, el Rey Amir".

"¡Eso no es decirme dónde está!"

Jamal miró su reloj con estudiada lentitud. "¿A esta hora? Creo que estarán aterrizando en Boston".

Se sentó como si la hubieran empujado. "¿Los EE.UU.?"

"Sí". Sacó un trozo de papel de un montón.

"¿Cuánto tiempo estarán allí?"

"Hani estará allí una semana, creo."

"¿Hani, pero no Amir?"

Jamal se encogió de hombros.

"Entonces deseo que organices los pasajes para que pueda estar con Hani".

"Mis disculpas, señora, pero tengo instrucciones estrictas que no debe seguir. Todo está bajo

control, y Hani estará en casa al final de la semana".

"Deseo ir."

"Y Su Majestad *no desea que* te vayas". Jamal se lamió los labios como si estuviera a punto de digerir algo delicioso. "No desea que Hani sea molestado por la presencia de un extraño".

Una carga eléctrica se disparó a través de ella. "¿Un extraño? ¿Sabes quién soy, Jamal?"

Su rostro no vaciló, no traicionó ningún tipo de emoción o conocimiento. "Por supuesto. Estás casada con Su Alteza Real, el rey de Janub Havilah".

Ella enarcó las cejas en señal de interrogación, sabiendo muy bien que él debía ser consciente de la situación. "Y como reina, deseo estar con mi hijo".

Sacudió la cabeza. "Su Majestad ha dejado instrucciones precisas". Cogió un papel y se lo deslizó por el escritorio. "Esto es para ti. Me he tomado la libertad de imprimir tu horario para la próxima semana. Su Majestad desea que se concentre en su mejor condición física". La mirada insultante del hombre recorrió brevemente su cuerpo. Nunca se había sentido más que un trozo de carne, ni siquiera cuando la fotografiaban, nunca se había sentido tan humillada.

Se levantó, le cogió el papel, lo partió por la mitad y se lo devolvió. "Gracias, Jamal, pero no será necesario".

Se dio la vuelta y salió de la habitación, cogiendo el teléfono. Siguió caminando hacia la terraza y más allá. No se detuvo hasta llegar al jardín ornamental, más allá de la vista o el sonido de la gente que la observaba. Esta vez sí dejó un mensaje, breve y conciso. Su rostro apareció instantes después en la pantalla de su teléfono.

"¡Cómo te atreves a chantajearme!", dijo.

"Si amenazarte con contar a los periódicos todo sobre ti y sobre mí y cualquier otra cosa que se me ocurra, o invente, es la única manera de conseguir que me llames, ¡entonces eso es lo que haré! Quiero saber por qué de repente te has llevado a Hani". Su voz vaciló al pronunciar su nombre. No pudo evitarlo. Por encima de su rabia estaba el miedo por su hijo. "Dime, ¿está bien?"

Amir suspiró. "Sí. Está bien".

Fue el alivio lo que hizo estallar su ira. "Entonces, ¿dónde diablos está?"

"Como le pedí a Jamal que te informara, estamos en los EE.UU.. Boston para ser exactos".

"¡Amir! No lo entiendo. Ayer..."

"Ayer nos divertimos y hoy volvemos a los negocios".

"Hani *es* asunto mío".

"¿Por qué dices eso?"

"Oh, no lo sé, tal vez porque soy su madre natural".

Miró a su alrededor para asegurarse de que nadie le escuchaba. "No hables de ti como su madre natural en público".

Se negó a dejarse intimidar. Él podría controlar a todos los demás, pero ella nunca permitiría que la controlara. "¿Por qué no? Es la verdad".

"Tal vez. Pero no es agradable".

"Lo es para mí".

"Pero esto no se trata de ti. Se trata de Hani. Y necesita lo que puedas hacer por él ahora mismo".

"Necesita mi sangre, pero no a mí como madre, supongo que quieres decir".

"Me alegro de que lo entiendas tan bien".

Ruby gruñó de frustración. "Amir, ¿por qué te lo has llevado? Dímelo".

No contestó.

“Por el amor de Dios, dímelo”.

“Preferiría no hacerlo por el momento”.

“¿Por qué?”

“Tengo mis razones”.

“¡No puedes hacerme esto! No puedes dejar que me acerque sólo para llevártelo otra vez. Es cruel”.

Se encogió de hombros. “Puede que sí”.

Y ella supo en ese instante, en la expresión de sus ojos, que él no quería creerlo de sí mismo. Y ella sabía muy bien que no se lo creía. “No, no lo eres. Nunca lo fuiste. Y no creo que lo seas ahora. Por alguna razón, no quieres decírmelo. Me pregunto por qué”.

Se lamió los labios y sus ojos parpadearon sobre su rostro. Miró a su alrededor y el fondo cambió al entrar en una habitación diferente.

“Hay un consultor aquí en Boston con el que hemos estado trabajando. Ha estado analizando los resultados del tratamiento de Hani y ha pedido verle”.

“¿Y no me lo dijiste?”

“No. Tienes que estar allí para prepararte para el hospital. Si esto no funciona, el asesor dice que...” Dudó y frunció el ceño. “El *procedimiento será necesario tan pronto como* sea posible. Ahora tengo que irme. Mientras Hani y yo estemos fuera te someterás a un estricto régimen de preparación física, dieta y supervisión médica”.

Hubo un silencio y su mirada se desvió de la de ella. “¿Por qué has dicho ‘procedimiento’ así?”.

“¿Cómo qué?”, respondió brevemente, con el ceño cada vez más fruncido.

“Como si fuera algo más que un simple procedimiento”.

No respondió. Alguien le llamó desde detrás. “Tengo que irme”.

Su respuesta, o la falta de ella, le dijo más de lo que quería saber.

Se balanceó un poco y se sentó en un asiento cercano. Le estaba ocultando algo, algo que no le gustaría, porque sería malo para ella, o para Hani. Sospechaba ambas cosas.

“¿Estás bien?”, preguntó.

Volvió a mirar el teléfono. Por una vez había una expresión de preocupación en el rostro de Amir que casi la despojaba de su rabia, casi la hacía débil y vulnerable, pero sólo “casi”. Asintió con la cabeza.

“¿Aún harás esto por Hani?” Amir preguntó.

El miedo le mordisqueaba el cuerpo, el corazón y el alma. Detrás de la mirada feroz de Amir podía ver un terror igual al suyo y conocía su origen. Le aterrorizaba que ella le decepcionara, lo que podría significar el fin de la vida de Hani. ¿Cómo había podido Amir creer algo así de ella?

“Por supuesto que lo haré. Te he dicho que haré cualquier cosa por él”.

“Bien. Entonces comienza con el régimen que Jamal te ha dado. Volveremos al final de la semana”.

Ella asintió y apagó primero el teléfono. Miró a su alrededor, atónita. El mundo seguía pareciendo el mismo, pero todo había cambiado. Se veía obligada a enfrentarse a un terror del que había estado huyendo los últimos cinco años. Parecía que se le había acabado el tiempo. Tendría que enfrentarse al hospital -y a algún tipo de procedimiento del que Amir estaba demasiado asustado para hablarle- y a sus peores temores.



Durante la semana que Hani y Amir estuvieron fuera, Ruby consiguió evitar una visita al hospital. Pero comía lo que le ponían delante y utilizaba el gimnasio de Amir para mejorar su forma física. Pero el ala doméstica del palacio seguía vacía y la falta de gente y actividad la agobiaba cada día más.

Así iba a ser su vida. Sola. Como su madre. Y, como su madre, sería presa de la oscuridad del espíritu que se filtraba en tu alma sigilosamente al principio. Luego, cuando finalmente notaste su presencia, era demasiado tarde. Te engulló.

Tomó una bocanada de aire, como si se estuviera asfixiando. No era su madre. *No era su madre*, repitió con más fuerza. Tenía opciones. Tenía gente a la que recurrir. Pero aquí, lejos de su red de apoyo habitual, se sentía aislada y sola como hacía años que no se sentía.

Las tardes eran las peores. Como ahora, pensó, mientras caminaba por los pasillos vacíos. Amir había dicho que el palacio sería su hogar, pero ella se preguntaba si él conocía el significado de la palabra. Aún no había visto un lugar más "poco hogareño". En cada pared había un orgulloso retrato de uno de sus antepasados, y en cada aparador había fotografías de la difunta esposa de Amir o vajillas de incalculable valor de siglos pasados, a las que Hani nunca podía acercarse. Era como un depósito de cadáveres, una galería, un museo dedicado a personas e instituciones muertas hacía mucho tiempo.

Necesitaba vida, pensó, mientras enderezaba un cuadro de una mujer, bellamente vestida y sentada serenamente en medio de media docena de niños. "Apuesto a que no tuvo que preocuparse de nada, ¿verdad?". Inclinó la cabeza hacia un lado mientras inspeccionaba el grupo familiar. Si esta familia hubiera vivido aquí -y parecía que sí, por el fondo de puerto y mar, que apenas se había tocado en cientos de años-, estos pasillos no habrían estado tan silenciosos como ahora. No, el lugar exigía una familia. Ruby entrecerró los ojos al contemplar los hermosos espacios. No, pensó de nuevo, exigía gente. ¿Y no sabía ella dónde conseguirlas?

Miró el reloj. Era tarde. Había hecho lo que le había prometido a Amir, hasta ahora. No se había puesto en contacto con el fotógrafo que estaba fotografiando una colección de diseño en el puerto. Pero sabía que seguían allí. Habría sido difícil ignorarlos, ya que aparecían mucho en las redes sociales de todos sus amigos. Sólo estarían dos días más en el país. Y, aunque era tarde, sus amigos salían de fiesta hasta tarde. Mientras llamaba al fotógrafo, se preguntaba si estaba rompiendo el protocolo de Amir. Pero en todos los recuerdos que tenía de él diciéndole lo que podía y no podía hacer, ninguno se refería a la posibilidad de que invitara a gente a su casa. Sin duda, ni siquiera se le había pasado por la cabeza.

Ella se sentó con una sonrisa como el tono de llamada fue contestada. "¿Angelo? Soy Ruby". Escuchó un grito ebrio de saludo seguido de un aluvión de preguntas. "Te lo diré cuando te vea. ¿Qué haces esta noche?"

El palacio estaba ahora exactamente como a ella le gustaba. Angelo había llegado con una docena de amigos y conocidos, que bailaban, charlaban o bebían, o las tres cosas a la vez. Puede que sólo fueran una docena, pero hacían el ruido de dos docenas. Por primera vez en semanas, el pánico que siempre asomaba a la mente de Ruby se calmó, apaciguado por el ruido y la actividad. Desde la depresión posparto que sufrió tras dar a luz a Hani, éste había sido su único consuelo: un zumbido de actividad y ruido que la desestresaba como ninguna otra cosa. A lo largo de los años, la gente lo había confundido con muchas cosas, pero ella no había revelado a nadie la causa. El recuerdo de la enfermedad de su madre era demasiado vivo. No, la única forma de guardar un secreto era no contárselo a nadie. Eso lo había aprendido de la vida. Y así, sus

amigas seguían a su alrededor mientras ella se sentaba de nuevo en el sofá, sorbiendo agua con gas, dejando que sus gritos de risa y sus payasadas bañaran sus heridas.

La música estaba alta, pero a Ruby no le preocupaba. El personal desalojaba el ala familiar por la noche y estaban muy solos. No había nadie a quien pudieran molestar y se sentía bien no tener miedo, por una vez, de ser observada o escuchada. Ahora estaba entre amigos.

Se quitó los zapatos, se los metió por debajo y se sentó en los mullidos cojines. Angelo le cogió un pie y empezó a masajearlo. Ruby cerró los ojos y el ruido calmó su mente y su cuerpo. Poco a poco fue desapareciendo, dejando sólo un zumbido. Suspiró y en unos instantes se quedó dormida, compensando las incontables horas que había pasado despierta desde que llegó a palacio.

Ruby se despertó sobresaltada. Ahora estaba sentada sola. Tardó un momento en recordar dónde estaba, de tan profundo que había sido su sueño. Luego se frotó los ojos y miró a su alrededor, intentando averiguar qué la había despertado. La música estaba aún más alta que antes; no sabía cómo había podido dormirla y no sabía qué podía estar aún más alto para molestarla. Se puso en pie y miró a su alrededor.

Recogió un par de botellas de vino vacías, aún polvorientas de la bodega. Sus amigos no habían perdido el tiempo buscando el vino de Amir. Palideció cuando miró la etiqueta. No era una bebedora, pero incluso ella sabía que se trataba de algo de valor incalculable.

"¡Hola!" No llamó a nadie en particular. Ahora había más gente que cuando se quedó dormida. Buscó sus caras en la penumbra. De repente se dio cuenta de que apenas conocía a la mitad. Evidentemente, se había corrido la voz y el número de personas se había triplicado. Debía de haber más de cincuenta personas bailando al ritmo de la música o moviéndose entre las sombras, haciendo Dios sabe qué. Cualquier sensación de paz se rompió al instante al darse cuenta de que la fiesta se había descontrolado. Se oyó un estruendo y se estremeció al ver lo que había caído al suelo de piedra.

Agarró a la primera persona con la que se topó. "Se acabó la fiesta". Pero su voz se perdió en medio del barullo. "¡Se acabó la fiesta!", gritó, ahora más fuerte. Pero nadie se movió, la música continuaba, haciéndole zumbar la cabeza. Se agarró a la siguiente persona a la que, con alivio, se dio cuenta de que conocía. "¡Angelo!" Tuvo que acercarse y gritarle al oído. "Se acabó la fiesta. Toda esta gente tiene que irse".

Él sonrió y se inclinó hacia ella, con el brazo todavía firmemente alrededor de la cintura de una mujer que ella nunca había visto antes. "¿Qué es eso, *Cara*?"

"¡Tienen que irse!"

"Pero acaban de llegar".

"¿Quiénes son? No conozco ni a la mitad".

"Amigos míos. Este lugar es maravilloso, y como estabas profundamente dormido pensé en invitar a unas cuantas personas más".

"¿Unos cuantos más? Cristo, Angelo, aquí debe estar la mitad de la población de Janub Havilah, por no hablar de los turistas perdidos".

"Ni siquiera la mitad. Puedo traer el resto, si quieres".

"¡No puede ser! Tienen que irse. ¡Ya!"

"Pero si acaban de llegar. Fiesta, *cara*. Te acuerdas de cómo divertirte, ¿verdad? Es lo que te gusta hacer. Ven aquí". Soltó a la mujer y rodeó a Ruby con sus brazos. "Y déjame enseñarte".

La golpeó contra su cuerpo y el impacto casi la dejó sin aliento. Antes de que pudiera

recuperarse, él la rodeó con sus brazos en un apretón de vicio del que ella no podía moverse, bajó la cabeza hacia la suya y la besó en los labios. Ella apoyó las manos en el pecho de él y trató de apartarlo, pero él aumentó el agarre y profundizó el beso. Sabía a vino, a humo y al carmín de las otras mujeres a las que había besado aquella noche. Asqueada, consiguió apartarlo lo suficiente como para romper el beso. Pero, para ser un hombre delgado, era fuerte y la agarró con fuerza. La indignación se apoderó de ella y se retorció intentando zafarse de él, pero él no hizo más que apretarla con más fuerza.

"¡Angelo! ¿Qué demonios...?"

Pero sus palabras se perdieron cuando él apretó sus labios borrachos contra los suyos una vez más.

¿Qué demonios era ese ruido? Amir apagó el motor del Ferrari y oyó los graves y profundos de la música de fiesta. Eran las tres de la madrugada. ¿Qué demonios estaba pasando? Saltó del coche y subió de un salto los anchos escalones que conducían a los aposentos privados del palacio. Deberían estar cerrados con llave, pero las puertas dobles estaban abiertas de par en par, dejando las antigüedades, pinturas y esculturas de valor incalculable al alcance de cualquiera que quisiera llevárselas. Y, por el aspecto de un par de personas que corrían torpemente por el césped hacia un coche, parecía que se las estaban llevando. Se detuvo, llamó por teléfono y ladró unas cuantas órdenes antes de terminar la llamada y continuar hacia el interior. Había dado permiso a Jamal para ausentarse unos días, pero se aseguraría de que nadie escapara de los terrenos del palacio esta noche.

Una pareja se besaba en el pasillo, pero lo único que hizo fue empujarlos con un gruñido y avanzar hacia la fuente del sonido. Tuvo que empujar a más gente, algunos haciendo el amor en las sombras, alimentados por drogas desconocidas, pero aun así los ignoró, impulsado por el miedo a lo que vería. La música le llegó en pulsaciones y ondas por el largo pasillo hasta la sala de recepción. Todo a su alrededor pareció ralentizarse mientras avanzaba hacia la sala, donde se encontró con una explosión de alcohol y música. Se detuvo entonces y encendió la luz. La gente gritó, pero él los ignoró mientras sus ojos se concentraban en Ruby. Incluso entre tanta gente en diferentes estados de desnudez, bailando, bebiendo y moviéndose al ritmo de la música, la vio a ella, su cuerpo apretado contra el de otro hombre, sus labios apretados contra los de otro hombre.

La ira, feroz y candente, llenó sus venas. Mientras avanzaba hacia ellos, apartando a la gente, pudo ver que ella luchaba por escapar. Eso le enfureció aún más. En un momento estaba junto a ellos y agarró al hombre por el cuello de la camisa. Apartándolo de Ruby, lo arrojó lejos como si no pesara nada.

Sin apartar los ojos de Ruby, gritó a los suyos que habían aparecido tras su convocatoria.

"¡Sáquenlos de aquí! Ahora". Su voz cortó el sonido de la música, las risas y el parloteo de la gente. Estaba dirigida a su gente, pero sus ojos no se habían movido de los de Ruby.

Ruby se pasó la mano por la boca, quería que el sabor de Angelo desapareciera. Quería que se fueran todos. Había conseguido lo que quería, habían venido, trayendo con ellos el ruido y la vitalidad de su mundo. Pero algo había cambiado y habían traído algo no deseado a este mundo. Lágrimas de vergüenza aguijonearon sus ojos al ver a Amir, observándola, mientras sus hombres expulsaban rápidamente a todo el mundo del local. No tardaron mucho porque los hombres de Amir resultaron no ser tan educados como sus invitados estaban acostumbrados. En unos

instantes, la sala estaba despejada y Amir y Ruby estaban solos, rodeados de los detritus de una fiesta.

"¿Qué demonios, Ruby?" Ella nunca había visto a Amir tan enojado. Casi estaba temblando. Ella negó con la cabeza y se dio la vuelta. Él la agarró del brazo. "¡No me des la espalda! Quiero saber en qué estabas pensando al traer a esta *gentuza* a mi casa. A la casa *de Hani*, por el amor de Dios".

"Puedo explicarlo".

"Vamos entonces, estoy esperando."

"Déjame ir primero". Ella intentó zafarse de su agarre. "Me haces daño".

"No hasta que me digas qué demonios estaba pasando aquí".

Le dio un tirón del brazo y la acción la puso furiosa. "¿Qué crees que estaba pasando, eh, Amir? ¡Era una fiesta! Y no es de extrañar que no reconozcas una fiesta cuando la ves".

"Sé lo que es una fiesta. Lo que nunca he asociado con una fiesta es gente robando en mi casa, o extraños haciendo el amor en el pasillo, sirviéndose de mi bodega. ¿En qué demonios estabas pensando?". Le dio un apretón en el brazo. "No hace falta que me lo digas. Sé exactamente en qué estabas pensando. En ti misma. Como siempre".

No se había dado cuenta de que los amigos de sus amigos se habían tomado tantas libertades. "Lo siento, no lo sabía."

"¿No lo sabía? ¿Qué clase de defensa es esa? Yo te vi. Con ese hombre". Le apartó el brazo como si ella no valiera nada para él, lo que era, por supuesto. Ella sólo tenía valor en relación con el hecho de que ella era la madre de su hijo.

"Lo siento, Amir, pero estaba sola. Odio estar sola. No tienes ni idea..."

"¿Y eso es lo que vas a hacer? ¿Cada vez que las cosas no salgan como quieres, traer a tus supuestos amigos a mi casa y destrozarla?"

Él la agarró del brazo y ella hizo una mueca. "No fue así."

"Eso es ciertamente lo que parece".

"Me voy a la cama". Ella trató de apartarse pero su mano estaba firme sobre la suya. "¿Amir? I..." Pero su voz se apagó al ver la mirada de él. En lugar de soltarla, la acercó más a él. Tenía la cara tan cerca de la suya que podía oler un rastro de whisky en su aliento, podía ver la barba incipiente de su barbilla. Era evidente que tenía prisa por volver a Janub Havilah.

"No. Esta vez no. Esta vez no huyas de mí".

Sus ojos eran oscuros y furiosos. La agarró por el otro brazo y tiró de ella hasta estrecharla contra él, hasta acercar su boca a la de ella mientras hablaba.

Levantó la barbilla para mirarle desafiante. "No he hecho nada malo. Tú me invitaste a quedarme aquí, recuérdalo".

"Te pedí que te quedaras aquí por el bien de nuestro hijo. ¿Y qué has hecho?" Su aliento era caliente en su cara mientras acercaba su boca a la de ella. Sus ojos recorrieron su rostro, observando pequeñas partes, un ojo y luego otro, como si buscara algún tipo de respuesta. "Lo has convertido en una fiesta de mal gusto como la que dejaste atrás". Sus dedos mordieron su piel y ella jadeó. Pero su jadeo atrajo la boca de él hacia la suya y él apretó los labios contra los suyos con la misma urgencia con la que sus manos seguían sujetándole los brazos. Ella no podía moverse. Al principio mantuvo los labios cerrados. Era la única defensa contra la agresión. Pero él encerró sus dos manos en una de las suyas y, con la otra, la atrajo contra su cuerpo. Ella lo sintió entonces y de repente fue consciente de lo excitado que estaba.

Ella sintió su lengua y abrió la boca para acariciarla con la suya. Su respiración se hizo pesada mientras sus mentes y sus cuerpos se concentraban en sus lenguas que se enredaban con

una sexualidad descarnada que se desplazaba por sus cuerpos hasta que estaban apretados el uno contra el otro, moviéndose el uno contra el otro.

De repente, le soltó las manos, las pasó por debajo de las nalgas y la levantó contra él. Ella deslizó las piernas a su alrededor, el vestido ajustado y elástico se deslizó hacia arriba hasta que sus manos encontraron la carne desnuda que el tanga no cubría. Él gimió y deslizó un dedo hasta encontrar el lugar donde estaba mojada. Ella jadeó contra su boca y levantó la cabeza. Su boca se posó en su cuello mientras seguía deslizando un dedo en su interior. Luego dos dedos. Ella tragó saliva y hundió la cara en su pelo mientras intentaba recuperar el control. Pero no lo consiguió. Se movió contra su mano, contra su dureza, y se corrió de repente. Jadeó una y otra vez contra su pelo, con los ojos ciegos a todo lo que la rodeaba, mientras una luz blanca la atravesaba.

No esperó a que terminara, sino que tiró de ella bruscamente. Luego la cogió de la mano y la sacó de la habitación.

CAPÍTULO 7



Tuvo que correr para seguirle. Habría tropezado en las escaleras de no ser por el apoyo de él, que la levantaba al caer, impulsándolos hacia delante con una necesidad que ella podía percibir en cada uno de sus movimientos. Atravesó de golpe las puertas de su dormitorio, las cerró de una patada y la hizo girar hasta que cayó sobre la cama. Se encogió de hombros, se quitó los zapatos, se abrió de un tirón la corbata y la camisa, se desabrochó los pantalones y se los quitó.

Ella se echó hacia atrás, de repente un poco asustada por la mirada pura y decidida de él. Pero el miedo se vio superado por su necesidad de él. Nunca se había sentido tan excitada por nadie desde... Amir, se dio cuenta. No dijo ni una palabra, simplemente la cogió por los pies y tiró de ella hacia él. Le arrancó el tanga y, mientras ella le rodeaba con las piernas, la penetró de un solo y profundo empujón. Cerró los ojos como si le hubieran dado un golpe y se quedó completamente inmóvil durante un instante. Entonces debió de notar la sensación de las manos de ella recorriéndole la espalda y las nalgas, sujetándolo donde estaba, porque abrió los ojos, le sostuvo la mirada, se retiró y volvió a penetrarla. Volvió a sacar y volvió a empujar. Golpeándola con su cuerpo, haciendo desaparecer cualquier otra sensación que no fuera el hecho evidente de que la estaba reclamando.

No la besó, sólo se mantuvo encima de ella, dominándola con su voluntad, su cuerpo, atravesándola con él mismo, clavándose hasta el fondo hasta que dejó de existir. Ella gritó cuando su orgasmo la arrasó, pero él no se detuvo. Su concentración era absoluta. Siguió empujando y retirándose, aumentando lentamente el ritmo hasta que ella se corrió una vez más y sólo entonces se corrió él, palpitando dentro de ella, perdiéndose en ella.

Vio cómo sus ojos se iluminaban poco a poco, volvían a concentrarse y parpadeaban con una expresión que en cualquier otra circunstancia habría calificado de dolor. Se retiró y se apartó.

“Lo siento”, dijo, sacudiendo la cabeza, con las cejas fruncidas por la confusión. “Lo siento mucho”.

Rodó sobre un costado y arrastró las mantas sobre su desnudez. “No hace falta que lo sientas. No hiciste nada que no quisiéramos los dos”.

Entonces la miró, con el ceño fruncido. “¿Querías esto? ¿Así?”

Sacudió la cabeza, intentando pensar con claridad. ¿”Quería”? Mi mente, si hubiera sido capaz de pensar en ello, podría haber querido algo diferente. Pero mi cuerpo” -se encogió de hombros- “quería exactamente lo que me diste”.

“Nunca debería haber ocurrido. No así”.

Tragó saliva, con la boca repentinamente seca. Se incorporó, se estremeció y se tapó los hombros. “Habría estado bien un poco de preliminares, pero...”. Levantó la vista para ver si su

pequeño intento de humor había funcionado. No había funcionado. Se estaba vistiendo como para irse. “¿Pero no lo entiendes, Amir? Era a ti a quien quería. A ti”.

“Ese no era yo. Era alguien fuera de control”. Volvió a sacudir la cabeza. “No fui yo.” Se acercó a la puerta.

“¿A dónde vas, Amir? Esta es tu habitación”.

Se pasó los dedos por el pelo, de nuevo sin mirarla. “Tengo que irme”.

“¿Adónde vas?”

“En cualquier sitio. ¿No lo ves, Ruby? Me vuelves loco. No soy yo misma cuando estoy contigo. Y necesito serlo. *Tengo* que serlo”.

Se marchó y cerró la puerta en silencio. Ella escuchó sus pasos avanzar rápidamente por el pasillo empedrado y alejarse. Escuchó cómo su coche arrancaba y se alejaba a toda velocidad hacia Dios sabía dónde.

Recogió sus cosas y, envuelta únicamente en un cubrecama, se dirigió a su habitación y abrió la ducha. Él podría haberse arrepentido, pero ella no, porque ahora sabía lo fuerte que era la necesidad que sentían el uno por el otro. Ambos la habían reprimido durante demasiado tiempo y su feroz acoplamiento había sido inevitable. El péndulo había oscilado con fuerza en la otra dirección. Pero se estabilizaría. *Tenía* que asentarse.

Ruby permaneció despierta el resto de la noche escuchando el profundo silencio. Después de la locura de la noche, el silencio parecía más deslumbrante, más molesto que nunca, acosándola a ella y a sus pensamientos. Nunca se había sentido más sola, ni más enfadada consigo misma. ¿Cómo había dejado que la noche se le fuera de las manos?

A las seis oyó al personal entrar y empezar a limpiar. Se sonrojó al imaginar lo que estarían pensando y diciéndose. En el pasado había establecido buenas relaciones con ellos. ¿Qué pensarían de ella ahora? Amir no se preocupaba por esas cosas, pero a ella le gustaba la gente, no quería que pensaran mal de ella. Y lo harían. ¿Cómo no iban a hacerlo si ella pensaba mal de sí misma?

Y luego estaba el sexo. Ella no podía llamarlo hacer el amor porque no tenía nada que ver con el amor, era todo acerca de la posesión. Pero no era algo unidireccional. No, ella quería ser poseída sexualmente por él, tanto como él quería poseerla a ella. Intelectualmente, le preocupaba, le parecía retorcido, equivocado. Pero otra parte de ella desechó sus preocupaciones, porque también se había sentido tan bien. Y sabía que, si era algo retorcido, se debía únicamente a las tensiones y presiones a las que ambos estaban sometidos. En las circunstancias adecuadas, podría ser tan puro como lo había sido antes.

Y luego estaba Hani... En Boston, rodeado de personal cariñoso, pero no de su familia. De todo el lío, era Hani quien ocupaba el primer lugar en su mente; el resto podía manejarlo. ¿Pero Hani? Lo supieran él o Amir, Hani *la necesitaba a ella*, no al personal remunerado, para que lo cuidara. Y en eso se concentraría. Si él no volvía pronto a casa, tendría que ir a buscarlo.

Se sentó frente a su portátil, hizo algunos planes y esperó hasta que oyó a Amir llegar a casa. Le oyó pasar por delante de su habitación y entrar en la suya, y la ducha del cuarto de baño contiguo encenderse. Tenía prisa por contarle sus planes, pero si algo sabía de los hombres era que era mejor hablar con ellos después del desayuno, y él siempre desayunaba con sus asesores. Después regresaba a la soledad de su despacho durante una hora antes de volver a cumplir con sus obligaciones oficiales durante el resto del día. Ella hacía coincidir su reunión con su hora de soledad.

Una hora más tarde, con la maleta hecha y vestida con un traje de pantalón blanco y chaqueta de corte afilado, bajó a su despacho. Llamó a la puerta. Se oyó un gruñido que interpretó como un acuerdo y entró.

Levantó la vista y frunció el ceño. “Estoy ocupado”.

Sonrió dulcemente. “Como yo.”

“Entonces te sugiero que te vayas.”

“No”. Se acercó a su escritorio, se sentó con cuidado en la silla de enfrente y cruzó las piernas. “Lo mío es contigo”.

Volvió a gruñir y miró de nuevo sus papeles. No dijo nada mientras firmaba un papel, lo movía a otra pila y cogía otro documento, sentándose de nuevo en su silla para leerlo. El reloj avanzaba, pero él no hizo ningún esfuerzo por responderle.

Suspiró. El hombre era imposible. “Puedes escuchar o no, eso depende de ti. Pero te diré lo que he venido a decirte”.

Pasó una página del documento que estaba leyendo, con el ceño fruncido por la concentración.

“Sólo para ti”, continuó, “te lo contaré en viñetas. En primer lugar, siento lo de anoche. La fiesta”, añadió, porque no lamentaba lo que había pasado después, aunque él sí. “Fue estúpido por mi parte”.

Parecía que el arrastrarse le había llamado la atención. Levantó la vista, con expresión inexpresiva. “Sí, así fue”.

“No volverá a ocurrir”.

“No, no lo hará”. Volvió a mirar sus papeles, sacó un bolígrafo y puso sus iniciales en una página.

Chasqueó los dientes, irritada. Esperaba la discusión de siempre, al menos alguna bronca, pero él le daba la razón.

“Pareces muy seguro de que no”, dijo.

“En efecto”.

Volvió a cruzar las piernas y sacudió el pie. “Eres un hombre de pocas palabras esta mañana”.

Le concedió otra mirada, menos vacía, ligeramente más oscura que antes, antes de que él reanudara la firma de los papeles que tenía ante sí sobre el escritorio.

“De acuerdo, como quieras. Segundo, Hani.”

Apartó sus papeles y le prestó toda su atención. “¿Qué pasa con él?”

“No debería estar solo en Boston”.

“No está solo. Su niñera está con él, así como otros tres miembros del personal a los que conoce bien”.

“Ellos no son familia. Yo sí. He hecho arreglos para viajar a los EE.UU. esta noche para estar con él “.

“Eso no es necesario”.

Se levantó de un salto y se inclinó sobre él, agarrándose al borde del escritorio. “¡Así es! ¿Cómo puedes sentarte ahí tan tranquilamente y decirme que Hani no necesita a sus padres con él?”.

“No lo estoy.”

“¿No eres qué?” Si estaba intentando confundirla, lo estaba consiguiendo.

“Hani nos necesita, por eso mi jet se está preparando mientras hablamos, para volver a Boston”.

“¿Ibas a volver sin decírmelo?”. Una fría furia llenó sus venas.

“No. Le había dicho a Jamal que te informara”. Miró su reloj. “Nos iremos esta tarde”.

“¡Yo también voy! No hay manera de que me dejes atrás...”

“Dije ‘nosotros’-“

“Y cómo pudiste hacer tal cosa está más allá de mí...”

“He dicho ‘nosotros’”, repitió.

“¡Soy su madre, por el amor de Dios! ¡Su madre! ¿Cómo has podido olvidarlo?”

“Créeme, no puedo.”

De repente, repitió sus palabras en su cabeza. Eran lo contrario de lo que esperaba. “Dijiste ‘nosotros’. Quieres decir tú y Jamal, ¿verdad?”

“Sí. Y tú”.

“¡Oh!” Ella exhaló y se alejó, tratando de ordenarlo en su cabeza. “¿Así que no estás enfadada conmigo por lo de anoche?”

“Sería como enfadarse con un niño”.

Ella rechinó los dientes. “*¡No soy* una niña, como bien sabes!”

“Ah, sí, tal vez no en el dormitorio, pero estás en posesión de una necesidad infantil de entretenimiento, de actividad constante”.

“No lo entiendes”.

Se levantó, furioso ahora. Por fin había roto esa reserva. “Lo que entiendo es que necesito controlar cualquier cosa que amenace con perturbar a mi familia o a mi reino. Tienes razón, no se repetirá lo de anoche porque voy a asegurarme de que no te apartes de mi vista. Me aseguraré de satisfacer tu necesidad de compañía y de que no caigas en la tentación de cometer más idioteces como las de anoche. Te controlaré, Ruby, así que será mejor que te acostumbres. Porque no permitiré que mi familia sea destruida por tu caos”. Cogió un teléfono. “Toma, coge esto. Jamal lo ha cargado con todo lo que necesitas saber sobre el próximo viaje”.

Obtuvo una respuesta, pero no la que esperaba. Le había dado la vuelta a la lucha de poder. Ella sacudió la cabeza. “¡Eres imposible, Amir!”

“Estoy seguro de que es verdad”.

“¡Y te odio!”

Sacudió la cabeza. “Y ahí te equivocas”. Se acercó a ella y ella contuvo la respiración mientras sus ojos recorrían su rostro antes de posarse en sus labios. Él se lamió los labios y ella sintió el eco de su necesidad en lo más profundo de su ser, en una parte de ella que se sentía muy usada desde la noche anterior. Bien usada, pero aún preparada para aquel hombre que dominaba su mente y su cuerpo. Le tendió el teléfono. Sus dedos rozaron brevemente los de él mientras lo rodeaban. Necesitó toda su fuerza de voluntad para darse la vuelta y salir de la habitación.

Mientras se alejaba, su respiración se aceleraba y su corazón latía con fuerza. ¿Y él la quería cerca? ¿Cómo demonios iba a protegerse de él si iba a estar a su lado en todo momento?

~

Era un vuelo nocturno a Estados Unidos. Ruby intentó mantenerse despierta el mayor tiempo posible, pero el zumbido del avión, junto con el de Jamal mientras hablaba de negocios con Amir, hicieron que se durmiera. La despertó un suave toque en la mejilla. Se dio la vuelta y sintió que una manta de mohair le hacía cosquillas en la barbilla. Debía de ser eso. Entonces abrió los ojos y vio que Amir se alejaba de ella. Se incorporó en el asiento. Ahora estaban solos. Los dos solos en extremos opuestos del camarote, salvo que él se había acercado y la había

cubierto con una manta. La ternura de aquel gesto le llegó al corazón.

"¡Amir!", dijo en voz baja.

Se detuvo y se dio la vuelta. "¿Sí?"

"Gracias. Por la manta".

Se encogió de hombros. "El piloto ha bajado la temperatura. Pensé que tendrías frío".

Asintió con la cabeza. El hecho de que pensara en ella la dejó atónita. "Un poco, tal vez". Pero menos ahora que había sentido su roce en la mejilla.

"Te has perdido la cena. ¿Tienes hambre?", preguntó.

Sacudió la cabeza.

"Debes comer bien".

Ah, por supuesto, mantenía su seguro caliente y bien alimentado. Eso era todo.

"Yo sí. He almorzado".

"De acuerdo." Abrió el armario de las bebidas. "¿Te apetece una copa?"

"Claro. Gracias."

"¿Todavía te gusta el brandy? Creo recordar que solías disfrutar de un buen Remy Martin".

Su mente volvió a su piso de estudiantes cuando Amir apareció con una cesta de comida, vino y buen brandy.

"Desarrollaste mi gusto por sólo lo mejor".

"Así que es mejor que sólo tenga lo mejor de todo en mi avión".

Se quitó la manta, se levantó, se estiró y se acercó a la pequeña barra. Le cogió el vaso, agitó el líquido dorado alrededor del globo de brandy e inhaló. Le lloraron los ojos, los cerró y bebió un sorbo. Se deslizó por su garganta como el fuego. Y ella necesitaba fuego, porque ¿no era con fuego con lo que se combatía el fuego?

Se apoyó en un taburete y la miró pensativo. Se sirvió un buen trago. "No eres la única que debería disculparse".

Ella le miró.

"Siento lo que pasó después de la fiesta. Fue indignante. Nunca hago cosas así. No sé qué me pasó".

"Sí, quiero".

"Entonces quizá me lo expliques".

"Siempre fue lo mismo, Amir. ¿No te acuerdas? Nunca podíamos quitarnos las manos de encima. Nada ha cambiado."

"Tienes razón. Mientras te miro ahora, te imagino despojada de tus finas ropas. Te imagino desnuda y con mi boca explorándote".

Aspiró hondo y se dio la vuelta con un improperio murmurado. "Ya no. Ya no puedo hacerlo".

"¿Por qué no? Has admitido que sientes lo mismo". Dio otro sorbo medido a su bebida. Flexionó los dedos alrededor del vaso de cristal tallado. Ella podía sentir el esfuerzo que le estaba costando ser sincero con sus sentimientos. Era como ver un camión de diez toneladas girar en U a toda velocidad. Casi podía oler la combustión. La idea la hizo sonreír, la decidió a responder a su sinceridad con la suya.

"Lo he hecho y lo hago. Pero eso es sexo. No nos llevó a ninguna parte hace cinco años y ahora hay más cosas en juego. Como Hani, como nuestro futuro".

"Ves un futuro, entonces".

"Por supuesto. No voy a huir otra vez, pase lo que pase".

Frunce el ceño. "¿Qué esperas que pase?"

Tragó saliva y miró su vaso. Aún no quería tener esta conversación. Pero, ¿cómo podrían avanzar sin ella?

"¿Qué esperas que pase?", repitió, en voz más baja.

Se mordió el labio y le miró a los ojos, que habían perdido su arrogancia habitual. Quería saber, se dio cuenta de repente.

Bebió de un trago, apreciando el fuego que bajaba por su garganta y golpeaba con fuerza su estómago. Se volvió hacia él.

"Dame algo de comer y te lo diré". Sonrió. Había almorzado poco y se privaba de comer por costumbre.

Se dirigió a la puerta.

Escuchó los murmullos, se levantó de un salto y recorrió la pequeña cabaña, observando las fotos y los costosos adornos y objetos. Cogió una foto de Amir, Mia y Hani. Hani parecía feliz, pensó, con un vuelco en las tripas. Luego miró a Mia y a Amir. Ambos posaban imperiosos para la foto.

Le quitó la fotografía, frunció el ceño y la colocó con cuidado en el aparador.

"¿Por qué frunces el ceño?", preguntó.

"Porque las cosas han cambiado tan de repente". Volvió a mirar la foto. "Las cosas eran normales entonces".

"¿Es normal que parezca que cuentas los segundos que faltan para volver a lo que estabas haciendo?".

Se encogió de hombros. "Sí. Mia y yo éramos gente ocupada".

"De acuerdo". Debió de transmitir algo de sus dudas en el tono de su voz.

Enarcó una ceja. "Era directora general de una organización benéfica para niños", dijo en un tono más frío. "Era muy eficiente y recaudó mucho dinero para la organización. Le dio un perfil internacional".

"Oh." Maldita sea, pensó. Por qué la mujer no podía haber sido una aprovechada, alguien vacuo y, bueno, no bueno.

"Era una buena mujer". Ella le miró. ¿Había leído sus pensamientos?

"Estoy segura". Mintió.

"Se casó conmigo y se hizo cargo de un niño que sabía que yo había engendrado mientras nuestras familias discutían nuestra unión".

"Unión", dijo ella. Le dedicó una breve sonrisa. "Suena a fusión empresarial".

"Sabes que eso era exactamente lo que era. Nuestros países son un negocio. Y tenemos que tratarlo como tal. Especialmente después de la repentina muerte de mi padre. Las cosas sucedieron rápidamente entonces. Tuvieron que hacerlo".

"¿Pero cómo encajaba Hani en todo esto? ¿No te criticaron los tuyos porque Mia no era la madre de Hani?".

"Realmente no lees los periódicos, ¿verdad, Ruby? Nació ocho meses después de casarnos. Un período de reclusión, una cierta cantidad de sobornos, y Hani se convirtió en mi hijo natural y en el de Mia. Y así fue como el mundo lo vio".

"Fue como lo vi. Porque te equivocas, lo comprobé. Quizá no los periódicos, pero sí Twitter y Facebook. Lo protegiste bien. Ni siquiera me di cuenta de que tenía el pelo rubio".

"Eso fue intencional".

Gruñó al ser repentinamente consciente de todo lo que se había hecho para mantenerla en la ignorancia de que su hijo estaba siendo criado como suyo y de Mia.

Sus ojos se detuvieron en Hani. "Parece feliz", reconoció.

“Lo era. Fueran cuales fueran sus defectos, era una buena madre. Le dio a Hani lo que necesitaba”.

“¿Y qué fue eso?” Ella no pudo evitar que un borde de entrar en su voz. Sabía que no era justo, que no era racional, pero las emociones eran así.

“Estabilidad”.

Ella asintió lentamente. “Estabilidad”, repitió, dedicándole una débil sonrisa. “No es una de las cosas por las que se me conoce”.

“No tienes que seguir comparándote con Mia”.

“No puedo evitarlo, porque eso es lo que estás haciendo”.

“No lo soy, sabes.”

“¿En serio?”

“No. No soy nada si no soy lógico, deberías saberlo”, dijo, sus labios se movieron con humor autocrítico. “Si Mia aportaba estabilidad, tú aportas energía y diversión”.

“Suena bastante superficial al lado de la estabilidad”.

“Habría aceptado hace un mes. Pero, después de haber visto a Hani transformarse en tu presencia, me doy cuenta de que no es superficial, es necesario. Como lo es la estabilidad. *Eso* debe continuar”.

Sacudió la cabeza. “No puedo estar estable. No puedo hacerlo”.

“¿Por qué no?”

Inspiró agudamente. “Es una larga historia”.

“Tenemos un largo vuelo.”

Ella no habló inmediatamente. Él se levantó y, por un momento, ella se preguntó si iba a marcharse sin más, olvidando la intimidad del momento y la invitación a escuchar su historia. Y de repente quiso contársela.

“¡No te vayas!”

Continuó al teléfono. Su orden fue breve y directa. Colocó el teléfono en su sitio y se volvió hacia ella con una mirada irónica. “No voy a ninguna parte. Simplemente a pedir más comida. Pensé en acompañarte”. No se acercó a ella inmediatamente. Sólo se quedó de pie mientras su mirada la recorría.

Acomodó las piernas desnudas y se retorció en los cojines.

“¿Qué pasa?”

Sacudió la cabeza, como si intentara deshacerse de una idea. Le dio la espalda y rellenó sus bebidas y sirvió un vaso de agua. Las acercó y las colocó sobre la mesa.

“Tú...” No la miró a los ojos. “Te ves tan vulnerable, de alguna manera. Sin tu armadura de ropa brillante, tacones altos y pelo y maquillaje inmaculados. No ayuda”.

“¿Ayuda?”

“Ayúdame a seguir enfadado contigo”.

“Bien. Me alegro. Si vamos a estar juntos por Hani, tenemos que librarnos de la ira”. Bebió un sorbo y le miró a los ojos, antes de apartarlos de nuevo y dejar el vaso sobre la mesa. “Creo que mi historia también puede ayudar en eso”.

“¿No estás cansado?”

“Un poco, pero tengo problemas para dormir”.

Frunció el ceño. “No solías hacerlo. Recuerdo que pasabas mucho tiempo en la cama”. Sonrió al recordarlo.

“Sí, pero durmiendo poco”. Ella se unió a su sonrisa, pero de repente sus sonrisas se congelaron mientras se clavaban la mirada el uno en el otro. Ninguno de los dos habló durante

largos segundos. Fue Ruby la primera en apartar la mirada. “De todos modos”, continuó Ruby, “te oigo pasear por la noche y hablar por teléfono. ¿Cuándo duermes?”

“No necesito dormir mucho”.

Sus ojos recorrieron su rostro, observando las sombras oscuras bajo sus ojos. “Pero pareces cansado”.

Se encogió de hombros. “Uno aprende a vivir con ello”.

“Uno aprende a vivir con muchas cosas”.

Se sentó frente a ella. “¿Y con qué has aprendido a vivir?”

Dio un largo sorbo a su bebida antes de dejarla con cuidado sobre la mesa. “Muchas cosas. Pero hay algunas cosas con las que no he aprendido a vivir”.

Volvió a sentarse. “¿Como qué?”

“Estar solo”.

Frunció el ceño. “¿Por qué?”

Se encogió de hombros y esbozó una sonrisa que no se asentó, sino que aleteó en sus labios, traicionando sus nervios. “Es complicado”.

“¿Qué no lo es?” Bebió su brandy y la contempló una vez más. “Dímelo”.

Suspiró. “Cuando estoy sola tengo miedo de...”

“¿Tú?”

“Será como mi madre”.

“¿Tu madre?” Su ceño se frunció. “No lo entiendo. Nunca me has hablado de tu madre”.

“Ella” -aspiró profundamente- “sufría de depresión. Es una palabra suave para lo que sufrió”. De repente, después de lo que parecía toda una vida sin decírselo a nadie, las palabras empezaron a salir a borbotones. “Después de tener a Hani, probé lo que ella había sufrido. No quiero otro. Así que evito estar sola y evito los hospitales. Sólo su olor me transporta directamente a aquellos días”. Sacudió la cabeza y agarró el vaso con fuerza. Sus ojos se desviaron hacia sus manos. Parecía que nada se le escapaba.

“Así que llenas tus días...”

“Y las noches...”

“Con ruido, porque tienes miedo de deprimirte si estás solo”.

Ella asintió. “Estúpido, ¿no?”

“No hay nada lógico en la enfermedad. Así que eso explicaría toda la fiesta”.

Ella asintió lentamente, mirando su bebida. “Así es”.

Antes de que ella se diera cuenta de lo que estaba haciendo, él cogió su mano y la estrechó con fuerza entre las suyas. “Nunca volverás a estar sola, Ruby. Tienes que saberlo. Después de todo, vives en un palacio. Siempre hay alguien allí. Ya no tienes por qué tener miedo”.

“Puede que no esté solo, pero tengo que venir al hospital. Pero supongo que la transfusión de sangre no me supondrá pasar la noche en el hospital. Así que debería arreglármelas con eso”.

Lentamente retiró las manos. No respondió, y a ella se le encogió el corazón.

“¿No debería?”

“Ruby, yo...”

Se estremeció. “Tengo frío”. Se levantó de un salto, no quería oír lo que a él le costaba expresar con palabras. Aquí, volando por encima del Atlántico, no estaba segura de poder hacer frente a las malas noticias. “Creo que me iré a la cama”. Se acercó a la puerta, agarró el picaporte y de repente se quedó quieta. Se volvió lentamente hacia él. “No me lo estás contando todo, ¿verdad?

Sacudió la cabeza. “No.”

“Y... ¿aún así no debería tener miedo?”. Su silencio fue una respuesta en sí misma. Ella gruñó, y salió por la puerta, hacia el dormitorio. Se apoyó contra la puerta, preguntándose en qué demonios se había metido.

Amir cerró los ojos con fuerza. Pero eso no le impidió ver sus ojos, abiertos y asustados. Y le llegaron al corazón que creía perdido.

Le había dicho que no tenía por qué tener miedo. Y lo había.

Se había dicho a sí mismo que no sentía nada por ella. Y los tenía.

CAPÍTULO 8



Se despertó y se encontró sola. A pesar de lo que había dicho Amir, no se le veía por ninguna parte en la sección privada del avión. Después de ducharse, vestirse y desayunar sola, se aventuró a buscar su despacho, cerca de la cabina del piloto, donde trabajaba con Jamal y una secretaria. Todos levantaron la vista cuando ella entró en la habitación. No parecían acogedores.

Sonrió tímidamente. “Buenos días”, se aventuró a decir.

Los dos ayudantes inclinaron la cabeza imitando pálidamente la versión de la reverencia que hicieron a su rey y a su jeque. Amir se levantó de su asiento y se encontró con su mirada.

“¿Querías algo?” Preguntó Amir.

Tragó saliva, decidida a hacer frente a las miradas severas de Amir y sus ayudantes. “Sí. Me gustaría hablar”.

“Estoy ocupado en este momento”. Miró el escritorio cargado de papeles. “Después de aterrizar podemos reunirnos si lo desea”. Suspiró, como si le molestara tener que complacer a una molestia.

“Una reunión”, repitió, una chispa de ira dándole fuerzas. “Como en un tiempo limitado durante el cual nos sentamos y hablamos”.

“Me alegro de que entiendas la definición de la palabra reunión. Ahora, como puedes ver estoy ocupado...”

“Quizás quieras que prepare una agenda”.

Reanudó el escaneo de un documento que Jamal le había puesto delante. “Una idea excelente”.

La chispa se convirtió en una llama perversa que lamió su mente y su corazón. “¿Quieres que yo también levante acta?”.

Un músculo parpadeó en su mandíbula y su rostro se puso rígido. Sus ayudantes miraban de uno a otro y evitaban cuidadosamente mirarla. Amir respiró hondo, cerró la carpeta y se la tendió a Jamal. “Por favor, déjanos cinco minutos”.

Ruby se hizo a un lado para dejar salir a los asistentes del despacho. En cuanto se cerró la puerta, se cruzó de brazos. “¿Qué está pasando, Amir?”

Indicó la obra. “¿Qué te parece, Ruby? Estoy trabajando. Y tú estás interrumpiendo mi trabajo”. Suspiró y se sentó. “Más vale que sea importante”.

Apretó los labios en un intento de reprimir lo primero que se le vino a la mente y que sabía que no la llevaría a ninguna parte. Jurar nunca lo hacía. Se acercó a la mesa, se sentó en uno de los asientos libres y se inclinó sobre los brazos cruzados para que él no pudiera evitar su mirada.

“Lo es, Amir, lo es.”

“Proceda, entonces.”

“Me dijiste que no me lo estabas contando todo. ¿Correcto?”

Parpadeó, pero por lo demás su expresión no cambió. “Correcto”, murmuró.

“Como era de esperar, me gustaría saber qué es exactamente lo que *no* me estás contando”.

“¿No crees que te lo habría dicho si lo considerara una buena idea?”.

“*Yo* juzgaré eso, gracias. Lo que sea que me estés ocultando me afecta, y afecta a mi hijo. Tengo derecho a saberlo”.

Sus ojos sondearon los de ella por un momento, antes de asentir brevemente con la cabeza.

“Vale. Tenías razón sobre la transfusión de sangre. No necesitaba tu sangre. No quería tu sangre. Podía conseguirla en otra parte”.

Ella tragó saliva. “Entonces... ¿qué te hizo cambiar de opinión?”

Se aclaró la garganta y sus temores subieron un escalón. “Sus registros del hospital mostraron...”

“¿Cómo demonios conseguiste esos?”

“Pagando a la gente adecuada”.

Ella gruñó. No lo dudaba. “Entonces, ¿qué mostraron?”

“Que tu riñón sería compatible con Hani”.

Fue como si hubiera caído un rayo y los hubiera dejado inmóviles. El ruido del avión parecía magnificarse a su alrededor. Ella tragó saliva. “¿Y por qué... sería eso de interés?”

“Hace unos meses el asesor me informó de que Hani podría necesitar un trasplante de riñón”.

Se sentó como si le hubieran dado un puñetazo. “Mi riñón. Necesitas mi riñón para un trasplante”. Hundió la cabeza entre las manos mientras en su interior cundía el pánico ante la idea de la operación y la caída en el abismo de la depresión que seguramente le seguiría.

“Pero los informes de los consultores han sido cautelosamente optimistas”, dijo.

Levantó la vista y sacudió la cabeza confundida. “¿Qué significa?”

“La última serie de resultados mostró que los nuevos fármacos están funcionando mejor de lo esperado. Si sigue así, no será necesario un trasplante. No veía el sentido de decirte algo que podría no suceder”.

El alivio estalló en su interior. “Eso es lo que se hace con un niño, no con un adulto. Deberías habérmelo contado todo. ¿Qué tal si empezamos ahora?”

Asintió con la cabeza. “Hani empezó a tomar estos nuevos medicamentos hace dos meses. Como digo, los resultados han sido muy prometedores. Volveré a hablar con el asesor hoy más tarde”.

Suspiró y sonrió brevemente a Amir. “Entonces, buenas noticias hasta ahora”.

“Sí. Lo sabremos definitivamente a finales de hoy”.

“Hay una cosa que no entiendo”.

“¿Sí?”

“Si sabías que el tratamiento iba bien, ¿para qué me necesitabas?”.

“Seguro”.

La fría palabra clínica escuece.

“Por supuesto. Yo era simplemente un seguro contra el deterioro de Hani. O más bien mi riñón lo era, porque no era a mí a quien querías, ¿verdad?”.

“¡Ruby, diste a nuestro hijo en adopción! No, no quería a alguien que pudiera hacer eso. ¡Y no, no quería a mi hijo cerca de una madre que pudiera hacer eso!”

Se levantó y la sangre desapareció de su cuerpo. Los ojos se le llenaron de estrellas y se agarró al respaldo de la silla, preguntándose si iba a desmayarse. Luego pasó el momento y se

apartó.

"Nunca me vas a perdonar, ¿verdad?"

Entrecerró los ojos, como sorprendido por su pregunta. "¿Acaso importa?"

"Para mí, sí. Y no has respondido a mi pregunta. ¿Vas a perdonarme alguna vez?"

En la pausa que siguió, sintió como si su felicidad futura dependiera de ello.

"Ojalá pudiera". Su tono era sombrío, su expresión más sombría.

Salió del camarote sin mirar atrás y volvió a sentarse junto a la ventanilla. Miró por encima de las nubes y el cielo azul el mar agitado que se extendía muy por debajo. Ya se lo había explicado todo. No podía hacer nada más que aceptar el hecho de que siempre habría una barrera entre ellos.

Pronto llegarían a Boston, y Hani. Puede que no tuviera ningún futuro afectivo con Amir, pero pronto vería a su hijo. Pero mientras lo visualizaba, la imagen se fragmentó al darse cuenta de repente de que, si sus riñones ya no eran necesarios, ella tampoco lo era.



Ruby había olvidado cómo era el otoño en Massachusetts. Tonos anaranjados, rojizos y rojizos, cielos azules y un aire fresco que hacía mucho tiempo que no sentía. Tenía mucho que agradecer, se recordó a sí misma. El hecho de que el pronóstico de Hani fuera mejor que nunca y el hecho de que ella estuviera en su vida. Al menos por ahora.

Tenía mucho que agradecer, se repitió mientras miraba a Amir, sentado a su lado en la parte trasera de la limusina, con el teléfono pegado a la oreja, hablando un momento en árabe y al siguiente en inglés. No había parado desde que subió al coche. Una llamada tras otra, mientras seguía ocupándose de gobernar un país que nunca dormía.

Ruby volvió a mirar por la ventana. Amir apenas la había mirado desde que salieron del aeropuerto. Era como si se hubiera apagado, como si hubiera dado la espalda a su intimidad anterior, como si nunca hubiera sucedido. Tal vez deseaba que no hubiera sucedido.

Siguió ladrando órdenes en árabe mientras el coche se detenía frente a la dirección de Beacon Hill que había alquilado durante el tratamiento de Hani. Ruby sólo había paseado por la zona, empapándose de su encanto victoriano, sus adoquines, sus exteriores de ladrillo y sus farolas anticuadas, pero nunca había entrado en una de las casas. Su gente no formaba parte de la riqueza establecida de una zona como Beacon Hill, que tenía los inmuebles más caros de Boston. Ella siempre había frecuentado los apartamentos tipo loft de los almacenes del centro, los estudios fotográficos y los restaurantes y clubes nocturnos de la misma zona. Esto, pensó al salir del coche y mirar el exterior de la casa, era otra cosa.

La casa tenía el típico exterior de ladrillo rojo y un tramo de escalones poco profundos hasta la puerta principal, de color rojo intenso y protegida por una columna. Levantó la vista y vio el rostro de Hani pegado a una ventana del piso superior. Su corazón se detuvo ante su palidez.

Sintió una mano en la espalda. Amir guardó su teléfono en el bolsillo. "El asesor dice que está bien y que no nos preocupemos por su palidez", dijo.

Se relamió y saludó a Hani, agradecida y sorprendida por el perspicaz comentario de Amir. "¿Cuándo recibirás los resultados definitivos del asesor?", preguntó, con los ojos fijos en el joven, cuya sonrisa le partió la cara, antes de salir por la ventana.

"Al final del día. Todo debería estar claro entonces".

Parpadeó ligeramente y se mordió el labio. Deseaba de todo corazón que Hani estuviera bien, que tuviera una vida larga y feliz. Pero si así fuera, la viviría lejos de ella. Porque conocía a Amir

lo suficiente como para saber que no viviría voluntariamente con alguien a quien no pudiera perdonar por haberle traicionado a él y a su hijo. Y ella no podía culparlo, porque no podía perdonarse a sí misma.

Podrían estar casados, pero sólo había sido una ceremonia cívica privada. Al parecer, la noticia se mantenía en secreto. Ella sabía que era tradicional en su país que la ceremonia cívica precediera a la coronación pública en la que presentaba formalmente a su nueva reina a su país. Pero, por lo general, transcurrían pocos días, no semanas, entre ambas. Ella no había preguntado cuándo ocurriría y ahora sospechaba que tal vez nunca ocurriera. Sería mucho más fácil anular la ceremonia cívica privada o divorciarse y fingir que nunca había ocurrido.

De repente, la puerta principal de la casa se abrió de golpe y Hani bajó corriendo los escalones y se echó en brazos de Amir. Amir no lo balanceó con facilidad, sino que absorbió con cuidado la energía de Hani y lo levantó en alto, para luego acercarlo a él en un cálido abrazo.

Ruby nunca había visto a Amir dar un abrazo tan envolvente, estrechándolo contra su cuerpo por un momento mientras cerraba los ojos. Le calentó el corazón, pero también le entristeció no poder ser parte de ello.

Amir lo dejó en el suelo y Hani se volvió hacia Ruby y la abrazó por la cintura. No tenía la pasión del abrazo de Amir, pero era cálido y eso le bastaba. Se agachó y le apartó el pelo de la cara.

“¡Hani! Me alegro de verte”, dijo.

“¡Yo también me alegro de verte, Ruby!”. Hani miró de Ruby a su padre. Después de que Amir sonriera y asintiera, les cogió la mano a los dos. “Venid y os enseñaré mi cuarto de juegos. Fui de compras y compramos juguetes muy chulos. Y Baba ha dicho que si no estoy muy cansado podemos hacer una excursión familiar al parque”.

Ruby enarcó una ceja al ver a Amir y le lanzó una breve mirada de soslayo, de la que se recuperó rápidamente.

“Sí”, dijo Amir con una lenta sonrisa, que resultó contagiosa, ya que primero sonrió Hani, luego Ruby, y las sonrisas se convirtieron en carcajadas. Las dudas que Ruby tenía sobre su futuro con ellos dos se disiparon. Tenía *el ahora*. Estaba acostumbrada a disfrutar del *ahora*. Podía hacerlo.

Mientras Ruby se acomodaba en uno de los cómodos sofás de cuero del salón de diseño y observaba cómo Hani le enseñaba a Amir sus nuevos juguetes, no pudo evitar la sensación de que no eran tanto los juguetes como el hecho de que aquel lugar no fuera un palacio, sino un verdadero hogar, lo que había encantado tanto a Hani y le había hecho parecer más relajado.

La casa, aunque convencional por fuera, por dentro era una mezcla de modernidad -con sus discretas oficinas y su centro de comunicaciones de última generación- y tradición, construida pensando en una familia.

Los tres, Amir, Hani y Ruby, se quedaron solos el resto de la mañana, jugando y charlando, mientras Ruby preparaba la comida y rechazaba la ayuda del personal de Amir. Por una vez, quería que estuvieran solos. Puede que fuera un pretexto, pensó, pero se sentía bien.

Después de comer, mientras Hani descansaba, Amir volvió al trabajo y Ruby quedó libre para pasear por la casa. Se puso un jersey holgado y salió al jardín. Hacía fresco, pero aún no hacía frío. Este año, el invierno llegaba lentamente a la costa oriental.

Al estar en una zona tan histórica, el jardín era pequeño y estaba rodeado de muros de ladrillo, uno de los cuales era una pared viva de musgo. Los demás estaban cubiertos de hiedra o de abedules, cuyas hojas daban un toque de color al verde eterno de la hiedra y los viejos muros de ladrillo. Bajo el dosel de hojas había una franja de césped con macetas de gran tamaño que

contenían flores tardías, así como juegos de agua en ambos extremos, que recordaban a la piscina y los patios del palacio. Ruby se preguntó si era eso lo que había hecho que Amir alquilara la casa.

Se sentó en uno de los asientos de hierro forjado, espolvoreado con hojas, y contempló el edificio. Las ventanas de cristal oscuro añadían un toque moderno a la casa tradicional. Suspiró y dio un sorbo al café que se había traído. Aquel lugar estaba a un millón de kilómetros de su vida en Italia, o de la vida que Amir y Hani llevaban en Janub Havilah. Era una vida con la que nunca se había atrevido a soñar. Una vida con una familia. Una vida *de verdad*. Se había criado fuera de esa vida, mirando hacia dentro. Siempre había sido la última de su grupo de amigos en querer volver a casa porque era entonces cuando empezaban los problemas para ella. Entonces dejó de ser una niña y tuvo que ocuparse de su madre. Había querido a su madre y había hecho todo lo posible por ella, pero la idea de su antigua vida en las afueras de un aislado pueblo inglés, no dejaba de crear un escalofrío en su alma.

Apuró la taza y se levantó, sin gustarle el rumbo que tomaban sus pensamientos. Se tomaría las cosas momento a momento, viviendo el presente, como siempre había hecho. Tal vez así la abandonaría esa sensación de temor que se agolpaba en su subconsciente, burlándose de ella, dándole asco que se abalanzara sobre ella. Miró el reloj. Era hora de irse. Tenía que asistir a una excursión familiar.

~

Los jardines públicos de Boston -tan victorianos como Beacon Hill-, al otro lado del Common, estaban gloriosos en aquella época del año. Aparte de los brillantes tonos otoñales de los árboles y arbustos, las rosas y otras flores de floración tardía contribuían a la vívida paleta de colores, como si subrayaran la felicidad de Ruby.

"¿Qué quieres hacer primero, Hani?", preguntó Ruby.

Hani sonrió a Ruby. "Los barcos cisne. Pero sólo si Baba lo permite". Su rostro feliz se nubló de pronto de duda al mirar a su padre.

Ruby tuvo que reprimir una carcajada ante la expresión de Amir. El gran jeque y rey de Havilah montado en un bote con cisnes en la laguna no encajaba del todo. Decidió darle un respiro.

"¿Qué tal si tú y yo montamos en el barco cisne. Así tu Baba puede hacernos unas fotos".

"¡Sí!" Hani dio un respingo al responder. "Sí, si eso está bien con Baba?"

Amir lanzó a Ruby una mirada de agradecimiento. "Por supuesto. Buena idea".

Menos mal que Ruby tenía algo de dinero para comprar los viajes. Parecía que a Amir se le había vuelto a olvidar, y Ruby no quería que sus guardias de seguridad, a los que había acordado mantener a distancia, se presentaran y estropearan la ilusión de familia.

Mientras el conductor pedaleaba para adentrar la barca en la laguna, Ruby miró a Amir, que estaba sentado en un banco observándoles. Sus guardias de seguridad eran fáciles de distinguir desde el agua, dispersos por todo el parque; su presencia corpulenta, su mirada vigilante y sus murmullos por la boca denotaban fácilmente su ocupación. A cualquier otra persona le habría resultado molesto, pensó, mientras miraba a Hani, cuya sonrisa no se apartaba de su rostro, pero para ella era una presencia tranquilizadora, una barrera contra sus temores.

Hani empezó a charlar con más facilidad mientras el barco avanzaba lentamente por el centro de la laguna principal. La pasarela estaba abarrotada de gente mirando. Hani los saludó con la mano y Ruby se le unió. Luego se volvió y saludó a Amir, que ahora caminaba por la pasarela,

manteniéndose a su altura. De vez en cuando, Amir se detenía y les sacaba fotos con su teléfono, antes de volver a guardárselo en el bolsillo y continuar por el sendero.

En un momento dado, un pato graznó al pasar volando junto a ellos, lo que hizo que Hani diera un respingo y ambos se echaran a reír. Se volvió y vio a Amir mirando el móvil con una sonrisa. Seguramente acababa de hacer una foto y estaba estudiando su teléfono. Estaba enmarcado por un sauce llorón y el brillante carmesí de un arce japonés a sus espaldas. A un lado, una lámpara tradicional. Pero no era el entorno, por perfecto que fuera, sino su expresión. Nunca le había visto en un momento tan desprevenido. Rápidamente se acercó la cámara a los ojos -sus años en el mundo del modelaje le habían creado un interés por la fotografía que la cámara de un teléfono no satisfacía-, hizo zoom y pulsó el disparador, antes de volver a centrar su atención en Hani.

Sin pedir permiso, Hani pasó su mano por la de ella cuando bajaron del barco y fueron recibidos por Amir.

Caminaron por el puente colgante, con sus grandes columnas coronadas por globos de luz, y por un sendero serpenteante, de vuelta a Beacon Street. Las torres de la ciudad se elevaban por encima de los árboles.

Llegaron a una esquina donde unos niños trepaban por unas estatuas de patitos. Hani corrió a hacer lo mismo. A lo largo del camino de ladrillos había pequeñas estatuas de patos con sombreros de vivos colores. La madre, la señora Mallard, guiaba a sus ocho patitos, y Hani se subió encima de ella, después de que otro niño saltara.

Ruby no necesitó invitación para unirse a él y, con las cabezas juntas, posaron para otra foto.

Amir bajó lentamente la cámara, pero su mirada se apartó de Hani -que ya estaba bajando de la estatua para echar un vistazo a los patitos- y permaneció fija en Ruby.

Ruby sintió que se le escapaba una sonrisa mientras volvía al lado de Amir.

“Pareces serio”, dijo, con una breve sonrisa.

“Me has acusado de ir *siempre* en serio”.

Respondió a la ligera mueca de Amir con la suya propia. “Me reservo el derecho de enmendar mi acusación”.

“Ahora suenas serio”.

Se encogió de hombros. “Puedo serlo, ya sabes”.

La rodeó con el brazo. “No lo hice, pero lo estoy haciendo.”

Respiró entrecortadamente, sintiendo la tensión sexual que fluía desde él hasta lo más profundo de su ser. La distancia que había existido entre ellos en el avión y en el trayecto en coche hasta la casa había desaparecido ahora. En algún momento de la tarde -ya fuera en la casa durante el almuerzo o en el parque-, la desaprobación de Amir hacia ella se había olvidado. Olvidado, se recordó a sí misma, *temporalmente* olvidado. Volvería, lo sabía. Pero por el momento, su brazo la rodeaba y era todo lo que podía hacer para no tocarlo, y sospechaba, por la mirada de él, que él sentía lo mismo.

“Creo”, dijo, “que es hora de que volvamos”. Sus palabras fueron como una caricia. Miró a Hani, que charlaba tranquilamente con otro niño junto a las estatuas de patitos. “No debe exagerar”.

A Ruby la educaron bien. ¿En qué estaba pensando? Sólo estaba siendo cuidadoso con Hani. No tenía intención de volver a su intimidad anterior.

Denegado el breve intento de Hani de quedarse allí con una breve orden de su padre, regresaron a la casa. Estaban más callados que cuando habían partido. Hani, porque estaba cansado, pero ¿Amir? Ruby no tenía la menor idea de lo que Amir estaba pensando. Pero

sospechaba que pronto lo averiguaría.

~

Era tarde cuando Amir colgó el teléfono del asesor y descubrió, para su horror, que estaba llorando. Se levantó de un salto y se secó las lágrimas con violencia. No había llorado desde que era niño. Se había visto obligado a endurecerse y no recordaba nada que le hubiera afectado tan profundamente como el amor por su hija. Su amor por Ruby había sido sellado en un ataúd de plomo, cauterizado por su ira hacia una mujer con tan pocos escrúpulos, moral o sentimientos. Pero ahora, de pie, parpadeando junto a la ventana, sin ver el resplandor de colores en el parque de enfrente, ni a los transeúntes que contemplaban boquiabiertos las mansiones victorianas, sintió que algo cambiaba en su interior.

No debería haberlo hecho, él lo sabía. Nada había cambiado con respecto a lo que ella les había hecho a él y a Hani hacía tantos años. Pero parecía que su corazón no lo sabía. Las compuertas de sus emociones se habían abierto de par en par y se encontró lleno de sentimientos que durante años había negado.

La llamada había llegado más tarde de lo que esperaba, y Ruby y él se habían pasado la tarde evitándose la mirada, saltando al oír el teléfono y confundiendo a Hani con su falta de atención.

La asesora siempre se había mostrado cauta, lo cual era aún más revelador ahora que le había comunicado a Amir los últimos resultados del nuevo fármaco que le habían administrado a Hani. No se había dado cuenta del estrés que llevaba encima hasta que la asesora pronunció aquellas palabras: “Está curado”. Amir tragó saliva y se pasó los dedos por el pelo.

Hani ya estaba en la cama y la casa estaba en silencio. Así que sólo tenía una cosa en la cabeza. Ruby. Dejó el despacho y la pila de papeles que debía atender, los correos electrónicos que debía responder y las llamadas telefónicas que aún no había devuelto. Podían esperar. Tenía que encontrar a Ruby.

No tardó mucho. Estaba en el sofá viendo una tontería en la televisión. Las gruesas cortinas estaban cerradas en la noche oscura y su pelo brillaba contra el sofá de cuero negro.

“Ruby”, dijo, mientras cerraba la puerta tras ellos. Pero ella no hizo ningún movimiento.

Se acercó al sofá y la encontró acurrucada, con los ojos cerrados, profundamente dormida y la cámara en el regazo. Se sentó a su lado y le quitó la cámara del regazo para que estuviera más cómoda. Sus ojos se abrieron al instante.

“¡Amir!” dijo, empujándose hacia arriba.

Ella se apartó el pelo de los ojos y él deseó que lo hubieran hecho sus manos. Parecía que lo que más deseaba era tocar sus suaves mejillas. La deseaba.

“No pretendía despertarte”, dijo, sabiendo que no era estrictamente cierto.

“No pasa nada. Probablemente sea un poco de jet lag”. Ella miró la cámara y luego volvió a mirarlo a él. Ella la cogió y él se la devolvió de mala gana.

“¿Mirando algo en particular?”

Jugueteó con la cámara y dudó. “Sí”.

“¿Cómo qué?”

Ella levantó la vista y a él se le apretó el estómago de deseo. Sus ojos azules eran más oscuros a la luz tenue, como charcos de agua en los que él quisiera sumergirse. Tragó saliva.

“Como tú”. Ella acercó la cámara para que él pudiera ver. Y vio, pero no reconoció la cara del hombre que ella había capturado. Ese hombre estaba mirando atentamente algo. Fuera lo que fuese lo que estaba mirando, había abierto suavemente los labios y suavizado las pequeñas líneas

alrededor de los ojos. También había una luz en los ojos. Era él. “Y no pude evitar preguntarme”, continuó ella, “qué era lo *que estabas mirando*”.

Sabía exactamente lo que estaba mirando. “A ti”, dijo simplemente.

Ladeó la cabeza, interrogante.

Todo lo que necesitó fue acercarse a ella y hacer lo que había querido hacer mientras miraba la foto de ella, y dibujar con el dedo el costado de su cara, sintiendo las sedosas ondulaciones del ojo, el pómulo y la mandíbula antes de subir y tocar sus labios.

“Tú”, repitió. Antes de que ella pudiera abrir esos hermosos labios para hablar, él se inclinó y la besó. Fue un beso suave, pero ella jadeó y él se apartó. Inspiró profundamente para tranquilizarse. “Lo siento, yo...”

“¡No!”, dijo ella.

“No, no lo volveré a hacer. Es sólo que estabas...” Se interrumpió y se encogió de hombros.

“No”, negó con la cabeza, con los ojos encendidos. “¡No! Lo has entendido mal. Quiero decir que no pares”.

Sonrió ante su necesidad, porque era como la suya. “Pero debo hacerlo. Tengo algo que contarte. Sobre Hani. El consultor sólo tiene buenas noticias para mí. Los medicamentos están funcionando. No debería necesitar otro tratamiento”.

Cerró los ojos y se dejó caer de espaldas contra el sofá, parpadeando hacia la rosa del techo, con la mirada perdida, mientras tragaba saliva. Luego volvió a mirarle bruscamente. “¿Estás seguro?”

“Tan seguros como podemos estar. Así que nada de tratamiento invasivo para Hani... ni para ti”.

Vio cómo se le escapaba una lágrima. Ella los cerró y se pellizcó el puente de la nariz con los dedos. Él la rodeó con el brazo y ella volvió la cara hacia él, pero no para hablar. Su boca buscó la suya con una intensidad que él comprendió. El alivio ante Hani, las corrientes subterráneas de su lujuria, culminaron en una pasión difícil de negar, pero no imposible.

Se apartó “Por mucho que te desee, quiero hablar más contigo. Esto lo cambia todo”.

Jugueteó con los dedos un momento antes de mirarle, con una expresión inusualmente dolida. Normalmente le ocultaba este tipo de reacciones. Parecía que la inesperada noticia de la recuperación de Hani los había dejado a los dos por los suelos.

Al dolor siguió la incredulidad, seguida rápidamente por un destello de dolor, peor que el dolor. “Dime, Amir, directamente, ¿qué cambia esto exactamente?”

CAPÍTULO 9



Ruby lo vio cruzar a grandes zancadas hacia la ventana, mirar hacia la nada, con las cejas fruncidas, y luego volver a dar zancadas. Fuera lo que fuese lo que había cambiado, le costaba encontrar palabras para expresarlo.

Su corazón se hundió un poco más. No creía que su corazón pudiera caer más bajo, pero entonces él se volvió hacia ella y su mirada lo dijo todo. No había querido casarse con ella cinco años antes, no había querido casarse con ella cuando volvió a su vida, y desde luego no tenía ninguna razón para seguir casado con ella ahora. Su futuro con Hani se le acababa de escapar de las manos.

Se levantó de un salto, se pasó los dedos por el pelo y se apartó de él. No podía soportar oír sus palabras definitivas, que ponían fin a la vida en la que había empezado a creer.

Cogió el teléfono de la mesa. "Es tarde. Quizá deberíamos posponer la charla". Respiró hondo y se encaró con él, intentando concentrarse al máximo, decidida a transmitirle el mensaje. La verdad. "Hani está bien y ése es el mejor regalo que se nos puede hacer". Se encogió de hombros torpemente. "Todo lo que venga después se puede gestionar". Hizo una pausa, esperando que él la detuviera, que dijera algo, lo que fuera, para romper la cadena de pensamientos que su silencio había creado.

Se limitó a asentir.

"Entonces me iré a la cama. Podemos hablar por la mañana... si quieres". Se dirigió a la puerta, con la rabia creciendo en su interior por el hecho de que, después de todo lo que habían compartido en las últimas semanas, él le diera la espalda, a ella, a su futuro juntos.

Agarró la manilla de la puerta y dudó. Aún no había dicho nada. El único ruido era el viento en los árboles y el golpeteo de las ramas contra una ventana, como si alguien quisiera entrar. Fuera pasaban coches y se oían gritos de risa procedentes del parque.

"Nunca me perdonarás, ¿verdad, Amir?", dijo entre dientes apretados.

"¿Perdonarte?"

Con la mano aún apretada alrededor del picaporte, se volvió hacia él, con la ira, la frustración y el rechazo a flor de piel. "No puedes perdonar que haya renunciado a nuestro hijo".

"No, no puedo."

Giró la cabeza hacia atrás para mirar hacia la puerta. "Entonces, hay poco más que decir". Giró el picaporte, pero antes de que pudiera abrirla, él cruzó la habitación y puso una mano sobre la suya.

Le miró a los ojos oscuros e ilegibles. Intentó apartarse, pero él siguió sujetándola.

"¿Adónde vas?"

Intentó esbozar una sonrisa. "A la cama. A dormir", añadió, por si le quedaba alguna duda.

Asintió con la cabeza. “No puedo evitarlo, Ruby. No puedo evitar ser incapaz de perdonarte. Es lo que siento”.

“Y así es como me siento. Te conté lo que pasó, esperaba que lo entendieras pero no parece que lo hagas”.

“Es...” Dudó. “Complicado.”

Se sintió engañada por la palabra fácil. “No es fácil, eso seguro”. Intentó girar de nuevo el pomo de la puerta, repentinamente ansiosa por alejarse de él. Porque cuando estaba con él, sentía cómo la veía y empezaba a verse a sí misma bajo la misma luz. La clase de mujer que regalaría a su hijo. Sabía que estaba deprimida, sabía que su supuesta amiga la había alentado a hacerlo. En ese momento pensó que su amiga estaba tratando de cuidarla. Pero resultó que la única persona por la que había velado era ella misma al confesárselo todo a Amir a cambio de dinero. Conocía todas esas circunstancias atenuantes, pero lo esencial era que había renunciado a su hijo y Amir nunca la perdonaría.

Intentó de nuevo girar la manivela, pero el agarre de él se hizo más fuerte.

“Por favor, escúchame”, dijo.

Sacudió la cabeza. “No tiene sentido. No puedo escucharte decirme lo terrible que soy, una y otra vez”. Se tragó las lágrimas. “No puedo más”.

Sintió su aliento en la mejilla cuando se inclinó hacia ella y la rodeó con el brazo. “Te equivocas”.

Soltó una carcajada. “Claro que sí. Soy una madre terrible y siempre me equivoco”. Le lanzó una mirada de reojo. “Así que déjame ir”.

“No antes de que me escuches”. Soltó su mano de la de ella y se alejó. “Te pido disculpas. Estoy acostumbrado a salirme con la mía. Por favor, Ruby, quédate, toma una copa, mientras intento explicarte algo”.

Cerró los ojos unos segundos. ¿Podría sentarse tranquilamente y beber un trago mientras él le decía que ya no había necesidad ni deseo de que ella siguiera en su vida ni en la de Hani?

“Por favor”, repitió, con esa voz grave y seductora que le producía un cosquilleo en la piel y le hacía flaquear las piernas. Maldita sea.

“Sólo un trago, entonces.”

Hubo algo en su suspiro que le hizo darse cuenta de que no estaba tan seguro como parecía. Se sentó en el sofá, con la mesa entre ella y él, y se cruzó de brazos a la defensiva. Vio cómo él se acercaba al aparador y servía dos copas. Puso hielo en los whiskys y vaciló mientras hacía girar los tintineantes cubitos alrededor del vaso. El cristal tallado brillaba bajo la luz lateral. Cuando él se volvió, ella apartó inmediatamente la mirada, incapaz de encontrarse con aquellos ojos oscuros que tanto le ocultaban.

Le dio la bebida y ella bebió un sorbo mientras él se sentaba en una silla frente a ella, como si fueran extraños. Extraños íntimos.

“Te debo una explicación”, dijo. “Puede que sigas enfadada porque no puedo perdonarte, pero la explicación puede ayudarte a entenderme”.

Ella asintió y dio otro sorbo nervioso a su whisky, incapaz de imaginar lo que él estaba a punto de decirle. “Vale. Te escucho”.

Levantó la vista como buscando inspiración, como inseguro, y suspiró antes de volver a clavar su mirada en la de ella. “No le he dicho a nadie lo que voy a decirte”.

Inclinó la cabeza hacia un lado. “Bueno. Bueno, espero que me conozcas lo suficiente para saber que no lo repetiré”.

“Lo sé *y* confío en ello”.

No le gustaba que su confianza en ella fuera tan limitada. “Bueno, supongo que eso es algo.”

“Lo es, créeme. Mira, es difícil, lo que voy a decir. No he hablado de ello con nadie”.

“¿No a Mia?”

“No, ni siquiera Mia.”

“¿Pero lo harás conmigo? ¿Por qué?”

“Porque te debo una explicación. Te oculté a Hani cuando sabía que lo estabas buscando. Y lo lamento, y quiero que sepas por qué”.

El recuerdo de aquellos años persiguiendo abogados, pistas falsas, rastros que se enfriaban y acababan con ella perdida entre la multitud, mientras intentaba ahogar sus penas en compañía, la invadió, dejándole los mismos sentimientos de desolación y resentimiento. “Bien, porque me gustaría saber por qué”.

“Odié que adoptaras a Hani. Lo odiaba”. La vehemencia y el sentimiento perduraron en el aire. Ella casi retrocedió bajo la pasión del sentimiento.

“A mí tampoco me gustó mucho. Pero, como ya he explicado, no estaba en mis cabales en aquel momento. Y no ha habido un momento en el que no me haya arrepentido después. Tienes que creerlo”.

“Yo sí. Pero algunos odios -como el de la adopción- van más allá del pensamiento racional. Algunos sentimientos nunca pueden abordarse, están tan arraigados”.

“¿Quieres decir que naciste con un odio arraigado hacia la adopción?” No tenía ni idea de a dónde quería llegar. “¿En serio?”

“Algo así”.

“Dime cómo es *exactamente*”. El corazón le latía con fuerza. Necesitaba comprender a aquel hombre inexplicable al que amaba pero del que seguía sintiéndose distante.

“Poca gente lo sabe”.

“Me gustaría ser una de esas personas”.

Dudó, buscando en su rostro una respuesta para la que ni siquiera conocía la pregunta. “Mi madre estaba embarazada cuando descubrió que mi padre tenía preferencia por un burdel en particular”.

Ruby se sentó en su silla, sorprendida. “¿Qué? Pero, tu padre era, era tan... Bueno, claro, yo no le conocía, pero su reputación era...”. Se interrumpió, mientras intentaba recordar la impresión que le había causado la prensa, que de memoria era totalmente respetable.

“La de un hombre para quien la familia era lo primero. Y lo era. Excepto que su definición de familia era obviamente más amplia de lo que mi madre había conocido”.

“¿Y qué pasó? ¿Tu padre dejó de ir al burdel? ¿Naciste tú y luego todos acabaron felices para siempre?”.

Cogió con cuidado el whisky, lo agitó en el vaso y lo dejó sobre la mesa sin beber. “No exactamente. Mi padre continuó con sus visitas al burdel y mi madre decidió seguirle un día. Lo encontró con una hermosa mujer, una prostituta. Y descubrió que la mujer estaba embarazada. Mi padre afirmó que era su hijo”.

“¡Jesús! Eso debe haber devastado a tu madre”.

“Así fue. Mi madre perdió al bebé”.

“¿Qué? Pero...”

“Mi madre abortó a su hijo”.

“Entonces... ¿Se quedó embarazada de ti más tarde?”

“No. No pudo tener más hijos. Pero la amante de mi padre dio a luz a un niño. Para entonces mi padre estaba tan consumido por la culpa por lo que le había pasado a mi madre que había

rechazado a su amante. Estaba arrepentido. Juró a mi madre que no volvería a ocurrir. Pero se enfrentaban a un futuro sin hijos y mi madre sabía que mi padre quería un hijo, que el país lo necesitaba. Así que fue a ver a la amante de mi padre y llegaron a un acuerdo. Dinero por un bebé. ¿Te suena?"

La voz de Amir se había vuelto tan amarga como la bilis. Ruby podía sentir la sangre correr por su cara. "Y tú eres ese chico", susurró, con una voz que parecía de grava. "Fuiste adoptado, igual que Hani".

"No. No como Hani. Mi padre simplemente tomó la custodia. Para todo el mundo, soy el hijo natural de mi padre y mi madre".

"Pero a ti", dijo sombríamente, "siempre te rechazó tu madre biológica".

Asintió con la cabeza. "Tenía diecinueve años cuando mi padre me dijo que era adoptado. Mi madre estuvo enferma los últimos años de su vida y no era ella misma. Me dijo que yo no era su hijo. Mi padre no tuvo más remedio que explicármelo".

"¿Y cuál fue su reacción?"

"De nuevo, complicado. Odié a mi padre durante un tiempo y me descarrilé durante unos años".

"Los años en que me conociste".

Asintió con la cabeza.

Tragó saliva. Tenía que saber la respuesta a una pregunta que nunca había tenido la oportunidad de formular.

"Si tanto le odiabas, ¿por qué aceptaste casarte con alguien a quien no amabas?".

"Deber. En última instancia, era mi padre y cualesquiera que fueran mis sentimientos, tenía un deber para con él".

Ruby negó con la cabeza, apenas capaz de asimilar lo que Amir le decía.

"Un deber para con el hombre que, de no haber sido por tu madre, te habría dejado marchar".

"Pero no lo hizo. Fue mi madre biológica quien me dejó ir, quien me vendió".

"Cierto", dijo suavemente. "Como tú creías que lo había hecho. Pero tú me dejaste ir primero, Amir. Me dijiste que no me amabas y te fuiste".

Asintió una vez, se recostó en la silla y cerró los ojos brevemente, antes de continuar.

"Mi padre quería que me casara con Mia por razones familiares y de país. No quería que cometiera los mismos errores que él. Les debía la vida a mis padres y tenía una responsabilidad y un deber para con ellos que juré no eludir jamás. Mi familia y mi país me lo exigían. Sin el matrimonio, habría habido problemas, problemas entre clanes enfrentados, divisiones seculares que habrían continuado. Les debía a todos lo que se me exigía".

"¿Por qué no me lo dijiste?"

"Pensé que sería más fácil para ti si mentía".

Gruñó una risa burlona. "El hombre del honor y el deber, mintiendo."

"Hice lo que creí mejor. No tuve elección, Ruby, debes entenderlo".

"Todos tenemos opciones. Tú antepusiste el deber al amor..." Se interrumpió. "Al menos eso creo. Al principio me dijiste que me querías y yo te creí. ¿Me equivoqué al hacerlo? Y luego, cuando rompiste y dijiste que no me querías, no te creí. ¿Me equivoqué también entonces?"

El silencio pesaba mucho.

"Hiciste mal en no contarme lo de tu embarazo", dijo al fin.

Su falta de respuesta directa fue reveladora. "¿Por qué? Te habías ido de mi vida. ¿Por qué iba a querer que tuvieras algo que ver con mi bebé, cuando tú no querías tener nada que ver conmigo?".

“Era mi deber cuidar de un niño que engendré”.

“Pero no tu deber de cuidar a una mujer a la que habías dicho que amabas”. No pudo evitar que un tono amargo entrara en su voz. “Y así la historia se repitió. De tal palo, tal astilla”.

Las ramas del árbol que había fuera golpeaban contra la ventana, impulsadas por una ráfaga de viento, como si trataran de reprenderla, igual que Amir la reprendía, y siempre lo haría. Giró la cabeza para mirar por una ventana lateral sin cortinas. Apenas podía ver las primeras estrellas que surcaban el cielo añil.

“Sí”, dijo Amir. “Sentí que había defraudado a todo el mundo”.

“Tu familia, querrás decir.”

“Mi familia y, sobre todo, tú. Cuando te dije que no podríamos volver a vernos, dije cosas que no eran verdad. Fue duro pero creí que te resultaría más fácil si creías que no te quería. Así que te lo dije”.

¿”Más fácil”? Tal vez en cierto modo. En que sabía que no podía acudir a ti. No tenía opciones. Si no tener opciones es más fácil, entonces, sí, lo fue. Pero estaba embarazada y sola. Estaba aterrorizada y me hundí a una profundidad que no había imaginado que podría hundirme”.

“Lo siento. Hice lo que creí mejor”.

“Ambos lo hicimos. Pero no resultó un éxito espectacular, ¿verdad?”.

Se levantó. “Vamos. Es hora de ir a la cama”.

Ella lo miró, con la silueta oscura contra la lámpara que él había encendido en la oscuridad, y no se movió. A pesar de la conmoción que le habían causado las revelaciones, había compartido con Amir una intimidad que nunca antes había tenido. Aquí, en el salón informal, no había ningún edificio imponente, ningún artefacto de valor incalculable rodeándolos, nada que se interpusiera entre ellos. Incluso el pasado parecía haber sido mágicamente despojado de su veneno al hablar de él. Ella podía sentir que él sentía lo mismo. La formalidad de sus movimientos había desaparecido, revelándose en el gesto de su mano que se extendía hacia ella. En aquel momento era el verdadero Amir, el joven que había conocido cuando ambos eran despreocupados y estaban enamorados. Sabía que se retiraría en algún momento, pero por ahora estaba aquí, con ella en algo más que el cuerpo.

Se levantó sobre las puntas de los pies, le puso las manos a ambos lados de las mejillas y lo besó suavemente en la boca. Suspiró y volvió a ponerse de pie. Él la miró, con el blanco de los ojos brillando como en otro mundo en la oscuridad.

“Ruby...” Su nombre susurrado sonó como un suspiro.

Ella volvió a mirar a los ojos de él y separó los suyos instintivamente. Él acercó sus labios a los de ella y apenas se tocaron antes de apartarse.

“Gracias por decírmelo, Amir. Me ayuda”.

Asintió con la cabeza. “A mí también me ayudó”.

Le dedicó una breve sonrisa y se dirigió a la puerta. Los pocos pasos parecían interminables. Esta vez él no intentó detenerla. Sin mirar atrás, se dirigió a su dormitorio y cerró la puerta tras de sí. No había pasos siguiéndola.

Instintivamente se dirigió al espejo, se quitó los pendientes y cogió el cepillo. Se sacudió el pelo y empezó a golpearse la cabeza con el cepillo mientras repasaba una y otra vez lo que él acababa de decirle. Y lo que significaba para ella y para su futuro juntos.

Puede que nunca la perdonara por haber dejado marchar a su hijo. Y ella lo entendía porque ¿no sentía lo mismo? Pero al menos ahora entendía por qué. Y el “por qué” estaba inextricablemente ligado al mismo “por qué” de su matrimonio. Le habían educado con dos

valores: el deber hacia su familia y su país, y un sentimiento de profunda traición por parte de su madre biológica. Y esos valores eran profundos. Y, por eso, ella no sabía si él podría amarla como una vez la había amado.

Ella le había preguntado si aún la amaba, y él no había respondido.

Entonces se detuvo, el cepillo se levantó a medio camino de su cabeza y se fijó en su mirada en el espejo. Ya no podía evitar el pensamiento que le había asaltado antes, el pensamiento que había estado repeliendo desde que Amir le dijo que Hani estaba curada. Si ya no la necesitaban como seguro contra la salud de Hani, había perdido su instrumento de negociación para quedarse. Ya no era necesaria.

Tragó saliva y repasó sus conversaciones con Amir en busca de signos de compromiso para el futuro. ¿Amor? No. ¿Continuar su matrimonio? No se había vuelto a hablar de ello.

Habían tenido sexo, sí. Sexo loco e intenso, pero parecía que eso era todo lo que tenían.

Tuvo que enfrentarse al hecho de que ya no la necesitaban en sus vidas.

CAPÍTULO 10



El viaje de vuelta a Havilah fue tranquilo. Una enfermera de la clínica les acompañó, para garantizar un control constante de la salud de Hani durante los próximos meses. Con la enfermera y los asesores y ayudantes de Amir siempre presentes, había tenido el ajetreo que siempre había deseado. Excepto que ahora no lo ansiaba. Ahora sólo quería una respuesta a una pregunta que no se atrevía a hacer. Porque si la respuesta era la que había imaginado, no sabía qué hacer. Decidió intentar averiguar la respuesta escuchando. No tuvo que esperar mucho para encontrar la primera pista. Y vino de un lugar inesperado.

Había estado sentada escuchando a Hani hablar con la enfermera. Ahora estaba más fuerte. Lo notaba en el tiempo que podía estar activo -siempre sin parar de hablar y hacer cosas- antes de desvanecerse y necesitar dormir. También toleraba otros alimentos y disfrutaba de cosas que le habían estado prohibidas durante mucho tiempo.

Pero no fue hasta que Hani corrió a enseñarle una foto a la enfermera, tras una cortés pregunta de ésta, que Ruby se centró con nitidez en lo que se decía.

"¿Y quién es ésta?", preguntó la enfermera, complaciendo a su protegida con un interés que sin duda no sentía.

"Esa es mi madre. Era muy guapa". Se le llenaron los ojos de lágrimas y resopló. Tragó saliva y se secó las lágrimas con el dorso de la mano. "Murió en un accidente de coche".

"Oh, lo siento", dijo la enfermera con simpatía, después de una mirada llena de curiosidad a Ruby, que tuvo que apartar la vista. "Pero ahora está en el cielo, ¿verdad?".

Hani asintió. "Sí. Todo el mundo lo dice porque era muy simpática y buena. Me quería y estoy muy triste de que ya no esté aquí, pero Baba dice que siempre estará en nuestros corazones". Volvió a colocar la foto, ya algo recuperado, reconfortado al recordar las palabras de su padre.

Ruby se quedó mirando la revista que tenía delante. Las palabras se confundían. ¿A quién quería engañar? Podía estar casada con Amir, pero Hani tenía una madre que lo había amado y a la que él seguía amando sin reservas, una madre con cuyo recuerdo nunca podría competir. Había perdido eso, se lo había dado a otra. ¿Quién era ahora? Una esposa de la que podía deshacerse una firma, la firma de Amir.

Hani siguió mirando la foto. "La echo de menos. Nadie podrá reemplazar a mi madre".

La enfermera no se atrevió a mirar a Ruby, que permaneció muda, con los ojos bajos, mientras asimilaba la realidad de su mundo. Hani no tenía intención de hacerle daño, simplemente hablaba desde el corazón. Un corazón que no la quería como madre. No quería a nadie, excepto a la mujer que lo había adoptado y había muerto. ¿Cómo podía competir con una santa?

El resto del viaje se quedó sola en el dormitorio, mientras Hani dormía en otra habitación y Amir trabajaba en su despacho, rodeado de una pared de personal. Tumbada en la cama - escuchando el zumbido del avión, el largo, largo día que quedaba de luz mientras se dirigían al este- intentó desesperadamente averiguar qué podía hacer para tomar el control. Desde que nació Hani y se recuperó de su posterior depresión, siempre se había asegurado de tener el control, para evitar lo peor del pánico que la perseguía.

¿Qué haría si Amir ya no la quería en su vida ni en la de Hani? No podía decirle a Hani que ella era su madre biológica, no cuando él adoraba claramente a su madre adoptiva. No tenía nada más que la buena voluntad de Amir para permitirle quedarse. Y ni siquiera estaba segura de tenerla. Pasión, sí, pero ¿algo más duradero que eso? No tenía ni idea.

Un miembro de la tripulación la despertó horas más tarde informándole de que iban a aterrizar en breve. Su primera reacción fue de pánico. Mientras se arreglaba, echó un vistazo a la revista que había estado leyendo antes. El reportaje trataba de una sesión fotográfica de moda en el Reino Unido. Conocía al fotógrafo, al director de la revista a la que iba destinada y a las modelos. Siempre podía volver a eso. Pero la idea de dejar a Hani y Amir era demasiado dolorosa. Para bien o para mal, se había unido a ellos y tendría que quedarse para ver cómo acababa todo. Y tenía la sensación de que sería más pronto que tarde.

Volvieron al palacio en coches separados. Nadie se lo explicó. Tuvo que suponer que se debía a que Amir fue inmediatamente llevado a la parte oficial del palacio, donde tenía reuniones con funcionarios visitantes. Mientras tanto, Ruby y Hani se quedaron solas en los aposentos privados. Rápidamente le dio permiso a la agotada enfermera para que descansara.

Se tumbó en el diván junto a un inquieto Hani, viendo una película. Si, pensó, tenía que marcharse pronto, al menos tendría recuerdos como éste y los de las últimas semanas para mantenerse. Intentó convencerse a sí misma, pero sabía que, después de semejante gusto, nunca sería suficiente.

Veían una película tras otra y Hani se quedaba dormido de vez en cuando. En esos momentos, ella le acariciaba el pelo y le observaba, intentando grabar en su memoria cada línea de su rostro, cada rasgo, cada matiz de expresión que parpadeaba en su cara mientras soñaba.

Se despertó rápidamente, pasando del sueño a la actividad en un instante. La película que habían estado viendo estaba llegando a su fin y había una escena de boda.

“¿Quién se casa?”, preguntó. “¿Fueron las personas que estaban discutiendo al principio?”

“Así es.”

“Es extraño que se gusten. No lo parecían”.

Le revolvió el pelo. “La vida es así a veces. Otras cosas se interponen y complican las amistades”.

Se lo pensó un momento.

“¿Cómo qué?”

“Bueno”, dijo ella, cambiándose de sitio para sentarse. Él hizo lo mismo. “Como los malentendidos”.

“Pero pueden solucionarse con sólo hablar, ¿no?”.

Ruby no sabía de dónde sacaba Hani su sabiduría, pero no era de ella. “Tienes razón, pueden hacerlo. Quizás un mejor ejemplo sería cuando un chico puede amar a una chica, pero ese chico puede pensar que está mal por alguna razón.”

“¿Qué tipo de razón?”

Se encogió de hombros, mientras pensaba en Amir. “Como porque sus padres podrían querer que se casara con otra”.

“Pero, ¿por qué querrían hacer eso?”.

“Quizá porque se mueven en círculos diferentes y quieren a alguien conocido, alguien de su mundo, alguien que encaje”.

“Oh”, dijo Hani, que obviamente lo entendía un poco mejor.

Dudó, pero tuvo que preguntar. “Dijiste que nadie podría ser tu madre excepto Mia”.

Entornó la cara y se quedó pensativo, luego siguió jugueteando con algo. “Así es.”

“Pero... ¿no crees que...”

De repente se oyó un ruido en la puerta y Ruby y Hani levantaron la vista para ver a Amir de pie en la puerta con cara de trueno.

“¡Baba!”, dijo Hani, levantándose de un salto y corriendo hacia él. Pero él también se dio cuenta del estado de ánimo de Amir y no llegó a abrazarlo. “Pensé que estabas en reuniones todo el día”.

“Lo estaba. Pero quería ver cómo estabas”. Lanzó una mirada de desaprobación a Ruby, antes de despeinar a su hijo.

“Estoy bien, Baba, de verdad. Me siento mucho mejor que antes”.

“Eso está bien. Entonces, ¿crees que puedes quedarte para la cena de esta noche?”

“¡Sí! Por supuesto. Lo estaba deseando”.

Esto era nuevo para Ruby.

“Entonces, venid conmigo, os devolveré a vuestras habitaciones”.

Hani salió al pasillo y Amir estaba a punto de cerrar la puerta cuando Ruby se levantó de un salto.

“Sólo quería decir...”, dijo Ruby.

“Creo que ya has dicho bastante”, dijo él, mientras le cerraba la puerta.

Se sentó en el sofá con la cabeza entre las manos. Amir debió de oírla hablar con Hani de su madre. Se sonrojó. Se imaginó lo que le habría parecido a Amir. Como si intentara presionar a Hani para que la quisiera. Amir odiaría eso. Pero no lo había hecho, ¿verdad? La conversación había surgido de la película. Pero los hechos seguían siendo crudos. Amir la había visto a punto de preguntarle a Hani si alguna vez podría reemplazar a Mia en su vida, si él podría amarla. Parecía desesperada. Daba la impresión de que anteponía sus sentimientos a los de su hijo.

~

Amir sintió una corriente subterránea de inquietud cuando se sentó a la mesa superior, rodeado de dignatarios y de su hijo. El banquete de estado incluía a los reyes de sus dos países vecinos, Gharb Havilah y Sharq Havilah. Era bueno contar con su presencia, que le recordaba la estabilidad de su mundo cuando su vida personal parecía tan desordenada.

Miró a lo largo de la mesa hacia donde estaba sentada Ruby. Estaba sentada más lejos de él de lo que había pensado, pero su ayudante le había dicho que el protocolo exigía que los demás se sentaran más cerca, y tenía razón, así que se había mantenido la disposición de los asientos, pero veía que a Ruby no le hacía ninguna gracia.

O tal vez no estaba contenta con su encuentro anterior. Por alguna razón cada vez que veía a Ruby su famoso control se hacía añicos. Especialmente cuando se trataba de Hani. Que le hablara a Hani de su amor por Mia demostraba que se sentía insegura, eso era obvio, y él entendía perfectamente el motivo. Pero se había pasado toda la vida siendo protector con Hani y

los viejos hábitos morían con fuerza. Incluso cuando se trataba de alguien que también amaba a Hani con pasión.

Tendría que compensarla. Y se le ocurrieron algunas opciones interesantes que exploraría más tarde.

"Así que me toca a mí", dijo el rey de Gharb Havilah, el jeque Zavian.

Amir frunció el ceño, momentáneamente confuso.

"Para llevar la paz a nuestros países", continuó Zavian.

"Vas a morder la bala", dijo el rey de Sharq Havilah, el jeque Roshan, con una sonrisa. "Hazlo por el equipo. Cásate con la jequesa de Tawazun".

Zavian lanzó una mirada sombría a Roshan. "Sólo porque tu reputación de mujeriego te hace menos atractivo para su padre". Gruñó y se llevó las manos unidas a la boca. Amir frunció el ceño. Zavian parecía inusualmente inquieto.

"¿Pasa algo, Zavian?" Amir preguntó.

La nube desapareció rápidamente y Zavian sacudió la cabeza. "Nada. Todo es como debe ser". Lanzó una rápida sonrisa a los otros dos hombres y posó su mirada en Rubí. "Y vuestra nueva reina. Dicen que es muy hermosa y encantadora. Pero la mantienes alejada de nosotros, Amir".

Amir se encontró con la perspicaz mirada de Zavian. "Todo esto es muy nuevo para ella".

"Y a ti, creo".

"He estado casado antes."

"Sí. Pero no había visto antes esa mirada en tus ojos".

Amir se movió en su asiento. "No sé a qué te refieres".

Zavain ladeó la cabeza y sus labios severos se curvaron ligeramente. "¿No es así?"

Amir no contestó. Sabía a dónde quería llegar Zavian. Cada latido de su corazón era un recordatorio del amor que sentía por Ruby, un amor que consumía su cuerpo y su mente, y que ahora sabía que nunca abandonaría. Pero también era consciente de que lo debilitaba. Incluso ahora, con sus compañeros reyes, sentía esa debilidad que antes no existía. Pero sólo era una debilidad si la admitía. Y no tenía intención de hacerlo, ni a Zavian o Roshan, ni a Ruby.

"No, no lo sé", respondió al fin.

"Vergüenza", dijo Roshan. "Una esposa tan hermosa debería ser apreciada". Una lenta sonrisa se dibujó en su rostro. "Y públicamente". Levantó su copa y se giró para mirar a todos los presentes. "Levantad vuestras copas por la hermosa nueva reina de Janub Havilah".

Hubo sonrisas corteses mientras se levantaban las copas y se repetía el brindis por toda la sala. Ruby se sonrojó cuando todas las miradas se fijaron en ella. Amir vio cómo se recuperaba rápidamente y asentía con elegancia y sonreía a todo el mundo. Lo hacía muy bien. Pero, aún así, estaba irritado por la atención del apuesto Roshan en Ruby. Y aún más cuando Roshan dijo, con una voz que llegaba a todos los rincones de la habitación.

"¿Y vas a decirnos cuándo tendrá lugar la coronación formal, Amir?".

Amir no perdió detalle, sin apartar los ojos de los de Ruby.

"No, en realidad Roshan. No lo soy. " No era asunto de Roshan, sólo suyo.

Roshan sonrió y se volvió hacia la mujer de su izquierda, imperturbable ante el desaire.

El rubor desapareció de la cara de Ruby. Él la miró y asintió con la cabeza. Su expresión vaciló un poco, como si no entendiera su asentimiento. Se dio la vuelta rápidamente, con el rubor persistente en las mejillas y en la mirada perdida. Tal vez no lo entendiera, pero lo entendería.

Ruby se escabulló del banquete en cuanto pudo. Ni siquiera sabía por qué la habían invitado. Atrapada al final de la mesa, entre la esposa de un humilde empleado y un anciano caballero medio dormido, estaba claro qué lugar ocupaba en el orden jerárquico: ninguno.

Se desnudó y se tumbó en bata en la cama, con la ventana abierta de par en par, escuchando los sonidos nocturnos del desierto cercano que llegaban hasta ella con la brisa cálida. Prefería no tener aire acondicionado. Así se sentía en contacto con el mundo. Y era un mundo que pronto abandonaría. Estaba claro que ya no la querían. Ni por Amir, ni por Hani. Amir sólo la quería para el sexo. Su respuesta negativa a la pregunta sobre su coronación durante la cena no pudo ser más clara: no tenía intención de continuar con aquella farsa de matrimonio. Y Hani la quería para divertirse, para compañía, como si fuera una hermana mayor divertida. No una madre. Y era una madre lo que quería ser. Eso o nada.

Se levantó de un salto. No podía quedarse de brazos cruzados. Haría lo que Hani le había sugerido. Iría a su habitación para que pudieran hablar y resolver esto de una vez por todas.

Atravesó la puerta que comunicaba con la habitación de Amir. Estaba vacía, como sabía que estaría. Echó un vistazo a la cama, pero fue en dirección contraria, al balcón contiguo al suyo, y se sentó en la silla, mirando la noche oscura, la brisa del desierto bordeada de calor seco y azahar del jardín de abajo.

No oyó abrirse la puerta, pero supo exactamente cuándo Amir entró en la habitación. Algo cambió, en el ambiente y dentro de ella. Era como si tuviera un sexto sentido que detectaba la presencia de Amir en su interior, antes de haberle visto u oído. O lo sintiera, pensó, cuando él se acercó por detrás y le rodeó los hombros con las manos, acariciándoselos, haciéndola cerrar los ojos mientras la invadía la felicidad.

Ella lo respiró. Olía a especias exóticas, a cuero, a ámbar gris, a sudor limpio y a macho al aire libre, a calor seco y a humo. Todo ello se combinaba para crear un aroma único que era su esencia. Le hizo la boca agua y su cuerpo volvió a palpitar de deseo.

Casi le hizo olvidar las turbulentas emociones que sentía por él. La rabia de que no tuviera intención de forjar una vida con ella, la humillación de haber creído que la tenía, pero más allá de esas cosas, el placer de que la estuviera tocando y acariciando el hombre al que amaba.

No se dio la vuelta, sólo puso su mano sobre la de él y cerró los ojos un momento, deseando encontrar la fuerza que necesitaba para rechazarle.

“Es una agradable sorpresa”, dijo.

Le quitó la mano de encima y se levantó para mirarle.

“¿Crees que he venido por sexo?”

Sus ojos, que brillaban por las luces exteriores, se entrecerraron. “Eso suena bastante... básico”.

“Eso es lo que es, ¿no? Nuestra relación es bastante... básica”.

Le apartó el pelo de la cara y se acercó a ella. Miró su cuerpo desnudo bajo la bata. No debería haberse desnudado, pensó tardíamente. Sintió que sus pezones se endurecían bajo su mirada y el roce de su mano cuando él se acercó a su cara. Le deslizó una mano por el pelo y la besó.

Debería moverse, debería rechazarle, debería insistir en hablar. En lugar de eso, el deseo se caldeó en su interior, amenazando con consumirla. Dejó de besarla y tiró del cinturón de su bata. Ella le puso la mano encima justo a tiempo, impidiendo que el cinturón se deslizara por la trabilla y que la bata se abriera de par en par.

Dio un paso atrás y se quitó la corbata. “¿Y *lo básico es* tan malo?”

“No cuando es un bloque de construcción para algo más. ¿Pero solo?” Sacudió la cabeza.

“No es suficiente para basar una relación”.

Ladeó la cabeza para verle la cara.

“*Habibti*, ¿qué pasa?”

Le pasó la mano por el pecho, sin mirarle. “¿Dudas de tu capacidad para seducir?”, murmuró.

“No. Y tampoco dudo de mi capacidad para saber cuándo algo va mal. Repito, ¿cuál es el problema?”

Se pasó los dedos por el pelo. “¿Quieres saber cuál es el problema? Vale, te lo diré. Eres tú, que te enfadas conmigo por hablar con *Hani* -nuestro hijo, no sólo el tuyo- de sus sentimientos por Mia, por mí, su madre. *Ese* es el problema”.

“No estaba enfadado”, respondió, en un tono sorprendentemente suave.

“Entonces, ¿por qué la escena?”

“¿Escena?”

“¡Me lanzaste una mirada negra y te fuiste con una palabra!”

Se encogió de hombros. “Me cogió por sorpresa, eso es todo. No estoy acostumbrado a que otra persona tenga una relación tan familiar con él, que hable de una manera tan personal de mí. Mi instinto fue rechazarlo, pero lo entendí”.

Se cruzó de brazos. “¿Y qué creías haber entendido?”

“Que te sientes inseguro sobre nuestro futuro”.

El corazón le latía con fuerza y tragó saliva mientras la ansiedad se apoderaba de su interior. Hizo una pausa, consciente del sonido de la sangre que latía en sus oídos. “Si no lo había sido entonces, lo soy ahora. Cuando te negaste a hablar de mi coronación en la cena, sólo puedo llegar a una conclusión”.

“¿Sólo uno?” Sus labios se curvaron en una breve sonrisa y ella pensó que se estaba riendo de ella. Ni siquiera se tomaba en serio esta conversación. “Y me acusas de ser blanco o negro. Seguramente se podrían sacar otras conclusiones de mi silencio sobre el tema de tu coronación”.

“La obvia es que no deseas que siga adelante”.

Esperó su respuesta, buscando en su rostro pistas sobre sus verdaderos sentimientos.

“Hicimos un acuerdo, Amir”, continuó, incapaz de soportar el silencio y lo que podría significar. “Casarnos...”

“Y nosotros somos...”

“Y *permanecer* casados por el bien de la salud de nuestro hijo.”

Frunció el ceño y apartó la mirada. Odiaba cómo lo hacía. “Pero nuestro hijo ya está bien. No es necesario que sigamos juntos por su salud”. Entonces le devolvió la mirada y ella no pudo leer lo que había en sus ojos. Pero entonces no tuvo que leerlo. Sus palabras lo decían todo.

Con una frase su vida se había desmoronado y sus miedos se habían restablecido. Tragó saliva. Tenía que mantener el control al menos durante un rato más.

“No es necesario”, repitió, y se dio la vuelta antes de hacer el ridículo con las lágrimas.

“Ruby”, dijo.

Se alejó, orgullosa de haber sacado fuerzas de algún sitio para caminar erguida. Aceleró el paso al llegar a la puerta.

“Ruby”, repitió con un gruñido amenazador. “No me abandones”.

Su mano se aferró al picaporte de la puerta de interconexión y se detuvo, incapaz de creer que él quisiera tanto rechazarla como ser quien le dijera cuándo podía marcharse. Se volvió hacia él, sin importarle que sus ojos brillaran con lágrimas.

“No puedes tener las dos cosas, Amir. No puedes *no* quererme e impedir que me vaya hasta que tú lo digas”.

“Yo no he dicho...”

No esperó a saber lo que él decía o dejaba de decir. Sabía lo que decía y lo que quería. Estaba en su actitud autoritaria, en su enfado por haberse atrevido a abandonarle y, no menos importante, en lo que había dicho. No había lugar en su vida para una mujer como ella, y no había lugar en la vida de Hani para una madre. Y ella no podía soportar ser otra cosa para él ahora.

Así que regresó a su dormitorio, con la esperanza a medias de oír abrirse la puerta tras ella y salir a Amir y suplicarle que se quedara, rogarle que lo perdonara y jurarle su amor eterno por ella.

Pero a medida que los minutos se alargaban y se convertían en un periodo de tiempo que no podía explicarse de otra manera, abrió el armario, tiró sus cosas sobre la cama y preparó apresuradamente la maleta. Cuando salió de la ducha, la puerta de interconexión seguía cerrada y no se oía ningún ruido procedente de la habitación de Amir. Sólo había silencio, un silencio que se alzaba a su alrededor, bloqueándola de sus sueños. Sueños que había sido una tonta al creer que alguna vez se harían realidad. Con los ojos secos, cogió el teléfono. Tenía que reservar un vuelo.

CAPÍTULO 11



El ala privada del palacio estaba tranquila cuando Ruby salió a última hora de la mañana. Había elegido ese momento porque sabía que Amir estaría ocupado trabajando en el edificio principal y que Hani estaría descansando tranquilamente, siguiendo el antiguo régimen que Amir había instigado. Puede que Hani estuviera en vías de recuperación, pero Ruby tenía que admitir que algunas de las rutinas de Amir, como ésta, eran buenas.

Echó un último vistazo a su habitación antes de cerrar la puerta. No era momento para lamentaciones ni sentimientos: tenía que seguir adelante, le gustara o no. Y no le gustaba. Pero la alternativa -quedarse aquí mientras Amir decidiera que la quería en su cama- no era viable. Sería menospreciada a los ojos de Hani, su amiga "divertida", allí mientras Amir la quisiera.

Pasó rápidamente por delante del dormitorio de Amir. Había salido antes del amanecer, sin pasar por su habitación, y no había vuelto desde entonces. No podía haberlo dejado más claro. La deseaba, pero no del mismo modo que ella a él.

Le habían llevado las maletas a un taxi que esperaba discretamente fuera, en la calle, perdido entre los curiosos y el clamor de la ciudad vieja que daba a los edificios públicos. Con todos los visitantes del palacio, nadie habría mirado dos veces al portero que llevaba sus maletas a un taxi.

Llamó a la puerta sin hacer ruido y asomó la cabeza para mirar dentro. A Hani se le iluminaron los ojos y sintió una punzada de dolor. Tendría que aprender a vivir con ello.

"¡Hola, Hani!"

"¡Hola, Ruby! ¿Qué haces aquí?", preguntó levantando la vista de un libro. "Creía que todos los mayores estaban en la recepción. Papá dijo que estarían, de todos modos".

"Ah, bueno, tal vez sólo por hoy no soy un adulto como ellos".

"Está bien. Entonces puedes leer conmigo si quieres".

Ella se acercó y se sentó a su lado. "Me gustaría mucho. ¿Qué estás leyendo?"

"*El viento en los sauces"*.

"*¿El viento en los sauces*?" Ruby se sorprendió ante el anticuado clásico inglés. "¿En serio? ¿Por qué?"

"Lo he encontrado". Miró la portada del libro y descubrió una inscripción. "Era el libro de mi abuela. Baba me contó que tenía una niñera inglesa que le leía libros en inglés. Todavía hay un montón en la biblioteca".

Ruby emitió un suave gruñido de sorpresa. No lo sabía. "¿Y lo estás disfrutando?"

"Sí. Mi niñera me lo leyó antes, pero me gusta releer algunas partes. ¿Lo has leído?"

"Sí, mi madre solía leérmelo. Yo hacía barquitos de papel y los hacía flotar en el arroyo e imaginaba que Rata navegaba en ellos". Cogió papel. "Te haré uno si quieres".

A Hani se le iluminaron los ojos. "¡Sí, por favor!"

“Vale, si me lees tu parte favorita, te haré un barco. ¿Trato hecho?”

“Trato hecho”.

Cuando Hani terminó de leerle el pasaje sobre la casa de Badger -su memoria le ayudó a superar las palabras más difíciles-, Ruby le dio el barquito de papel, tratando de dominar el creciente patetismo que había creado su pasaje favorito. Describía una casa que no era un palacio, sino un hogar, pequeño, acogedor, pintoresco y lleno de carácter. Un lugar seguro. Ruby podía identificarse con eso.

“Es precioso”, dijo tras una larga pausa.

“Me hace sentir bien”, dijo. Y su corazón se apretó. Tenía que terminar con esto.

“Hani, he venido porque tengo algo que decirte.”

Levantó la vista hacia ella y parpadeó. “¿Te vas?”

Casi se atragantó con sus palabras bien ensayadas. “Bueno, sí. ¿Qué te hizo pensar eso?”

“Ah, Baba dijo que no te quedarías mucho tiempo.”

“¿Cuándo dijo eso?”

“Oh, hace años, después de que llegaras. Me dijo que no me encariñara demasiado porque no estarías por aquí”.

Intentó dedicarle una sonrisa, pero no le salió nada. No le quedaban sonrisas. Le acarició el pelo y le besó la cabeza antes de levantarse.

“Parece que tenía razón”, dijo en voz baja, con la voz ronca. Se aclaró la garganta.

“En realidad no”, dijo con ojos grandes. “Porque *estoy* encariñado. Te voy a echar de menos, Ruby”. Lo dijo con tanta tranquilidad, como si estuviera acostumbrado a que la gente a la que estaba apegado le dejara, que Ruby estuvo a punto de cambiar de opinión. “Eres divertida”, añadió.

Divertida. Era divertida para su hijo, y divertida para su padre. Pero necesitaba algo más que diversión. Necesitaba que la quisieran. Tal vez Hani la amaba, pero era difícil saberlo. Obviamente había pasado su corta vida protegiéndose de la gente que amaba en caso de que se fueran. Como personal contratado, como había hecho Mia.

Volvió a besarle y se levantó de un salto. “Tengo que irme. Me espera un taxi. Me voy a Inglaterra, donde nací. Allí tengo trabajo. Pero estoy a una llamada de distancia. Llámame si quieres charlar, ¿vale?”

“¿Cuándo?”

Se rió aliviada. Sí que era el hijo de su padre, quería cosas concretas. “¿Qué tal mañana por la mañana? Estaré en el Reino Unido para entonces y te desearé buenos días”. Frunció el ceño. “¿De qué se trata?”

“No puedo usar el ordenador hasta después del desayuno”.

“Entonces ponte en contacto conmigo cuando puedas”. Jugueteó con las asas de su bolso. “Y no te preocupes si surge algo. No pasa nada, llámame cuando te apetezca charlar, ¿vale?”.

“Bien.” Se levantó de un salto y la abrazó. No era para tanto, pensó. Nunca le había mentido a su hijo. Sólo por omisión. Se apartó.

Sonrió. “Asegúrate de divertirte, Hani, aunque yo no esté aquí. Imagíname aquí en espíritu. Como cuando entras en casa de Tejón cuando quieres sentirte bien, puedes imaginar las cosas que hemos hecho para ponerte de humor, ¿sí?”.

Asintió con la cabeza. “Nos hemos divertido, ¿verdad, Ruby?”

“Lo hemos hecho”. Tragó saliva, asintió y salió rápidamente de la habitación. Su caminar se convirtió en una carrera mientras seguía los pasillos traseros y los pasadizos de los sirvientes hasta el patio de servicio trasero y el taxi que la esperaba.

Amir despidió a los dignatarios visitantes y entró en palacio, despidiendo también a sus ayudantes. La reunión había ido bien. Parecía que a los diplomáticos de Tawazun no les preocupaba con quién se casara su jequesa: con él, con Zavian o con Roshan. Se había casado con Ruby con el acuerdo del rey de Tawazun, pero los diplomáticos lo hicieron oficial.

Por primera vez desde que Ruby había vuelto a su vida, podía imaginar un futuro para todos ellos. Ahora que la reunión había terminado, podía darle lo que sabía que ella quería: un compromiso que la ceremonia inicial no había transmitido.

Se metió las manos en los bolsillos y caminó por las columnatas del palacio de vuelta a los aposentos privados. Notó que un par de personas lo miraban con curiosidad, y sonrió al darse cuenta de que había estado silbando en voz baja. No recordaba la última vez que lo había hecho. ¿Cuál era la melodía? Una que Ruby le había enseñado a Hani.

Siguió adelante y pasó por los jardines donde Ruby y Hani se habían conocido por primera vez, deteniéndose en el foso de arena mientras se imaginaba a Ruby con su vestido amarillo sol, salpicada de barro y sin importarle nada. Su corazón siempre había sido más grande que cualquier otra cosa en ella. No le importaba toda su belleza y glamour, no comparado con su amor por Hani, que brillaba constantemente a través de sus ojos. Era una expresión que él había intentado no ver, ante la que había intentado no reaccionar. Pero cuando esa expresión se había vuelto hacia él, no había tenido ninguna oportunidad. Le debía a ella no prometer nada que no pudiera cumplir, pero todo el trabajo que había hecho entre bastidores con la misión diplomática había dado por fin sus frutos, y tenía vía libre para proceder a su coronación, su compromiso con ella de que tenían un futuro juntos.

Fue directamente a la habitación de Hani. Pero la puerta estaba abierta y Hani no descansaba. Frunció el ceño y, al volverse, lo vio. Estaba arrodillado junto a la pequeña fuente, mojando los dedos en el agua mientras intentaba navegar en un barco de juguete. A Amir se le hizo un nudo en la garganta al recordar cómo Hani había dormido durante horas a esa hora del día sólo unos meses antes. Ahora, al parecer, estaba lleno de vida y energía.

Fue y se arrodilló a su lado, no de pie sobre él, reprendiéndole como había hecho en los últimos años, sino jugando a su lado. Ruby le había enseñado eso.

"¿No te sientes cansado?", preguntó Amir.

Hani sacudió la cabeza mientras se concentraba en enderezar la barca, que había caído al agua.

"Eso está bien."

Hani seguía sin responder mientras jugueteaba con un barquito de papel que se mecía en la corriente del agua.

"Tenemos barcos de juguete que podrías usar en vez de eso".

"Sí, pero no es lo mismo".

Fue el turno de Amir de fruncir el ceño. "¿Lo mismo que qué?"

"El mismo que hizo Ruby. En el que Rata navegó río abajo".

"¿Qué?"

"Rata". Hani suspiró y recogió el pequeño bote, probando el fondo empapado contra su mano. "En *El viento en los sauces"*.

"¿El viento en los sauces?" Amir no tenía ni idea de lo que hablaba Hani.

"Es un libro viejo. Uno de la abuela. Ruby dijo que también era uno de los favoritos de su madre, que se lo leía a Ruby todo el tiempo".

"Oh, ya veo." Pero no lo hizo.

Hani se sentó y miró a Amir, con una mirada paciente. “Ruby dijo que si alguna vez quería sentirme cerca de ella, lo único que tenía que hacer era pensar en Rata, Tejón, Topo y todos los demás, y saber que ella también los quería”.

Amir se levantó y frunció el ceño, mirando a través de las colinas. Por encima de ellos, un avión se elevó desde el aeropuerto y se alejó en el cielo blanco y brillante, desapareciendo en un instante. “Bueno, es una buena idea”, dijo vagamente, sin saber de qué hablaba su hijo. “Pero también podrías ir a buscarla. No estará lejos”.

Hani se le quedó mirando, como si fuera su padre el que se hubiera vuelto loco.

“¿Qué pasa?” Amir se llevó la mano a la frente de Hani, pensando que debía de estar más enfermo de lo que había imaginado.

“¿No lo sabes? Se ha ido”.

El pavor se clavó como una piedra en las tripas de Amir, haciéndole sentir calor, frío y náuseas al mismo tiempo. La pausa se alargó y Amir se lamió los labios. En su cabeza se dispararon varias posibilidades. Ella había ido de compras; había ido a visitar a alguien; ella... Pero no había otras opciones. No conocía a casi nadie en Janub Havilah. Pero no necesitó palabras, porque estaba ahí, en la expresión descarnada de su hijo.

“Se ha ido”, repitió Amir. Asintió con la cabeza, una, dos y otra vez, como si intentara comprender las palabras que acababa de pronunciar.

“Sí.”

“Hani...” La palabra salió tensa y ronca. Se aclaró la garganta. “Hani”, dijo, más fuerte ahora. “¿Cuándo se fue?”

Hani se encogió de hombros. “Antes. No sé... cuando estaba descansando. Vino a despedirse”.

Amir renunció a fingir que sabía lo que estaba pasando. “¿Dijo dónde?”

Hani acarició el barco de papel que tenía en las manos. Se encogió de hombros. “En algún lugar de donde vino, creo. ¿Inglaterra?”. Entrecerró los ojos para preguntar a Amir.

Amir logró esbozar una sonrisa tranquilizadora y apretarle los hombros. “Así es. Es de Inglaterra. Probablemente haya ido a ver a alguien”.

“Supongo.”

“Sí, eso es lo que habrá hecho”. Amir se dio la vuelta y miró hacia la ventana de su habitación y la de ella, con el balcón compartido a la sombra de la palmera que se hundía y se estremecía con la brisa. Podía imaginársela allí, como la había encontrado la noche anterior. Y volvería a estar allí. Sin duda. De visita. Por los amigos.

El barco de papel de Hani se anegó de repente y se hundió. Miró a Amir con cara de pánico. “¡Se ha hundido! Y no puedo hacer otro. Sólo Ruby puede”.

“Entonces te hará otra cuando vuelva”.

Hani se frotó los ojos llorosos. “No va a volver”.

“Por supuesto que sí. ¿Por qué no lo haría?”

“Porque tiene un trabajo”.

De la incredulidad, Amir se sintió de repente lleno de ira. ¿Un trabajo? ¿Le había dejado sin decir palabra y había desaparecido en Inglaterra por un trabajo? ¿Y también había dejado a Hani? Era increíble. *Era increíble*.

Si estaba tratando de demostrar que era una mujer independiente, entonces tenía otra idea. Iría allí y la traería de vuelta él mismo. Comenzó a caminar en dirección a su habitación. Pero, ¿y si no era lo correcto? Se detuvo en seco y se pasó los dedos por el pelo mientras intentaba que su mente en blanco y negro cambiara a tonos grises. A pensar como Ruby. No como los tonos

grises, sino como los colores del arco iris. Los colores de un arco iris que él no había visto. Estaba tan concentrado en lo que tenía que hacer que había pasado por alto una de las cosas más importantes que estaba sucediendo justo delante de él.

Había desestimado sus temores porque no los entendía.

Él había ignorado sus preguntas, creyéndolas ridículas.

Pero ella tenía miedo y quería respuestas, y él se había negado a ayudarla en ambos casos.

O... tal vez, sólo tal vez, estaba rechazando esta vida que él le había preparado y estaba volviendo a su antigua vida. Apretó los dientes. Le había ofrecido todo y ella se lo había echado en cara.

No, no estaba tan loca. Volvería. Todo lo que tenía que hacer era esperar.



Pero la espera se convirtió en semanas y seguía sin saber nada de Ruby. A Hani, sí. Pero las intensas especulaciones sobre cada palabra que le escribía a Hani no le permitían comprender lo que estaba pasando.

La observaba en todas las entrevistas, leía atentamente los reportajes de las revistas en las que aparecía como modelo e intentaba averiguar qué hacía. Al cabo de cinco semanas encontró una pista, la primera, en una entrevista en una revista de cotilleos. El periodista había descubierto que había estado recientemente en Janub Havilah y le preguntaba si las mujeres estaban sometidas por los gobernantes. Ella había defendido al país y a él. Y, después de que la presionaran, declaró que era su lugar favorito del mundo.

Apartó el ordenador y llamó inmediatamente a su ayudante. Puede que no fuera una declaración de amor, pero, después de tanto tiempo sin nada, y con sus propios sentimientos cada vez más claros, día a día, sabía que tendría que dar un salto de fe. Podría ser rechazado, podría ser vilipendiado, pero acudiría de todos modos.



Le había dicho a Hani que era algo que tenía que hacer solo. Y, de algún modo, Hani había aceptado la explicación como si lo entendiera. Tenía la mente de Ruby de muchos matices y colores, no como la suya, rígida, en blanco y negro. Y se alegró de que Hani no estuviera aquí ahora. Subió por la calle encharcada por la lluvia y se detuvo ante las luces parpadeantes de un club nocturno. Parecía que ella no había cambiado de actitud. Pero él ya no quería que lo hiciera.

Abrió la puerta y le dejaron pasar inmediatamente, su camino allanado como de costumbre por su asistente ejecutiva, que se había puesto en contacto con el club de antemano. Se lo había permitido, porque no quería que nada se interpusiera en su plan.

Sus ojos y oídos tardaron un rato en adaptarse a la penumbra y a la música. Los cuerpos se movían rítmicamente bajo las luces estroboscópicas, mientras a su alrededor, los suelos escalonados sostenían mesas y sillas alrededor de las cuales se reunía gente guapa, bebiendo y cenando. Miró hacia donde estaba la mayoría de la gente: la pista de baile. Ella estaría allí.

Se abrió paso a empujones, examinando a todo el mundo a su paso, pero no encontró a quien buscaba. Salió al otro lado y echó un vistazo a las mesas que daban a la pista de baile. Habría atraído a un grupo de gente, y buscó una cabeza rubia viva entre ellos. Pero no encontró nada.

Quizá su agencia le había dado información errónea. Se dirigió a la barra y pidió una copa,

preguntando a la camarera si conocía a Ruby. La camarera parecía decepcionada de que buscara a una mujer en particular.

"Claro", dijo ella, rellenando su bebida. "Estará por ahí, como siempre".

Siguió su mirada hacia la parte trasera del bar, donde una puerta se abría a una terraza con vistas a un pequeño jardín urbano. Altos árboles y enredaderas habían creado un oasis que daba a una pequeña plaza de césped, con una fuente en el centro. Pasaron unos minutos hasta que sus ojos se acostumbraron a la penumbra y la vio.

Estaba de pie entre las sombras, con las manos agarradas a la barandilla mientras miraba a través del jardín hacia la luna, que apenas podía verse a través de las ramas desnudas de los árboles que bordeaban el jardín. Él no la habría visto de no ser porque su mejilla, al inclinarse hacia delante, captó las luces de la ciudad, a la que ella miraba de reojo. No le pasó desapercibido el hecho de que miraba hacia otro lado. Siempre se había sentido atraída por ellas como una abeja por la miel, como una persona solitaria en busca de compañía, como una mujer aterrorizada por la depresión que había perseguido a su madre. Pero ahora estaba quieta, sola y contemplando la luna.

Él dio un paso adelante y ella se sobresaltó, pero no se volvió. De hecho, se aquietó aún más, si cabe, como si le hubiera asaltado un pensamiento. Luego se encogió ligeramente de hombros y volvió a mirar la luna.

"Ruby", dijo en voz baja, casi sin querer perturbar su inusual ensueño. Ella giró a medias la cabeza, como si hubiera vuelto a pensar en lo mismo. Repitió su nombre una vez más y esta vez ella se giró y le miró. El blanco de sus ojos brillaba en la oscuridad, haciéndola parecer aún más sorprendida de lo que estaba.

Dio otro paso hacia ella, pero una mesa que sostenía una copa de vino le impidió llegar más lejos. Se dio cuenta de que sólo había una copa. Eso le gustó. Pero, aunque la mesa no estuviera allí, no se atrevería a acercarse a ella. Lo había liado todo. Él, que se preciaba de ser lógico y de tomar decisiones con cuidado, había fracasado cuando se trataba de la mujer con la que quería compartir el resto de su vida, la mujer que era la madre de su hijo.

"¿Amir?", dijo vacilante, agachando ligeramente la cabeza por la incredulidad. "¿Eres realmente tú?"

Le dedicó una rápida sonrisa, que pronto desapareció al permanecer su ceño fruncido. ¿Había hecho este viaje para nada? "Así es. ¿Esperabas a alguien más?" Podría haberse dado una patada al soltar las palabras, revelando la inseguridad y la posesividad machista que siempre sentía con ella, pero que no quería mostrar, no ahora, no en este momento. No podía arriesgarse a poner en peligro su misión, de ello dependía demasiado.

Sus hombros se hundieron y cogió la copa de champán de la mesa sin beber un trago. "¿Y qué si lo estoy? Dejaste claro que tu futuro no me incluía en él".

"No, te equivocas. Eso no es lo que he dicho".

Echó la cabeza hacia atrás y soltó un suspiro entrecortado, como si le costara respirar. Asintió con la cabeza. "Vale, dime lo que crees que has dicho".

Abrió la boca para hablar, pero de pronto se dio cuenta de que había creado un agujero del que no podría salir. "Quizá no fue exactamente lo que dije, sino lo que omití decir".

"¡Ja! Tratando de salir de ella con la semántica ahora, ¿verdad?"

Sacudió la cabeza. "Ruby. He viajado más de tres mil millas para verte..."

"¿Y crees que debería saltar a tus brazos, es eso?"

"No, lo que creo que deberías hacer es dejarme hablar".

Se cruzó de brazos y apoyó su peso en una cadera. "Vamos entonces, estoy esperando."

“Puede ser”, dijo cortando el aire con la mano como si eso fuera a dejar las cosas más claras, “que no tuviera en cuenta tus sentimientos...”.

“¿Sentimientos? ¿Así que has venido aquí para complacer mis sentimientos?”. Ella negó con la cabeza, mostrando rabia en cada movimiento brusco. “Cariño, no son mis sentimientos lo que me preocupa, lo creas o no. Son los tuyos; son los de Hani”.

Ella le había pillado por sorpresa y él no lo había visto venir. “Esto no se trata de ti”, sugirió vacilante.

“Por supuesto que se trata de mí. Pero es más sobre ti y Hani”.

“Claro...” Se lamió los labios mientras buscaba en su rostro alguna pista de lo que estaba diciendo.

Chasqueó la lengua y dejó la bebida sobre la mesa. “¿Tengo que deletrearlo?”

“Creo que sí”.

“¡Jesús! ¿Por qué los hombres son tan obstinados?”

“No lo sé. Debe estar en nuestros genes”.

“La razón, Amir, por la que me fui es que Hani no quería una madre, sólo una amiga, y tú no querías una esposa, sólo una amante”.

“¿Y tú?”, se aventuró a decir.

“Quiero ser esposa y madre. Quiero compromiso, Amir, y aunque técnicamente estábamos casados, tú no dabas muestras de querer que durara”. Soltó un suspiro reprimido. “Me he pasado la vida al límite, asustada de mi propia sombra, buscando a un hijo al que había regalado. Me odiaba a mí misma, Amir. Pero ya no. Y eso es algo que tú y Hani me habéis dado, lo supierais o no. Vine a Londres, no sólo a trabajar, sino a buscar ayuda. Y he pasado las últimas semanas viendo a un consejero que me ha demostrado que soy más fuerte de lo que imaginaba. Ya no tengo miedo a la vida. De hecho, quiero vivir. Sé lo que quiero y soy lo bastante fuerte para alejarme si no puedo tenerlo”. Hizo una pausa. “¿Eso es suficientemente claro para ti?”

Asintió con la cabeza. “Lo siento, Ruby. Lo siento mucho”. Vaciló mientras se preguntaba cuál, de las muchas cosas por las que lo sentía, debería explicar. Ella confundió su silencio.

“No pasa nada. No hay necesidad de lamentarse por algo que no puedes evitar”. Miró a su alrededor como si quisiera escapar. “Ahora, si ya has terminado, por qué no te vas. Aunque tengo que decir que tres mil millas es un largo camino para venir simplemente a disculparse”.

Le tendió la mano mientras ella intentaba pasar a su lado. “¡Ruby! Sabes que no soy el mejor para las palabras”. Decidió no comentar su salvaje gruñido de acuerdo. “Pero no he venido a disculparme”. Se encogió de hombros. “Bueno, sí, pero no sólo. Quería decirte que te equivocaste”.

Puso los ojos en blanco. “Bien. Estoy segura de que crees que me equivoco en casi todo. Lo has dejado muy claro. Desde mis decisiones, a la compañía que tengo, a mi personalidad...”

“No. Escúchame, ¿quieres? No hay nada malo con ninguno de ellos. Te equivocas conmigo”. Le agarró la mano con más fuerza. “Cuando dije que no era necesario seguir juntos por la salud de Hani, no quería decir que no deseara continuar nuestro matrimonio.

Su expresión mostraba claramente su incredulidad. “Así que has venido hoy aquí para decirme que, después de todo, quieres seguir casada”. Ella negó con la cabeza. “¿Qué? ¿Acaso los ministros han decidido que lo mejor para su país es seguir casada con un don nadie?”. Soltó una carcajada. “O tal vez piensan que es una buena idea estar casada con un don nadie que tiene el oído de la prensa. Eso es, ¿no? Tus asesores sugieren que un poco de celebridad será bueno para tu imagen”.

“Estás diciendo tonterías”.

Ella apartó la mano. “Siempre dices eso cuando no estoy de acuerdo contigo”. Ella se dio la vuelta y caminó, y de repente se dio cuenta de que iba a perderla.

“¡Ruby! Mira, tengo algo para ti”. Se detuvo y se dio la vuelta, pero su expresión seguía sin confiar. Rebuscó en su bolsillo y sacó el estuche del anillo. “Es un anillo”.

“Ya lo veo”.

“Pero no es un anillo cualquiera. Es un anillo de la eternidad que perteneció a mi abuela”.

“Y, presumiblemente, perteneció a Mia hasta que murió”. Levantó la vista con expresión curiosa.

“No. Mi abuela me hizo jurar que sólo le daría el anillo a la mujer que amara y con la que quisiera compartir mi vida”. Sonrió al recordarlo. “A mi abuela le gustaba mucho el amor”.

“Y también *El viento en los sauces*”.

“¿Qué?”

Ella sonrió entonces, esa hermosa y gran sonrisa que paralizaba a los fotógrafos, detenía a los lectores de revistas a mitad de página y lo dejaba totalmente anonadado. “Tu abuela parece una mujer increíble”.

“Lo era. Os habéis gustado. Más que gustaros, os habríais...”

Con un rápido movimiento, dio un paso adelante y le puso un dedo en los labios. “Creo”, dijo en un tono bajo y provocativo, “que voy a sacarte de tu miseria y decir las palabras que evidentemente no estás acostumbrado a decir”. Ella se puso de puntillas y lo besó y él perdió cualquier hilo de pensamiento que tuviera. “Amir, ¿seguirás casado conmigo?”

Gruñó una carcajada. “Pensé que nunca lo preguntarías”.

Ella se apoyó en él con un suspiro. “Llévame a casa”.

~

Cinco minutos después de lo que debería haber llegado.

Llegaba tarde. Amir consultó su reloj y giró sobre sus talones, fijando los ojos en la intrincada pared de azulejos del gran salón de recepciones del Palacio Real. El imán no le dirigió la mirada, sin duda desconcertado tanto por la atención internacional que estaba recibiendo la coronación como por su retraso en la ceremonia. Así que Amir se concentró en las paredes intrincadamente decoradas. Primero en un pergamino, luego en otro, decidido a controlar los pensamientos caprichosos que se agolpaban en su cabeza. ¿Vendría? Nunca se había sentido inseguro por nada hasta que se permitió darse cuenta de que amaba a Ruby en cuerpo y alma. Ella era suya. Y temía que no viniera.

Detrás de él se oían murmullos y toses. Se preguntó si estarían pensando lo mismo que él. ¿Habría cambiado de opinión?

Ocho minutos después de lo que debería haber llegado.

Amir cambió de postura e inmediatamente se enfadó consigo mismo. No quería revelar sus inseguridades al mundo. Se irguió por completo e inspiró una larga bocanada de aire.

Ella vendría. Sería culpa de todas las personas que habían acudido al palacio desde todo el mundo. Maquilladores, peluqueros, blogueros de famosos, estilistas, fotógrafos, todos decididos a asegurarse de que luciera lo mejor posible para el mundo en su gran día.

"Estará aquí", dijo Zavian, en voz baja. Zavian siempre estaba muy seguro de todo. A pesar de sí mismo, estaba tranquilo.

"Por supuesto que lo hará", dijo Roshan que estaba al otro lado de Amir. "Sólo tiene ojos para ti".

"Y tú lo sabrías", se burló Zavian. "Sin duda no podías creer que no estuviera encantada por tu propio bello rostro".

Amir lanzó una mirada aguda a Roshan. "¿Has estado flirteando con mi mujer?", dijo en tono cortante.

Roshan sonrió. "Ya me gustaría. Por desgracia, como digo, no he tenido la oportunidad. Ni la inclinación", añadió, "sabiendo que ella siempre estuvo destinada a ti".

Amir volvió a mirar al frente y gruñó. "Me alegro de que alguien lo supiera".

"Bueno", dijo Roshan, enderezando su uniforme militar. "Tú también lo habrías sabido, si te hubieras permitido ver más allá de tu orgullo".

Zavian puso una mano firme en el brazo de Amir antes de que pudiera responder. Amir negó con la cabeza. "Estoy bien. No dejaré que Roshan me haga enfadar esta vez, ni aquí ni ahora", dijo Amir.

Zavian gruñó y miró su reloj. "¿Ni siquiera si tu futura esposa llega diez minutos tarde a su propia coronación?"

Diez minutos después de lo que debería haber llegado.

Zavian tenía razón, maldito sea. Estaba enojado. No iba a venir. Abrió las manos en un gesto dramático de rendición y se dio la vuelta, sólo para ver a una pequeña multitud de fotógrafos y otras personas que se dirigían lentamente hacia él, a través de las puertas principales y el gran salón con cúpula circular, cuyas opulentas paredes de azulejos brillaban a la luz del techo acristalado en lo alto. El gran vestíbulo, con sus colores terracota, blanco y focos de turquesa brillante, debería haber eclipsado a su reina, pero cuando salió de entre su séquito, eclipsó a todo y a todos.

La sensación de excitación y los murmullos la precedían, viniendo hacia él como una ola que le levantaba el ánimo y le hacía olvidar sus dudas. Hani caminaba delante de ella, con porte digno, como si fuera consciente de la importancia de la ocasión y estuviera decidido a no defraudar a nadie. Algún día sería un buen rey, pensó Amir. Al principio, Ruby se había puesto nerviosa al decirle que iba a ser coronada reina en una ceremonia oficial. Pero Amir conocía mejor a su hijo. Sí, había amado y amaría siempre a Mia, la mujer que lo había criado como propio, pero su amor era ilimitado y parecía que podía acomodar fácilmente la "diversión" en su imagen de madre. Hani se había emocionado tanto como Ruby se había puesto nerviosa.

Pero ahora no había ni rastro de nervios en Ruby. Se movía con la seguridad de una modelo y de una mujer bien amada. Llevaba un vestido exquisito, diseñado teniendo en cuenta la historia de su país, y un tocado del que se desprendía una cola a juego. El conjunto era la mezcla perfecta del pasado y el presente de su país. Pero su figura era toda suya, al igual que su amplia sonrisa y sus ojos brillantes.

Cuando se sentó a su lado y la emoción desapareció, se inclinó hacia él. “Siento llegar tarde.”

Cerró los ojos brevemente y sacudió la cabeza. Pero no pudo evitar sonreír. Y de repente se dio cuenta de que toda su vida sería así. Él encantado por ella. Y no podía esperar.

EPÍLOGO

Desde que Ruby había descubierto que estaba embarazada, había esperado a que ese fragmento de miedo la atravesara y la debilitara. Todos los días. Tanto si estaba con Hani, ayudándole con sus estudios -aunque Amir no estaba de acuerdo con la palabra "ayudar"-, como si oficiaba banquetes estatales, visitaba instituciones benéficas o, su favorito, estaba sola en la cama con Amir, Ruby sentía un escalofrío de miedo, esperando a que el hacha cayera y destrozara su preciosa nueva vida.

Pero no fue así.

Las semanas se convirtieron en meses hasta que se encontró aquí, vagando por la habitación que Amir había insistido en preparar para ella en palacio. La gran sala se había convertido en un lugar donde se había pensado en la comodidad, tanto física como mental. La habitación había sido elegida por la luz, difusa y suave al estar orientada al norte. No había necesidad de correr las cortinas para protegerse del sol. Sólo una vaporosa gasa de seda, que ondeaba con la brisa de aquella mañana primaveral, separaba la habitación del verde de los jardines exteriores. Allí los árboles eran grandes y protegían la ventana con una sombra verde y fresca, el color de la vida y la esperanza.

Ruby rozó con los dedos la colcha de terciopelo de la chaise longue, algo definitivamente sólo para mirar, no para dar a luz en ella. Se detuvo ante una puerta contigua y agarró momentáneamente el picaporte. No, todo el equipo y los especialistas de reserva estarían allí, por si hacía falta, fuera de la vista para no asustarla, para no contribuir a sumirla en las profundidades de la depresión que tanto miedo le daba. Lo había estado, pero ya no. Seguía ahí, pero sólo como una sombra que la acechaba en el borde de la mente.

Soltó la mano de la puerta y se volvió de nuevo hacia la hermosa habitación. El equipo estaba allí por si lo necesitaba, pero esta vez esperaba hacer las cosas con naturalidad. Miró a su alrededor. Se encontraba en un mundo diferente, en todos los sentidos, al que tenía cuando dio a luz a Hani.

Miró hacia la cama donde Hani yacía acurrucado leyendo. Acababa de llegar de montar a caballo -algo a lo que había tenido que renunciar en los últimos años por falta de fuerzas- y se había instalado cerca de ella. Eso le gustaba. Aunque no estuvieran haciendo nada, él la encontraba y se instalaba cerca con un libro. Su relación estaba creciendo, cambiando, profundizándose. Claro que seguían divirtiéndose, pero ahora, cuando se acababa la diversión, estaban juntos como madre e hijo. Algo que ella apreciaba y cuidaba cada día que pasaba, especialmente ahora que él tendría un hermano. No quería que su relación se resintiera.

"Estás muy pensativa", dijo Amir, entrando en la habitación detrás de ella.

Se volvió con una sonrisa. "¿Es tan extraño?"

“Francamente, sí”, respondió con una sonrisa. Luego la sonrisa se transformó en ceño fruncido. “¿Es el bebé?”

“¿Qué? ¿Crees que porque estoy pensativa debo de estar a punto de dar a luz?”. Enarcó una ceja juguetona y miró a Hani, que levantó la vista de su libro con una sonrisa.

“¿Qué te parece, Hani?”, preguntó Amir, acercándose a él y mirando el libro que estaba leyendo. “¿Crees que tu madre se ve diferente de alguna manera?”

Ruby fue recompensada con una profunda mirada de escrutinio que hizo que Hani pareciera mucho mayor que sus años. Un alma vieja, pensó, y su corazón se derritió un poco más.

Luego asintió. “Tienes razón, Baba. Ruby parece diferente. Como asentada”.

Enarcó las cejas, sorprendida. La preocupación de Amir podía atribuirse a sus temores por su pasado. ¿Pero Hani? Acababa de describir exactamente cómo se sentía. Se sentía diferente, se sentía asentada.

Soltó una carcajada que sonó insegura incluso a sus oídos. “¡Vosotros dos!” Pero mientras respondía, sintió que la pesadez de su espalda aumentaba y se sentó en la tumbona, como si quisiera comprobarlo. Pasó la mano por el lujoso terciopelo y los adornos de oro ormolu y respiró lentamente para aliviar el dolor. Cuando se hubo calmado, esbozó una sonrisa y miró a sus dos hombres. Hani se había levantado de un salto, con cara de preocupación, y Amir caminó enérgicamente hacia ella, la miró y se volvió hacia Hani.

“¡Hani! Ve a llamar a los médicos. Diles que los necesitan”.

Antes de que pudiera protestar, otra ráfaga de dolor le recorrió el cuerpo. Miró hacia la puerta, detrás de la cual había una falange de analgésicos, y de repente pensó que, después de todo, un parto natural no era tan importante.

Volvió a mirar a Amir a los ojos, llenos de amor y preocupación y de una fuerza que sabía que necesitaría.

“No hay nada de qué preocuparse, Ruby. Estoy aquí, Hani está aquí, y no hay nada que temer. Debes confiar en mí”.

Luego la levantó, la llevó a la cama y la acostó con tanto cuidado como si fuera su tesoro más preciado. Y en ese momento, supo que confiaba en él. Y supo que todo iría bien.

~

Aiysa nació prematura, pero fuerte y sana a pesar de todo. Ruby se incorporó y miró a Amir, que estaba frente a la ventana con Aiysa en brazos, enamorado de ella desde el momento en que vino al mundo.

Había algo encantador, pensó, en ver cómo un hombre fuerte y poderoso era puesto de rodillas por un trozo de una hija con pulmones sanos.

“Baba tiene cara de bobo”, dijo Hani en voz baja, para que su padre no lo oyera. Se sentó en el suelo junto a su cama, donde había montado un elaborado juego de trenes.

Ruby se rió. “¿Goofy? Apuesto a que a tu padre nunca le habían llamado así. Hm, creo que ‘obsesionado’ sería una palabra mejor”.

“¿Qué significa ‘besotted’?”

“Significa lleno de amor”.

Hani sonrió y volvió a mirar a su padre. “Ah, sí, ya veo lo que quieres decir”.

Le despeinó el pelo. “¿Y sabes cuándo más parece embelesado?”

La miró con sus propios ojos. “¿Cuándo?”

“Cuando te mira”.

Amir la miró entonces.
“Y cuando te mira a ti también”, dijo Hani.
Y Ruby sabía que tenía razón.

EL FIN

¡Compre ya el próximo libro de la serie!



Comprada por el Jeque - La compró una vez, la volverá a comprar...

Aquí tienes una reseña de *Comprado por el jeque* para que te hagas una idea de lo que te espera.

“No podía dejarlo... He leído todos los libros de esta serie. Buena lectura”. (Amazon.com)

Comprado por el jeque

POSTFACIO

Gracias por leer *El bebé secreto del jeque*. Espero que les haya gustado. Las reseñas son siempre bienvenidas: me ayudan a mí y a los posibles lectores a decidir si les gustará el libro.

El bebé secreto del jeque presenta al jeque Zavian, un hombre obsesionado con una mujer de su pasado, y al notorio mujeriego, el jeque Roshan. Junto con Amir, deben trabajar para traer la paz a la región a través del matrimonio. Tras su matrimonio con Ruby, Amir ya no es una opción, así que si quieres descubrir quién se casa por el bien de su país, ¡sigue leyendo!

La serie completa **Los jeques de Havilah** comprende:

El bebé secreto del jeque
Comprado por el jeque (extracto a continuación)
La amante prohibida del jeque
Rendición al jeque
Llevada al harén del jeque

¡Feliz lectura!

Diana
dianafraser.com

COMPRADO POR EL JEQUE

LIBRO 2 DE JEQUES DE HAVILAH-ZAVIAN Y GABRIELLE



Una educación disfuncional ha hecho que el jeque Zavian bin Ameen Al Rasheed desconfíe de la gente, pero confiaba en Gabrielle. Hasta que ella le traicionó al aceptar el soborno de su padre para que abandonara a Zavian y su país. Quedó destrozado por la traición, pero con una obsesión por ella que no hace más que aumentar con el tiempo.

Criada por su excéntrico abuelo en los desiertos de Havilah, Gabrielle ama tanto el país y a Zavian que los abandona. Va a convertirse en rey y necesita casarse con una beduina adecuada. Así que acepta el soborno del padre de Zavian para marcharse -era la única forma de asegurarse de que Zavian no la siguiera- y, al hacerlo, se exilia del único hogar y del único hombre que ha amado.

Pero un año después, cuando los planes de boda están en marcha, Zavian sospecha que Gabrielle es la donante "anónima" de uno de los artefactos más preciados de su país, adquirido por la suma exacta del soborno. Así que compra sus servicios a su universidad para averiguar la verdad y librarse de su obsesión. Además, si Gabrielle no puede ser su esposa, ¿por qué no su

amante?

Extracto

Gabrielle había considerado rechazar la invitación -más bien una orden- a asistir a una recepción esa noche. Pero había decidido que no tenía sentido aplazar el momento de encontrarse cara a cara con el hombre al que había abandonado doce meses antes. Porque ahora no tenía ninguna duda de que era él quien estaba detrás de su contrato, de que era él quien se había asegurado de que no pudiera escapar una vez que hubiera puesto un pie en el palacio.

Hace un año, había sido el hijo menor del rey. Ahora *era* rey. Algo que nunca habría sido si ella se hubiera quedado, algo que el país necesitaba porque, sin él, habría habido una guerra civil. Y ella no podía vivir con eso. Había hecho lo correcto, se dijo por millonésima vez mientras cruzaba el vestíbulo de mármol hacia la sala de recepción. Pero los latidos de su corazón, el revoloteo de su estómago y el temblor de sus manos la contradecían.

Se detuvo brevemente en el umbral, sorprendida por un muro de sonido -amplificado por el interior de mármol- y un resplandor de luz. El brillo de las arañas de cristal se reflejaba en los caros vestidos de noche de las damas y en sus joyas de diamantes. La abrumadora combinación no ayudaba a sus nervios.

Cogió un vaso de zumo espumoso de un camarero que pasaba y se hizo a un lado. Esperaba poder pasar desapercibida hasta que pudiera escabullirse con seguridad, una vez cumplido su deber. Pero no tuvo tanta suerte y pronto se vio inmersa en una conversación con el director del museo. De repente, todos dejaron de hablar y ella supo que el rey y su séquito debían de haber entrado en la sala. El corazón le dio un rápido vuelco.

No había cambiado nada. Era más alto que la mayoría de ellos, y ella podía verle claramente mientras escaneaba la habitación. El escaneo se detuvo cuando la vio. Entonces le dijo algo a la persona con la que estaba y empezaron a moverse hacia ella. Ella retrocedió, pero sus talones chocaron contra la pared. A un lado, el director del museo le impide el paso. Al otro lado, un grupo de diplomáticos se agitaba excitado ante la idea de conocer al rey.

Su avance se detenía de vez en cuando cuando le presentaban a alguien. Entonces levantaba la vista y la miraba brevemente antes de apartar la vista, sin que su expresión reflejara reconocimiento alguno, como si no fuera consciente de su identidad. Pero lo era, ella lo sabía, porque cada paso lo acercaba inexorablemente a ella.

Y entonces llegó hasta ella. Se paró frente a ella mientras su asistente los presentaba. Le sostuvo la mirada y, a pesar de sus mejores planes, ella no pudo apartar la vista.

"Y ella es la Dra. Gabrielle Taylor".

Tragó saliva y le entró el pánico. ¿Cómo debía saludarle? Hizo la reverencia formal que había visto a las otras mujeres, pero antes de que pudiera mantenerla el tiempo necesario, él le cogió la mano y ella casi se tambaleó del susto. Él la agarró con más fuerza, dándole el apoyo que necesitaba para levantarse, pero desbaratando sus sentidos en el proceso. Incluso cuando ella volvió a erguirse, él no la soltó.

Podía oler su aftershave y una masculinidad que hizo que le flaquearan las piernas. De cerca, pudo ver que su impresión inicial era errónea. *Había* cambiado. Su boca, que había sido tan potente en su capacidad de proporcionar placer, era firme, incluso lúgubre, y su mirada no era más prometedora. Pero el mayor cambio estaba en sus ojos. Antes, la arrogancia siempre había estado ahí, pero había estado matizada por el humor y la amabilidad. Pero no vio nada de eso en el hombre que tenía delante. No, ahora su impresión predominante era de poder: poder para dar y

poder para quitar. Se preguntó cuál de esas dos cosas iba a hacer ahora, aquí, con ella.

"El Dr. Taylor es de la Universidad de Oxford, aquí para..."

"Sé quién es y por qué está aquí. Bienvenida, Gabrielle".

Asintió con la cabeza, sonrió nerviosamente y le dio un tiento en la mano. No cedió. "Gracias. Es bueno estar de vuelta". Las palabras salieron antes de que pudiera detenerlas, porque eran ciertas. Gharb Havilah era su hogar de una manera que Inglaterra nunca lo sería. Y, en cuanto a Zavian... A pesar de lo que ella insistía en querer, su cuerpo respondía de una manera muy diferente.

Sus ojos se entrecerraron ligeramente mientras inclinaba la cabeza hacia ella de un modo que le pareció intensamente íntimo. "¿Ah, sí?"

"Es..." Su voz se apagó cuando percibió el olor de su aftershave. Eso no había cambiado, y cortó sus defensas, enviando una onda de reconocimiento y deseo en su interior.

Él lo sabía. Tuvo que saberlo porque inclinó aún más la cabeza hacia ella, hasta que lo único que tuvo que hacer fue estirarse de puntillas para sentir la caricia de sus labios contra los suyos.

Se aclaró la garganta. "Es realmente bueno estar de vuelta". No tenía sentido negarlo.

"Entonces deberías haber vuelto antes". Su pulgar recorrió el dorso de su mano, enviando impulsos de electricidad a través de su cuerpo, dándole vida. Ella no quería que le dieran vida.

"Estaba... ocupada". Ella se armó de valor, negándose a permitir que él tomara el control de ella. Él tenía que saberlo. "Y no tenía sentido. Nada ha cambiado".

Su agarre disminuyó. "Interesante". El tono frío con el que pronunció la única palabra refutó su afirmación.

"¿Interesante?", repitió.

"Sí, tengo la sensación de que las historias que le han contratado para nuestras preciadas piezas de exposición me resultarán muy... esclarecedoras. Siempre es interesante conocer el origen de una pieza, de dónde viene y cómo ha llegado hasta aquí. Especialmente el Corán de Khasham".

Apretó los labios temblorosos en un intento de contener sus sentimientos y pensamientos, que amenazaban con salir caóticamente al darse cuenta de repente de por qué la habían traído aquí. Quería saber cómo había llegado a sus manos el Corán iluminado del siglo VI procedente de la antigua ciudad de Khasham.

"El Corán de Khasham", repitió con voz ronca, sopesando su significado en la lengua.

"Sí, un tema muy querido para ti, creo. Quizá el único".

La puya encontró su objetivo, pero ella no pudo responder porque él siempre había sabido si ella había intentado mentir, lo que dejaba el silencio como única opción.

"Y una vez que haya descubierto la historia que hay detrás de su repatriación, entonces, Dr. Taylor" -continuó- "puede que descubra que tiene que replantearse su afirmación de que nada ha cambiado". Le soltó la mano. "Disfrute de la velada".

Asintió con frialdad y pasó junto a ella antes de que pudiera responder. No es que pudiera. Sentía como si todo el aire hubiera sido succionado de aquella cálida y abarrotada sala de recepción, lo que le dificultaba respirar, por no hablar de pensar. Pero podía sentir. Y deseó no poder hacerlo.

Él la odiaba. Y no se había dado cuenta de cómo ese conocimiento podía destruirla. Miró a su alrededor en busca de una escapatoria, ajena a la gente que le hablaba, necesitada de alejarse.

Zavian abandonó la sala inmediatamente. Había organizado la recepción con un solo propósito en mente, y ahora que la había visto y hablado con ella ya no tenía ningún interés en ello.

Despidió a sus ayudantes y la observó desde detrás del espejo unidireccional. No había cambiado nada. De repente se dio cuenta de que esperaba que lo hubiera hecho. Pero no lo había hecho. Resplandecía en la abaya tradicional, sobria y elegante, eclipsando a todas las demás como la luna destierra al sol, arrojando un resplandor sobrecogedor sobre el desierto, creando magia donde antes no la había. Incluso ahora, mientras giraba y giraba, rodeando a la gente, buscando la salida, eclipsaba a todos.

Él había creado una trampa para ella en la que no había tenido más remedio que entrar, dando vueltas en su centro hasta que la tuvo segura. Entonces, ¿por qué sentía que era al revés?



Comprar ahora

OTRAS OBRAS DE DIANA FRASER

-British Billionaires-

El matrimonio por contrato del multimillonario

El CEO imposible del multimillonario

El bebé secreto del multimillonario

Conjunto de libros de multimillonarios británicos (serie completa)

-Los jeques del diamante-

A las comando del jeque

A las órdenes del jeque

El placer del jeque

Diamond Sheikhs Boxed Set (serie completa)

-Secretos de los jeques-

La venganza del jeque por seducción

El amor secreto del jeque

La trampa matrimonial del jeque

Secretos de los jeques (serie completa)

-Los jeques de Havilah-

El bebé secreto del jeque

Comprado por el jeque

La amante prohibida del jeque

Ríndete al jeque

Llevada al harén del jeque

The Sheikhs of Havilah Boxed Set (serie completa)

-Reyes del desierto-

Se busca: Una esposa para el jeque

La novia de ganga del jeque

La amante perdida del jeque

Despertada por el jeque

Reclamada por el jeque

Se busca: Un bebé para el jeque

Caja de los Reyes del Desierto (1-3)

Caja de los Reyes del Desierto (4-6)

Caja de los Reyes del Desierto (serie completa)

-Romance italiano-

La amante perfecta del italiano

Seducida por el italiano

El italiano apasionado

Una Navidad accidental

Romance italiano en caja (serie completa)

- Romances contemporáneos de pueblos pequeños-

-Los Mackenzie-

Un lugar llamado hogar

Secretos en Parata Bay

Escapada a Shelter Springs

Lo que ves en las estrellas

Segunda oportunidad en Whisper Creek

Verano en el Lakehouse Café

The Mackenzies Boxed Set (Libros 1-3)

La caja de los Mackenzie (Libros 4-6)

La caja completa de los Mackenzie

-Lantern Bay-

Tuyo para dar

Tuyo para atesorar

Tuyo para atesorar

Tuya para siempre

Para siempre

Tuya para amar

Lantern Bay Box Set (Libros 1-3)

Lantern Bay Box Set (Libros 4-6)

Caja completa de Lantern Bay

-Romance medieval-

Reclamar a su dama

Seduciendo a su dama

Despertando a su Dama

Caballeros de Norfolk (1-3)

Defendiendo a su Dama

Honrando a su Dama

* * *